RECOMENDADO POR EL EDITOR DE *THE NEW YORK TIMES*

Jennifer Clement

Amor armado



RECOMENDADO POR EL EDITOR DE *THE NEW YORK TIMES*

Jennifer Clement

Amor armado



Amor armado

Jennifer Clement

Traducción de
Guillermo Arreola

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Barbara

Primera parte

1

Mi madre era una taza de azúcar. La podías tomar en préstamo en cualquier momento.

Mi madre era tan dulce, sus manos siempre fueron como una fiesta de cumpleaños empalagosa. Su aliento retenía los cinco sabores de los caramelos Salvavidas.

Y se sabía todas las canciones románticas, que son una universidad para el amor. Se sabía “Slowly Walk Close to Me”, “Where Did You Sleep Last Night?”, “Born Under a Bad Sign”, y todas las canciones de si-me-dejas-te-mato.

Pero la dulzura anda siempre en busca del señor Malo y el señor Malo reconoce a la señorita Dulzura de entre cualquier multitud.

Mi madre abría la boca haciendo una O bien ancha e inhalaba al señor Malo directamente hacia su cuerpo.

Yo no entendía. Ella se sabía todas las canciones, ¿por qué entonces se confundía y alborotaba con aquel hombre?

Cuando él le dijo que se llamaba Eli, mi madre se arrodilló.

Su voz la dominó de inmediato. Sus primeras palabras fueron todo lo que ella necesitó escuchar. Él dijo, cantando: *soy tu medicina, cariño mío, uy, cariño mío, tu nombre ha estado escrito desde siempre en mi corazón.*

Y de ahí en adelante, todo lo que él tenía que hacer era silbarle.

2

¿Yo? Me crié adentro de un carro, y cuando vives en un carro no te preocupan las tormentas ni los relámpagos, lo que atemoriza es una grúa.

Mi madre y yo nos mudamos al Mercury cuando ella tenía diecisiete años y yo era una recién nacida. Así, nuestro carro, a la orilla de un campamento de casas remolque en medio de Florida, fue el único hogar que conocí. Vivíamos el día a día, sin pensar demasiado en el futuro.

Mi madre había comprado el viejo carro cuando cumplió dieciséis años de edad.

Era un Mercury Topaz automático de 1994 que alguna vez había sido rojo, pero al que se le había recubierto con varias capas de color blanco; pues mi madre lo pintaba de año en año como si se tratara de una casa. La pintura roja aún se asomaba debajo de los rayones y las raspaduras. Por la ventana de enfrente se veía el campamento y un gran anuncio que decía: "BIENVENIDOS AL CAMPAMENTO DE CASAS REMOLQUE INDIAN WATERS".

Nuestro carro yacía apagado debajo de un letrero que decía "ESTACIONAMIENTO PARA VISITAS". Mi madre creyó que estaríamos allí sólo por uno o dos meses, pero nos quedamos durante catorce años.

A veces, cuando la gente le preguntaba cómo era vivir adentro de un carro, mi madre respondía: "Siempre anda uno en busca de una regadera".

Lo único que realmente nos preocupaba era que llegara alguien de los Servicios de Bienestar de la Infancia. Mi madre temía que a alguien de mi escuela o de su trabajo se le ocurriera llamar al número telefónico de asistencia contra el maltrato y que a mí me llevaran a un albergue temporal.

Reconocía las siglas semejantes a las letras de descanse-en-paz que aparecen en las lápidas. SLPI (Servicios Legales de Protección para la

Infancia), CT (Cuidado Tutelar), FS (Familia Sustitutiva).

—No podemos andar por ahí haciendo demasiados amigos —decía mi madre—. Nunca falta alguien que quiera ser santo y sentarse en una silla en el cielo. Un amigo puede convertirse en alguien dispuesto a presentarte ante un juez en cualquier momento.

—¿Desde cuándo a vivir en un carro se le puede llamar maltrato? —me preguntaba sin esperar respuesta.

El campamento se localizaba en el condado de Putnam. La tierra había sido desbrozada para que alojara al menos quince casas remolque pero eran sólo cuatro las que estaban ocupadas. En una de ellas vivía mi amiga April May con sus padres, Rose y el sargento Bob. El pastor Rex habitaba una para él solo mientras que la señora Roberta Young y su hija Noelle ocupaban otra junto al deteriorado parque recreativo. Una pareja mexicana, Corazón y Ray, vivía en una que se encontraba en la parte trasera del campamento, lejos de la entrada y de nuestro carro.

No vivíamos al sur de Florida cerca de playas tibias ni del Golfo de México. Ni de naranjales o cerca de San Augustine, la ciudad más antigua de Estados Unidos. No estábamos cerca de la región de Everglades, donde nubes de mosquitos y un espeso follaje de vides resguardaban a delicadas orquídeas. Miami, con sus ritmos cubanos y sus calles llenas de convertibles, implicaba un largo viaje. El Reino Animal y el Reino Mágico se ubicaban a millas de distancia. Estábamos en ninguna parte.

Al campamento lo rodeaban dos carreteras y un riachuelo al que todos llamábamos río pero era sólo un pequeño cauce que salía del río Saint John. El basurero público estaba en la parte trasera del campamento por entre los árboles. Respirábamos del tufo de la basura. Respirábamos de los gases de lo podrido y la corrosión, de baterías oxidadas, de comida descompuesta, de residuos letales del hospital, de olores a medicamentos y nubes de químicos de limpieza.

Mi madre decía:

—¿Quién escombraría el suelo para construir un campamento de casas remolque y un basurero encima de una sagrada tierra de indios? Esta tierra pertenece a las tribus Timucua y sus espíritus andan por todos lados. Si plantas una semilla, crece algo diferente. Si plantas una rosa, surge del suelo un clavel. Si plantas un limonero, esta tierra te devolverá una palmera. Si plantas un roble blanco, brotará un hombre alto. Aquí la tierra es un rompecabezas.

Mi madre tenía razón. En nuestro pedazo de Florida todo estaba al

revés. La vida era como un zapato en el pie equivocado.

Cuando yo leía los titulares de los periódicos alineados en el mostrador de la tienda cercana, a un lado de los chicles y de los caramelos, me enteraba de que Florida algo reclamaba. Yo leía: "NO LLAMES AL 911, COMPRA UN ARMA", "EL OSO REGRESA A LA CIUDAD TRAS SER REUBICADO", "LA LETAL HEROÍNA MEXICANA MATA A CUATRO", Y "EL HURACÁN SE CONVIERTE EN UN DÍA NUBLADO".

Un verano aparecieron dos caimanes siameses cerca de nuestro río. Tenían cuatro patas y dos cabezas.

Fue mi amiga April May quien los encontró. Paseaba río abajo cuando vio a las crías en la arenosa tierra a un lado del muellecito de madera. Todavía tenían pedacitos blancos de cascarón en el verde y escamoso lomo que compartían.

April May no se quedó mucho tiempo por ahí. Sabía lo que todos sabíamos: que si hay un huevo de caimán, muy cerca anda una furiosa madre caimán.

Aquella tarde, después de que se corrió la voz por el campamento, todo el mundo se dirigió río abajo para ver si las crías seguían allí todavía. Había trocitos blancos de cascarones de huevo rotos alrededor de los caimanes, pues las criaturas no se habían movido del lugar donde habían nacido, pero nunca apareció ninguna madre caimán. Las crías eran sólo un poco más grandes que un pollito.

A la mañana siguiente empezaron a llegar los primeros periodistas locales. Hacia la tarde los reporteros de la televisión nacional se habían instalado con sus camionetas de equipo de filmación. Antes de que anocheciera alguien le había atado —con un delgado hilo para coser, color azul— una de las cuatro patas a una de las criaturas a una palmera para que no pudiera escapar.

Durante dos días nuestra apacible zona del estacionamiento para visitas afuera del campamento se llenó de carros y camiones de los noticieros con todo su equipo de transmisión. Nuestras crías siamesas de caimanes, nacidas de nuestra tierra rompecabezas, salieron en los noticieros nacionales.

Sólo una reportera, una mujer negra, alta y esbelta, de ojos verde claro, que traía una gorra de beisbol del noticiero CNN, se interesó en nuestra casa-carro. Dio con nosotros por accidente. Cuando iba hacia el río algo la hizo detenerse delante de la ventana abierta de nuestro carro.

Mi madre se hallaba en el trabajo. Trabajaba como afanadora en el hospital de veteranos. Yo acababa de regresar de la escuela y me

estaba preparando un sándwich de mermelada y crema de cacahuate encima del tablero.

La reportera se inclinó y metió la cabeza por la ventana del Mercury. Echó un vistazo.

—¿Aquí vives? —preguntó y se asomó al asiento trasero.

Asentí.

—¿Es tuyo? —preguntó, señalando un dibujo con crayones del Sistema Solar que estaba pegado, con trozos de cinta adhesiva, en el respaldo del asiento del conductor.

En uno de sus dedos traía una alianza matrimonial de oro y un anillo de compromiso con un gran diamante.

Mis ojos siempre se fijaban en los dedos de las mujeres para ver si eran casadas. Mi madre decía que los anillos eran como un pasaporte o como una licencia de conducir para el amor. Le dije que sí, y puse en el plato el pan al que le estaba untando mermelada de arándano.

—No, no dejes de prepararte tu comida —dijo—. Voy a preguntarte sobre las crías de caimanes, ¿sí? Pero antes necesito hacerte algunas preguntas básicas. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

Yo no podía dejar de ver sus anillos de oro-de-amor-eterno.

Yo tenía nueve años en aquel entonces. Lo recuerdo perfectamente porque los caimanes aparecieron una semana antes de que cumpliera diez. También pienso en mi vida en el carro como dividida en dos partes. Antes de que mi madre conociera a Eli Redmond y posteriormente. Esas palabras “antes” y “posteriormente” deberían estar en un reloj.

—¿Y vives en este auto? —preguntó la reportera. Se asomó hacia adentro y metió la cabeza casi por completo por la ventana—. ¿Cómo te llamas?

—Pearl.

—¿Desde cuándo vives aquí?

—Desde que era bebé.

—Pero, ¿y el baño? —preguntó.

—Usamos el del campamento, el baño público del campamento. El que está junto al parque recreativo. Algunas veces cortan el suministro de agua si huele mal por el basurero. En esos días vamos al McDonald’s y ahí nos cepillamos los dientes.

—¿Por qué huele tan mal el agua?

—Todos aquí sabemos que es por el basurero. La basura es dañina para el agua.

—Qué elegante el plato en el que estás comiendo —dijo la reportera.

Miré el plato de blanca porcelana cubierta con delicadas flores rosas y verdes hojas.

—Es Limoges —dije—. De Francia.

La reportera se quedó callada unos segundos y después preguntó:

—¿Te gusta vivir en un auto?

—Puedes huir rápidamente si ocurre un desastre. Bueno, eso le gusta decir a mi mamá.

La reportera sonrió y se marchó. Nunca me preguntó por los caimanes.

Pasados tres días todos los reporteros se habían ido, pues en la mañana del tercer día después de su aparición los caimanes habían muerto.

Los reporteros se subieron en sus carros y camionetas, dieron una vuelta en U y salieron de la zona. Fue rápido. Fue una marcha fúnebre de veinte minutos.

—Se fueron de volada. Ni siquiera voltearon hacia atrás para ver si habían olvidado algo —dijo mi madre.

Nosotras sabíamos que los reporteros no podían con los olores del basurero. Nuestra basura les ensuciaba sus perfumes.

Después de que los reporteros se marcharon, mi madre se puso sus tenis, agarró su deshilachado sombrero de paja y salió del carro.

—Vamos a ver a las crías —dijo.

Cuando íbamos rumbo al río tomó mi mano entre las suyas. Medíamos casi lo mismo. Si alguien nos hubiera visto alejarnos habría creído que éramos dos niñas de nueve años caminando juntas en dirección a un columpio.

Mi madre y yo atravesamos el campamento, río abajo, por el camino bordeado de zacate. Al caminar, nuestros cuerpos disolvieron una nube de luciérnagas azules y amarillas que revoloteaban a nuestro paso.

El sol de la tarde era inmenso encima de nosotras en un cielo sin nubes, lo cual hacía que nuestras sombras se alargaran y angostaran y se proyectaran delante de nosotras al seguir adelante. Nuestras sombras, como dos amigas, nos guiaban hacia el río.

—¿Qué es lo mejor de vivir en un carro? —pregunté.

—Te respondo. No hay estufa con quemadores de gas. De niña, y después al ir creciendo, siempre me dio miedo que se quedara abierto el gas. Detesto el olor de la col podrida que sale de una estufa. Y no

hay electricidad de a de veras en un carro —dijo mi madre—. Tampoco hay enchufes eléctricos. Te apuesto a que nunca falta alguien que quiera meter algo en esos orificios, ya sea un pasador para el cabello o un tenedor. Así que no tengo que preocuparme por eso.

El terreno poco firme desde nuestro carro hasta el río era un cochinero. Habían pisoteado el pasto a lo largo del camino y encontré tiradas unas botellas de agua de plástico, unas latas abolladas y unas bolitas blancas de chicle. Debajo de un ciprés había una extensión eléctrica de cable negro y enroscado.

Mi madre y yo esperábamos ver a los caimanes muertos, pero cuando llegamos a la ribera ya no estaban.

La blanca arena sobre la que habían estado las criaturas el día anterior era roja. Sólo había quedado un pequeño amasijo de escamas y de carne atado al hilo de coser color azul.

Las balas habían destrozado a los recién nacidos.

Quien les había disparado había dejado cerca unos casquillos y unos proyectiles en la tierra.

No nos asombraba. Siempre había alguien con ganas de practicar el tiro al blanco. Siempre había alguien husmeando con un dedo ansioso en el gatillo. Aquellas crías no habían tenido escapatoria.

Una vez encontramos el agujero de una bala en nuestro carro. Había atravesado el cofre y se debió haber alojado en alguna parte del motor pues no pudimos encontrar el casquillo ni el orificio de salida.

—¿Cuándo ocurrió esto? —dijo mi madre el día que descubrimos en el metal el orificio de la bala con residuos retintos a su alrededor.

Nunca nos dimos cuenta.

—En estos días la gente anda cazando carros —dijo.

Era una broma. Tuvo que haber sido una bala perdida.

Nosotras sabíamos que no era raro. En nuestro pedazo de Florida a las cosas siempre se les regalaba una bala, nada más porque sí.

3

En las mañanas lluviosas, con las ventanas del carro empañadas por el agua, yo no fantaseaba con una casa. Ese sueño era demasiado grande. Mis sueños eran con muebles. Me imaginaba que tenía una silla y un escritorio.

De noche, ponía una almohada encima del freno de mano de modo que los dos asientos delanteros se convirtieran en una cama. En el oscuro espacio entre el freno y los pedales del acelerador, guardaba un par de tenis y unas sandalias.

Mis libros y mis comics los distribuía y apilaba en pequeñas hileras a lo largo del tablero y estaban combados por el sol que les daba día tras día.

Guardábamos los comestibles en la cajuela y nos alimentábamos con comida que no necesitara refrigeración.

Nuestra ropa la metíamos en bolsas de plástico del supermercado.

En la guantera poníamos nuestros cepillos de dientes, la pasta dental y el jabón.

En ese espacio mi madre siempre guardó también una lata de insecticida en aerosol Raid Matabichos. Cada noche, antes de irnos a dormir, cerrábamos las ventanas y las puertas y rociábamos el interior del carro con insecticida. Por la mañana cuando nos estirábamos y bostezábamos, el sabor a Raid nos llenaba la boca y se mezclaba durante el desayuno con el sabor del cereal Cheerios y la leche en polvo disuelta en agua.

En aquel carro mi madre me enseñó a poner la mesa y a servir té. Me enseñó a tender una cama utilizando una franela doblada alrededor de un libro.

Mi madre sabía de estas cosas porque había crecido en una casa muy grande, con terraza, alberca y cinco baños. Tenía criados y una ludoteca donde guardaba todos sus juguetes. Sabía tocar el piano y hablar francés, pues un maestro acudía a su casa dos veces a la

semana para darle clases cuando ella era niña. Cuando estaba de buenas, siempre había palabras francesas en lo que decía. Cuando cumplió siete años de edad, le regalaron un poni Shetland.

Mi madre se llamaba Margot, por Margot Fontaine, la gran bailarina. Mi madre era delicada y distinguida. Su cuello era tan largo y delgado como el de una bailarina.Tenía brazos delgados, dedos largos y el cabello rubio, que se le esponjaba y le formaba una nube amarilla alrededor de la cabeza.

Cuando yo andaba por los once años, mi madre y yo éramos del mismo tamaño y ya no crecí más.

—Eres la manzana de mi manzanar —decía.

Mi madre decía que me puso el nombre Pearl porque:

—Eras muy blanca. Venías de un lugar que está mucho más lejos de cualquier lugar de nacimiento común, como un hospital o una clínica. —Decía—: Nadie lo supo y te di tu cumpleaños, todo para ti, yo solita, en silencio. Yo no lloré y tú no lloraste.

—Utilicé el baño cerca de mi recámara porque tenía una gran tina de pared a pared —decía—. Tuve que pensar en todo lo que necesitaría hacer. Me tendí en la tina como en una cama. Antes coloqué toallas y una colcha y luego me recosté.

Mi madre era tan pequeña que la tina era perfecta para su tamaño.

—Cuando me recosté para esperar a que tú llegaras a mí, respiré y exhalé —decía.

Desde la tina ella podía ver el cielo por la ventana, que se alzaba por encima de las palmeras de la casa.

—Mientras te esperaba me puse a rezar un rosario. Cuando uno reza un rosario la vida se detiene.

Ella contempló la puesta y la salida del sol.

—Y llegaste hasta mí muy temprano, con los pájaros —decía—. Los oí que cantaban afuera de la ventana.

Tras limpiarse el cuerpo, me enjabonó en el lavabo con una barra de Avon y me secó con Kleenex.

Decía:

—Eras muy chiquita. Cabías en una toalla de manos. Eras muy blanca. Parecías más hecha de perlas que de piel. Eras como el hielo o como una nube, como un merengue. Casi podía ver el interior de tu cuerpo. Sólo tuve que ver tus ojos rocosos azul pálido y nombrarte. Sólo eso.

Yo era una perla. La gente se me quedaba viendo. No conocía una vida distinta. No sabía lo que era pasear y no ser mirada. Podrían

pensar que yo era hermosa o fea pero, pasara lo que pasara, todo el mundo se fijaba en mí. Las manos se acercaban para tocar mi cabello plateado o el blancuzco brillo de mi mejilla.

—Eres puro esmalte —decía mi madre—. Estar contigo es como traer unos hermosos aretes o estrenar un vestido.

Mi madre vivió en la casa paterna dos meses después de mi nacimiento sin que nadie se enterara de que yo estaba allí.

Decía:

—Cuando tenía que ir a la escuela o salir para hacer algo, te colocaba en el clóset de mi habitación, en plena oscuridad, toda envuelta. Te hice una cama en la rejilla de los zapatos con toallas y con mis suéteres. Te anidé como a un gatito. Usé servilletas de papel de la cocina como si fueran pañales. La casa era tan grande que nadie escuchó tu llanto.

—Naciste en un cuento de hadas —decía mi madre.

Durante el embarazo, mi madre anduvo buscando un lugar donde estacionar su carro y vivir conmigo mientras conseguía un trabajo y un pequeño lugar que rentar. El campamento de casas remolque estaba a sólo cuarenta minutos de la casa de su padre.

—Si te vas a esconder, escóndete cerca —decía mi madre—. Nadie se fija si te escondes a la vista de todos. Hay como cien mil personas perdidas en este país. Si no pueden encontrar a esa gente, ¿cómo nos van a encontrar a nosotras?

Mi madre escogió este lugar porque tenía un parque recreativo con un baño público. Siempre creyó que íbamos a estar allí sólo por unos meses.

—Teníamos un lugar para empezar a vivir juntas —decía mi madre —. Lo limpié. Y, pasados los meses, mientras esperaba tu nacimiento, me robé de la casa de mis padres todo lo que creí que podríamos necesitar.

Dos meses después de mi nacimiento, dos meses antes de sus exámenes escolares y dos días antes de que cumpliera diecisiete años, se fue de su casa y nunca más volvió.

—No volví la vista atrás —decía—. Nunca vuelvas la vista porque podrías querer caminar hacia atrás. Nunca gires y des vuelta ni vuelvas la vista atrás porque podrías partirte en dos pedazos. Si alguien alguna vez me buscó después de que huí, nunca buscaron lo suficiente pues nunca me encontraron.

Nunca tuve un acta de nacimiento. Mi madre falsificó una copiándola de internet para poder inscribirme en la escuela pública,

pero nunca se registró mi nacimiento.

—No te preocupes, nunca serás encontrada —decía mi madre—. Nunca te encontrarán porque nunca has desaparecido.

Cada vez que me hablaba de mi nacimiento decía que aquel baño con azulejos verdes, con escusado, tina y lavabo, era mi pesebre.

Una noche, a unas semanas de la aparición y muerte de los caimanes siameses, mi madre y yo platicamos en la oscuridad antes de irnos a dormir, como lo hacíamos casi todas las noches.

Nos contamos casi todo lo que habíamos hecho durante el día. Yo le conté de la escuela, que estaba a cuarenta y cinco minutos caminando desde la carretera hasta el pueblo, y mi madre me resumió su día en el hospital de veteranos.

—Esos hombres están heridos y enojados, pero están llenos del himno nacional —dijo—. Pearl, es importante saber de geografía universal, porque los veteranos aborrecen que la gente no sepa los lugares donde ellos han combatido.

Yo sabía que las palabras "me eché a unos cuantos" significaba que el soldado había matado a combatientes enemigos.

Cuando mi madre me platicó las historias que le habían contado los soldados, las guerras del mundo entraron en nuestro carro.

Mis días en la escuela nunca eran así de interesantes, a pesar de que eran frecuentes las peleas o que a los niños los sorprendieran con cigarros o con un arma adentro de la mochila. Me apartaba, y nunca tuve amigos cercanos a excepción de April May, quien vivía en nuestro campamento.

No tardó mi madre en averiguar lo que la gente pensaba de nosotras. Me di cuenta en mis primeros días en la escuela: si vivías en un carro significaba que fingías no ser una pordiosera que vivía debajo de un puente. La gente siempre estaba pensando que la indigencia era contagiosa.

Con todo y que las puertas del Mercury tenían puesto el seguro y que las ventanas estaban cerradas, con apenas una pequeña abertura para que entrara el aire, podíamos oír los grillos del exterior. El croar de las ranas viniendo del río se mezclaba con el ruido de los carros y de los camiones yendo y viniendo por la carretera.

Mi madre acercó su mano hacia mí, a través del espacio que había entre la puerta y el asiento, y muy suavemente me acarició la cabeza.

Miré a través de la ventana de enfrente y mi madre lo hizo por la ventana trasera.

—¿Ves estrellas? —me preguntó después de un rato.

—No. ¿Tú sí?

Las ventanas del carro empezaron a empañarse.

—No. Esta noche no hay estrellas, ni una sola, pero puedo sentirlas. Ya van a aparecer.

—¿Qué sientes, mamá? ¿Quiénes vienen?

—¿Tú no los sientes? Los fantasmas de los indios andan sueltos esta noche.

—Yo no escucho nada.

Mi madre dejó de acariciarme la cabeza.

—Siéntelo —dijo—. Cierra los ojos.

—No. No siento nada.

—Pero, ¿no lo sientes? Vienen entre los árboles, desde el basurero —dijo.

—Sí. Quizá. No.

—Son dos. Sí, dos. Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, segura. Están bajando.

—¿Qué?

—Sí, están descendiendo. Vienen a llevarse el espíritu de los caimanes. Cada vez que las cosas salen mal en su tierra, vienen. Es el Gran Resplandor.

—¿Cómo lo sabes?

—Se siente.

Cerré los ojos y pude oír cómo se removía mi madre en el asiento trasero y oí su respiración salir, salir, como un tierno jadeo. Ni una sola vez la oí inhalar.

Cerré los ojos y escuché los extraños y suaves chirridos o suspiros que hacía a veces el carro cuando afuera el aire se ponía denso y frío.

—Veo que no hay bala de plata que ponga fin a esta vida, este estilo de vida de a dólar —dijo mi madre—. Tenemos que acordarnos de comprar mañana un boleto de lotería. Sólo de pensar en eso me da hambre.

—Sí —dije yo.

—¿Sabes? —dijo mi madre minutos después—. Hay veces en que me sobrepasa un gran deseo de empezar todo de nuevo.

Quiero volver a enamorarme de mi futuro.

Mi madre siempre estuvo llena de los deseos que se piden al apagar las velitas del pastel de cumpleaños.

4

En una ocasión, después de que Eli llegara a nuestras vidas, encontré a mi madre sola en el asiento trasero del carro. Yo volvía a casa de la escuela y ella debía haber estado en el trabajo.

Mi madre traía un vestido veraniego de algodón azul claro y aún traía los zapatos puestos, lo que nunca hacía. Siempre nos quitábamos los zapatos cuando estábamos en el carro.

—¿Qué te pasó? —pregunté—. ¿Por qué no estás trabajando?

—Las palabras son útiles sólo si son verdaderas —dijo mi madre—. Creo que Eli me miente. No habla de su vida. Si le hago una pregunta, cambia de tema. No puedo verlo por dentro.

Mi madre podía ver por dentro de una persona y ver vidrio roto. Veía astillas adentro de los cuerpos y frascos rebosantes de lágrimas.

—Veo ventanas rotas —dijo mi madre—. En el cuerpo de una persona puedo ver el cochambre de una tina de baño y las quemaduras de cigarro sobre una alfombra. Puedo ver todas las blancas y pequeñas aspirinas Bayer.

Mi madre dijo que esas percepciones aumentaban con cada cumpleaños:

—Recuerdo mis lecciones de piano.

Mi madre había estudiado piano desde que tenía seis años de edad en una escuela de música privada, hasta que la clausuraron cuando ella tenía quince. Entonces tomó lecciones privadas en casa con el señor Rodrigo, hasta que nos fuimos.

El señor Rodrigo era un músico de Cuba que había estudiado en Viena y en Londres y que pudo haber sido un gran concertista. También le enseñó a mi madre a amar el blues y el jazz.

—Por supuesto, nunca se volvió famoso —dijo mi madre—. Se hizo maestro sólo porque tenía que mantener a su esposa y a sus dos hijos. Pero yo sabía que también había otro motivo. El profesor Rodrigo palmoteaba para mantener el ritmo, y cada palmoteo era una

bofetada, una nalgada y un azote. Cada palmoteo al metrónomo significaba una noche de irse a dormir sin cenar. Yo podía ver los golpes de la infancia y los huesos rotos debajo de su piel de adulto. En cada lección de piano, en cada movimiento, después de interpretar las escalas, la habitación comenzaba a oler a Merthiolate.

—¿Extrañas tu piano? —le pregunté.

—Sí, y también al profesor Rodrigo. Era el tipo de hombre que sabía que lo que todas realmente necesitamos es escuchar una canción y que nos mezan.

Dado que mi madre podía ver debajo de la corteza y de la cáscara siempre andaba confundida, removida como por una cuchara, agitada todo el tiempo como una malteada por la gente equivocada.

En una ocasión dejó a un chico de dieciocho años quedarse en el Mercury con nosotras por dos días. El chico viajaba pidiendo aventones en la carretera. Me mudé al asiento trasero con ella y él tomó mi lugar en la parte de enfrente. Era muy flaco, las presillas de su pantalón se le pegaban al cinturón de cuero que se le asía a las caderas. La hebilla del cinturón era plateada con un águila dorada en el centro.

Las venas a lo largo de los brazos del joven le sobresalían como ramas.

—Puedes ver el árbol que hay adentro de ese hombre —dijo mi madre.

Tenía la piel pálida, los ojos azul oscuro y pestañas largas y era tan modesto como nosotras. Era de California y era amable y educado. Dijo que sus padres eran maestros de escuela.

Era un fugitivo. Cuando les notificó a sus padres que iba a marcharse ellos se rieron y le dijeron: “Si te vas, no regreses”. No le creyeron. Creyeron que era una broma.

Mi madre lo llamó el Señor No Regreses.

—Yo también soy una fugitiva —le dijo mi madre—. Los fugitivos necesitan cuidarse entre ellos. En fin —agregó—. Puedo ver que eres un chico que nunca ha tenido un sueño. Nunca te fuiste a dormir y tuviste un sueño. Estás viviendo la vida a medias. Te falta la otra mitad. Estás del lado de la vida; el lado de la muerte llegará, pero no tienes el lado del sueño. Si no hay sueño, entonces no hay vigilia del sueño. No estás alerta.

Mi madre tenía razón. El fugitivo nunca dormía. Tenía los ojos siempre abiertos.

—Estás cometiendo un error —le dijo mi madre—. Necesitas

descansar. Si yo practicara un deporte, si alguien me preguntara cuál es, tendría que responder que dormir.

Fue por el Señor No Regreses que supe del padre de mi madre y del motivo por el que ella se fue de su casa.

El Señor No Regreses se había quedado con nosotras por un día y una noche. Estábamos afuera del carro, recargados en la cajuela y mirando pasar los automóviles y los camiones por la carretera. Mi madre pelaba una naranja y le dio al Señor No Regreses los jugosos gajos para que los chupara. Ya había decidido que él había naufragado y que había tenido escorbuto puesto que ella creía que uno no tiene que estar perdido en el océano para naufragar.

Yo masticaba un chicle y me preguntaba por cuánto tiempo mi madre planeaba dejar quedarse al Señor No Regreses. Yo deseaba que ya se fuera.

—Así que, señora Doña —le dijo a mi madre—, ¿por qué vive en este carro con su pequeña?

Mi madre no contestó.

—Y vea —dijo él, apartándose del carro y señalándolo—. El pasto ha crecido muy alto alrededor de las llantas. Este viejo carro no ha sido conducido en años. Hasta las llantas tiene ponchadas.

—Ya sé. Ya sé —dijo mi madre—. No tengo a dónde ir a conducirlo, de veras.

—¿Pero por qué? ¿Por qué viven aquí?

—La respuesta es sencilla. Mi padre tenía un matamoscas en cada habitación de la casa —dijo mi madre—. Por eso me fui.

Cuando dijo estas palabras, me quedé quieta y contuve la respiración. Dejé de masticar el chicle como si le hubiera puesto el punto final a una frase.

—Los matamoscas colgaban de un gancho o reposaban en los marcos de las ventanas. Mi padre tenía muchos y siempre andaba azuzando algo hasta que lo mataba —explicó mi madre—. Lo utilizaba también para las mariposas. Y le gustaba pegarme con ellos. Siempre buscaba pisar cosas, ya fuera un escarabajo o una hormiga. Mi padre traía zapatos para aplastar, machacar y patear. Nadie puede andar matando pequeñeces. Y nunca iba a trabajar. Nunca tuvo un trabajo. No le dejé una nota para decirle que me iba porque él no iría a buscarme. Mi padre creyó que yo volvería cuando me quedara sin dinero. Aún debe estar esperando.

—¿Nunca le pidió dinero, señora Doña? —preguntó el fugitivo, y enseguida rectificó—: Por supuesto, usted nunca le pidió dinero. No

necesita responder mi estúpida pregunta. La gente cree que los fugitivos no tenemos orgullo pero estamos llenos de orgullo como si fuéramos un banco de orgullo.

—Pearl —me dijo mi madre—. Te salvé de un matamoscas. De chica, siempre me pregunté algo. Era una pregunta que traía adentro de mí todo el tiempo. En otras casas ¿la gente lava sus matamoscas?

—Qué bueno que abandonó a su papi, señora Doña —dijo el fugitivo—. No se puede permitir que un viejo le pegue a su nena. Es lo peor que he escuchado en mi vida.

Aquellas palabras alegraron a mi madre como si le hubieran dado un diploma por ser buena madre. Por lo general, todo lo que mi madre hacía encontraba reprobación, como si el no tener una puerta de entrada que abrir la hiciera no merecedora de un empleo o de la amistad o que alguien le prestara algo. La gente siempre sacudía la cabeza ante nuestra forma de vida.

Mi madre nunca se olvidó del Señor No Regreses. Decía que las manos de él estaban llenas de los aplausos de la iglesia. Se entendieron entre ellos. La vida a medias de él la ponía nerviosa y lo sacaba a cuento de vez en cuando.

—Por supuesto, él era un fuego artificial que te podía quemar los dedos —decía—. Por supuesto, él era un salvaje y el más débil de una camada. Si no sueñas de noche entonces sólo importa esta vida. No hay ningún otro lugar a dónde ir. De veras que no echo de menos su cuerpo como saco de huesos rotos.

Puesto que mi madre me traducía el mundo, entendí que todos andaban por ahí cargando secretos y huesos rotos y palabras lastimeras que no podrían limpiarse con jabón.

En la iglesia, mi madre escudriñaba las bancas, se inclinaba hacia mí, y me susurraba:

—Pearl, cariño, toda la gente que hay aquí tiene miedo de morir.

Como percibía la fragilidad en todo, le era imposible guardarle rencor a alguien. Ella era azúcar. Y siempre traía consigo una caja con cubitos de azúcar Domino en lugar de traer caramelos. Cuando yo le besaba la mejilla podía saborear los gránulos. Si estaba triste, me daba un cubito para que lo chupara.

La verdad se reducía a esto: mi madre siempre dijo que el día que se encontrara con un asesino, sentiría que a éste los zapatos le apretaban demasiado.

Y ella podía ver también adentro de mí. Una vez me dijo: —Nena, Pearl, no me quieras tanto. No lo merezco.

5

El Mercury estaba lleno de cosas que mi madre se había robado de su casa cuando huyó.

—Lo estuve pensando detenidamente durante los nueve meses antes de que nacieras —decía—. Sabía que tenía que tomar el tipo de cosas que nunca podría comprar. Quería que vieras la vida de la que venías. Este carro no es tu único patrimonio.

Me gustaba quedarme afuera cuando ella colocaba la llave en la cerradura del Mercury y le daba vuelta. La cajuela se abría, se levantaba despacio, y yo miraba adentro y veía plata y oro por debajo de las despensas. Había un tenue resplandor en las hermosas cajas de cartón envueltas con papel blanco, en las de madera y en las de cuero con finos cerrojos de oro.

Una enorme bolsa verde de fieltro con un cordel de seda rojo contenía un barco chino esculpido en marfil. Tenía mástiles y velas tallados en el colmillo de un elefante, tan largo como mi brazo. Había también pequeñas figuras de marineros en el barco sosteniendo remos o que se recargaban en uno de los mástiles. Había pertenecido al bisabuelo de mi madre.

Envuelta en papel de china había una antigua caja de música hecha de caoba con incrustaciones de conchas. Tenía un trozo de vidrio a un lado de modo que se le alcanzaba a ver una palanca y los pernos cuando tocaba "El Danubio azul".

Había un estuche de cuero negro para violín, que contenía el violín de mi bisabuelo.

—Obviamente no es un Stradivarius, pero es un violín italiano muy fino —decía mi madre.

En el fondo de la cajuela había una caja larga, forrada por afuera con seda cruda de color amarillo claro y envuelta con un listón amarillo oscuro de seda. Nunca abrimos aquella caja porque contenía el sedoso vestido de novia de mi abuela hecho con tela de chifón, y mi

madre no quería que se ensuciara.

Mi madre tenía dos platos de porcelana Royal Limoges, dos copas de vino de cristal Baccarat Massena y un juego de cubiertos de cinco piezas de plata esterlina.

Me enseñó a acercar a la luz la porcelana para ver si era auténtica. Necesitaba ver si era traslúcida, casi transparente.

Aprendí a diferenciar entre el vidrio y el cristal y la importancia del sonido que producían. Llegué a apreciar la hechura de una copa de vino por su base, su borde, su concavidad.

De vez en cuando mi madre cambiaba de lugar todo lo que había en la cajuela y sacaba la bolsa de seda de las joyas. Tenía un anillo de diamantes bordeado de rubíes que había pertenecido a su bisabuela francesa. La bolsa también contenía un collar de perlas y era el más grande que uno podría comprar. Me enseñó que los collares de perlas se medían en pulgadas. Las tallas se categorizaban como cuello, cuello alto, princesa, matiné, ópera y collarín.

En el asiento trasero aprendí también a identificar si una perla era auténtica o estaba hecha de plástico: mordisqueándola suavemente con los dientes.

Junto con estos tesoros estaba la diminuta pulsera rosa de recién nacida de mi madre con la etiqueta del hospital y su nombre inscrito. Garabateados con tinta negra se leía el apellido y el género: France. Niña.

Aquellas alhajas nunca se usaron. Lo único que mi madre traía puesto a diario era un anillito de plata con un redondeado opalito azul que le había dado el profesor Rodrigo, el maestro de piano. Se lo había regalado porque en Cuba había una superstición de que si usabas un ópalo la piedra tendría un efecto en el piano y hechizaría el instrumento.

A todas horas mi madre echaba de menos el piano.

Le gustaba ponerse de rodillas en el asiento del copiloto e inclinarse y tocar el piano a lo largo del tablero. Desde el *do* de la escala musical, que estaba debajo del espejo retrovisor, sus manos se desplazaban hacia adentro y hacia afuera a lo largo del grisáceo y sucio plástico. Sus dedos iban de un lado a otro, recogía los pulgares por debajo de sus palmas para alcanzar las teclas y golpear tanto los bemoles como los agudos. Una y otra vez una mano se cruzaba con la otra y luego se alzaba en el aire, suspendiéndose por un instante, antes de caer de nuevo para reiniciar la carrera de arriba abajo.

—Eso era Mozart —decía—. ¿Te gustó?

O decía: “Fueron ejercicios de dedo”.

Yo no podía notar la diferencia. Ella escuchaba martillos golpeando las cuerdas, pero yo sólo escuchaba los toqueteos de sus dedos en el tablero.

Nos gustaba fingir que viajábamos por la carretera. Yo jugaba a que de veras andábamos viajando por algún lado. Mi madre siempre me seguía el juego.

Yo era la conductora. Empujábamos el asiento hacia adelante, pero mis piernas seguían quedando demasiado cortas para alcanzar los pedales. Le daba vueltas al volante, lo giraba con mis manos y hacía como que conducía.

Mi madre se sentaba a mi lado en el lado del copiloto. Se revisaba su labial en el espejo retrovisor, se ponía los lentes de sol y prendía el radio. Siempre se aseguraba de que la batería del carro funcionara y, a lo largo de los años, la iba reemplazando por otras nuevas. Éste era el único mantenimiento que le daba al carro.

Nos abrochábamos los cinturones.

—Está bien, vámonos de viaje por carretera —decía mi madre—. Deja marcas con las llantas. Rebasa el límite de velocidad. Conduce rápido. Que nos multen.

—¿A dónde quieres ir? —le preguntaba yo.

Durante nuestros viajes fingidos mi madre hablaba de su vida.

Yo hacía como que le daba vuelta al volante y ella hablaba de Saint Augustine, donde había crecido.

Yo sabía por mis clases de historia en la escuela que Saint Augustine había sido fundada por los españoles en 1565 y que la zona había sido poblada por los indios Timucua.

—Nuestra casa era una enorme mansión rodeada de robles —decía mi madre—. Yo tenía dos clósets para mi ropa y todos los ganchos estaban forrados con satín color rosa.

Cuando hablaba, a menudo se me acercaba y me tallaba con suavidad la mejilla con el dorso de su mano. Era como si un roce con el dorso de su mano fuera más suave y amoroso que si me tocara con la mano abierta.

Yo mantenía la vista en nuestra carretera imaginaria.

—No puedo creer que sigamos viviendo en este carro —decía—. Siempre creí que viviríamos aquí sólo unos meses hasta que consiguiera un empleo y pudiera rentar una pequeña casa. Lo siento mucho, Pearl.

Era hija única en una casa llena de sirvientes.

Agachada en el asiento junto al mío, a veces mi madre ponía los pies en el tablero y se inclinaba hacia adelante y se pintaba las uñas de los pies y de las manos con un color rojo brillante. El color se llamaba Encuéntrame en el Barco de las Estrellas. Elegía su barniz de uñas por el nombre en la base del frasco. Tenía unos que se llamaban Melón de Troya, Surfeando para los Chicos y Veinte Velas en mi Pastel.

—Para la fiesta de mi décimo cumpleaños mi padre rentó un carrusel y lo colocó en el jardín frontal de la casa —decía mi madre—. Arruinó el césped para siempre. Los hombres que lo instalaron hollaron el jardín, hicieron hoyos con martillos y dejaron que el aceite de motor del carrusel se derramara por todos lados. ¿Por qué estropearon el césped? ¿Por qué? Pudieron haber puesto un cartón o algún tipo de plástico protector debajo —dijo—. Aquel césped sufría.

—¿Cómo lo supiste?

—Pearl, lo sientes. Algún día un científico va a oír todo lo que las plantas dicen. Espera a que llegue el día en que los árboles puedan decirnos lo que es tener las ramas podadas. El día está próximo. Entonces el mundo va a sentir un verdadero sobresalto.

En aquellos fingidos viajes por carretera, a pesar de que se me cansaban los brazos de tanto agarrarme al volante, me aguantaba para que mi madre no parara de hablar.

—Tu abuela murió en un choque automovilístico —decía—. Un camión de la Pepsi chocó con nuestro carro. Las botellas rotas de Pepsi se esparcieron por todas partes. Se formaron charcos con el líquido. Mis calcetas blancas se pusieron color café y pegajosas y los zapatos se adherían al pavimento.

—¿A dónde iban?

—Íbamos al doctor, al pediatra. Yo iba en el asiento trasero. Tenía cinco años. Estaba enferma. Tenía fiebre.

—¿Y qué pasó?

—Yo era sólo un pedacito de persona, ¿me entiendes? No lo recuerdo del todo.

No importaba cuántas veces mi madre me contara aquellos sucesos. Yo quería saber de la muerte de mi abuela una y otra vez. Me ponía de brazos abiertos para cualquier historia trágica.

—Antes de que la ambulancia llegara —decía mi madre—, pude escuchar lo que ella pensaba mientras moría. Pude oír el ruido de nuestro carro chocado. Creo que era el motor lo que hacía ruido. Se estaba agrietando y le salía el aire por la transmisión, o algo así. Pero

entonces se hizo un silencio antes de que llegaran las patrullas y la ambulancia.

—¿Cuánto tiempo estuvieron atrapadas en el carro?

—No sé con exactitud, pero les llevó al menos una hora separarlo del camión y sacarnos.

—¿Qué dijo ella? ¿Qué dijo tu madre?

Yo siempre preguntaba aunque ya sabía la respuesta.

—No lo dijo en voz alta. Por supuesto, no lo dijo en voz alta, pero la escuché. Nadie me creyó. Yo sólo tenía cinco años y nadie le cree a alguien de cinco años.

—Yo te creo —le decía yo.

Mi madre levantaba las manos y se soplaba el rojo barniz en las uñas de los dedos.

—No creo que haya pronunciado las palabras —decía mi madre—, pero las escuché, dijo: ¿Aparece esto en el Libro de la Vida del Cordero?

—¿Dijo eso? ¿Sólo eso?

—Sí. Eso fue lo que dijo. *¿Aparece esto en el Libro de la Vida del Cordero?* Fueron las únicas palabras.

En el área del estacionamiento para las visitas del campamento nada se movía. No había viaje. Nuestro carro seguía de frente a la misma pared y a los árboles.

—¿La recuerdas?

—Sí.

Yo miraba la cara de bailarina de mi madre. Ella veía hacia la carretera.

Mi madre decía:

—Sé que la memoria es el único sustituto del amor.

Cuando Eli llegó a nuestras vidas, mi madre dejó de tocar su piano imaginario y las historias sobre su niñez cesaron. Ahora le contaba a Eli aquellas historias. Yo sabía que era porque en una ocasión él le compró una botella de Pepsi. Mi madre dijo que era su idea de lo que era una broma, pero también dijo que no era chistosa.

6

Mi mejor y única amiga, April May, vivía en una casa remolque amplia y plateada en la parte trasera del campamento, cerca del basurero. A pesar de que era dos años mayor que yo, estábamos en la misma clase en la escuela y era mi única verdadera amiga.

La pequeña escuela pública a la que asistíamos estaba amenazada de perder los recursos federales y cerrar, pues había muy pocas familias con hijos en la zona. Durante las tres décadas pasadas, la mayoría de la gente se había mudado lejos de los pueblos pequeños hacia las ciudades, donde era más fácil encontrar empleo. Muchas escuelas rurales habían cerrado sus puertas y sabíamos que el que cerraran la nuestra era sólo cuestión de tiempo.

En la escuela había únicamente seis estudiantes en mi clase y teníamos el mismo maestro para todas las materias. Mi madre no me permitía pasar tiempo con nadie más que con April May. No quería que los desconocidos me hicieran preguntas. Su temor constante era que me apartaran de ella y me depositaran en un albergue temporal.

—Siempre hay alguien allá afuera que quiere hacerte un favor —decía mi madre.

Lo cierto es que nadie llegaba a tocar a la puerta de nuestro carro para pedirme que fuéramos amigos y compartir una barra de chocolate.

Los padres de April May le permitían a mi madre usar su casa remolque como domicilio cuando yo necesitaba inscribirme en la escuela, o cuando se requería un domicilio para realizar trámites.

Yo casi siempre le hacía la tarea a April May. Ella no tenía cabeza para ello, aunque no era tonta. A mí no me importaba porque para mí era muy fácil, pues mi madre me había enseñado muchas cosas antes de que me las enseñaran en la escuela.

April May tenía el cabello rojo y tenía tantas pecas que la piel se le veía de un color café rojizo. Mi madre nos llamaba Hielo y Fuego.

April May era mandona y me gustaba que fuera así porque mi madre no lo era. Mi madre nunca me decía qué hacer, sólo que quería asegurarse de que yo tuviera sueños cuando me iba a dormir.

Mi madre decía que ella y yo pertenecíamos a la tribu del Sueño.

—No tarda uno mucho en darse cuenta de que los sueños son mejores que la vida —decía.

April May era muy mandona, yo la llamaba la policía-cúbrete-la-boca-cuando-toses, la policía-no-me-responda y la polícia-cúbrete-la-boca-cuando-comes. Era mandona porque su padre había estado en el ejército y la trataba como a un soldado.

No me importaba su autoritarismo, pues le encantaba retarme a hacer cosas y pocas cosas había que me gustaran tanto como que me retaran.

Si April May decía: "Vamos a pasear al río"; yo decía: "Vamos".

Si decía: "Vamos a la dulcería y róbate un chicle"; yo decía: "Vamos".

Mi madre decía que yo había nacido bajo la Estrella del Riesgo.

—Si no tienes cuidado —decía— algún día vas a intentar cruzar las vías y ganarle a un tren. Si tuviéramos un techo estarías saltando de él.

Si April May decía: "Exploremos en el basurero y te reto a que abras las bolsas negras de basura más gruesas", yo decía: "Sí, sí, sí".

Sabíamos que algún día encontraríamos un cadáver en una de esas bolsas. Aquella escena del crimen rondaba nuestra imaginación todo el tiempo. Ya habíamos encontrado perros y gatos muertos.

El basurero era el de la comunidad y era pequeño, y estaba detrás del campamento de casas remolque. Una hilera de pinares obstruía la vista, pero nada podía atenuar los olores y el ruido de los camiones de la basura. Los rechinidos de los goznes oxidados cuando la parte trasera del camión vaciaba y dejaba caer la basura se mezclaban con el sonido del viento y de la lluvia como si fueran parte de la naturaleza.

Nos decían que no fuéramos cerca del basurero porque estaba sucio, lleno de cosas podridas y porque podríamos enfermarnos. La madre de April May, Rose, decía incluso que había materiales tóxicos y desechos médicos del hospital de veteranos de la localidad, donde ella y mi madre trabajaban. Pero de todos modos nosotras íbamos.

Afuera del basurero colgaba de la cerca un letrero que decía "PELIGRO, NO ENTRAR" pero no había portón ni candado ni vigilante.

Había un árbol alto a un lado de la entrada. Se había usado para

practicar el tiro al blanco y estaba lleno de agujeros. Tenía muchas partes por las que yo podía ver a través de la corteza naranja-café.

Con todo y la pudrición, el basurero era principalmente un paisaje de plástico de todos colores y de cosas de vidrio que brillaban entre los desechos, como si fueran cristales verdes y azules. Había platos de plástico, cucharas, tenedores, cajas, botellas y partes de muñecas. Las cabezas de muñecas Barbie sin cuerpos y de cabello enmarañado de color amarillo, anaranjado o rojo yacían entre cascarones de huevos y cartones de leche. Rosadas piernas de plástico o una pierna solitaria se asomaban de una caja roja de cereal Lucky Charms, brazos rosas e incluso torsos rosáceos con vientres y ombligos.

En una ocasión April May encontró un billete de diez dólares, que salía del bolsillo trasero de un viejo pantalón de mezclilla. No podíamos creerlo. Desde entonces siempre buscamos adentro de los bolsillos de cualquier prenda vieja que encontrábamos.

En uno de aquellos paseos carroñeros hallé un termómetro roto adentro de una pequeña caja. La franja de mercurio estaba fragmentada en bolas. Mientras jugaba con el brillante líquido plateado, moviéndolo de un lado a otro en la palma de la mano, el mercurio se dividió en pequeñas gotas resbaladizas y enseguida se fusionó de nuevo en una perla enorme. Hice rodar el metálico líquido entre mis manos y luego lo metí en la bolsa de mis pantalones.

Cuando regresé al carro, coloqué el mercurio en una bolsita, que conservé debajo del asiento de enfrente. Esa bolsita contenía todas las cosas que yo recogía de la basura. Tenía unas canicas, un arete de oro y cuatro botones de latón con la imagen del ancla de un barco.

Una vez April May encontró una caja de cartón llena de enormes palomillas de colores negro y marrón. A primera vista uno de los insectos era tan grande, que creí que era un pájaro. Las palomillas estaban una encima de la otra, con pedacitos de servilleta de papel entre cada una.

Adentro de la caja había también un trozo de papel con los nombres de las especies escritos con tinta: Palomilla Atlas, Bruja Negra, Palomilla Cometa, Palomilla Luna, Palomilla Cabeza de la Muerte, Palomilla Corazón y Palomilla Trébol.

Tratamos de agarrarlas pero, después de varios cuidadosos intentos, nos rendimos. Las palomillas se hacían polvo tan pronto las tocábamos.

—Ésta es la colección de alguien —dijo April May—. Me la llevo. No puedo dejar aquí estas palomillas muertas. Es como un hechizo

para nosotras. Si dejo estas palomillas cosas malas pueden ocurrirnos.

April May era tan superticiosa que incluso inventó sus propias supersticiones ahí mismo.

—Déjalas —dije—. Se están deshaciendo.

—De acuerdo —dijo April May—. Pero si pasan cosas malas será culpa tuya.

También solíamos encontrar montones y montones de revistas, especialmente ejemplares viejos del *Time* y revistas pornográficas. Adquirimos nuestra educación sexual en el basurero y vimos en aquellas revistas cosas que nadie debía saber ni siquiera en secreto.

También había zapatos de bebé tirados por todos lados y algunos de ellos en pares, atados con las agujetas.

Mi madre decía:

—Siempre estoy pensando en que el aire de ese basurero sopla sobre el océano. Todo en los Estados Unidos eventualmente se esparce a lo largo del país y sobre el Atlántico. Todo lo que ocurre en Nueva York termina esparciéndose por encima de Islandia o de Irlanda. Mira al cielo y te imaginarás lo que contiene. Piensa en todos los globos de fiestas que han flotado hacia Francia. Piensa en todo el humo de los fuegos artificiales del 4 de julio que se han esparcido por tierra y mar hacia Inglaterra.

El padre de April May, a quien todos llamábamos sargento Bob, era un veterano de la guerra y había estado en Afganistán. Fue uno de los primeros soldados en ir, y uno de los primeros en regresar.

El sargento Bob era un hombre alto que se rasuraba la cabeza. Tenía una barbita que sólo le crecía en el mentón y se la mesaba todo el tiempo con los dedos, o se la jalaba como si se la quisiera arrancar. También había perdido una oreja en la misma mina que le había arrebatado una pierna.

Al sargento Bob le gustaba decir, con indignación, que había pisado una maldita mina rusa, como si con eso hiciera de la mina algo todavía más terrible.

La explosión también lo había dejado casi completamente sordo, por lo que teníamos que gritar cuando queríamos hablar con él.

Decía que ahora que sólo tenía una pierna y que no oía nada había descubierto los libros. Ordenaba libros a través de los catálogos de préstamos de bibliotecas, que operaban por todo el país.

A veces usaba su pierna protésica, pero la mayor parte del tiempo andaba cojeando con la ayuda de unas muletas y con la parte del pantalón, donde no tenía pierna, recogida con un gran seguro para

pañales. El sargento Bob rara vez usaba camisa y tenía tatuajes por todo el torso. Se los hizo después de que dos amigos suyos murieron en Afganistán.

Decía que la parte más dolorosa para tatuarse era la piel encima de las costillas.

En su lado izquierdo y arriba de la cintura tenía escrito: "En memoria de los camaradas caídos". En el lado derecho el tatuaje decía: "En Dios confiamos".

—Me criaron como cristiano —decía el sargento Bob—. Pero en realidad yo no creía en Dios hasta que fui a Afganistán. Los chicos que ahí murieron pudieron ser cualquiera de nosotros. Día tras día me veo los tatuajes en el espejo y sé lo afortunado que soy. Ahora creo en Dios porque ¿qué más se puede hacer a mi edad?

El sargento Bob tenía en la espalda siete cartuchos dibujados con tinta con los nombres de los siete amigos escritos adentro de las balas. Cada vez que yo estaba cerca de él no podía evitar leer los nombres: Sean, Mitt, Carlos, Luke, Peter, Manny y José.

Rose, la madre de April May, era asistente de enfermera en el pequeño hospital de veteranos del pueblo. El sargento Bob había conocido a Rose en el hospital. Ella había sido una de sus enfermeras.

Todos en el campamento iban a ver a Rose si necesitaban un curita o una pastilla contra las alergias. Tenía de todo.

Era buena también para poner inyecciones, para limpiar una herida o para colocar una venda. Resultaba que todos en algún momento terminaban necesitándola.

Un día, April May y yo estábamos sentadas en el pasto afuera de su casa remolque con Rose. Era uno de esos días raros del mes de julio en que la brisa dispersaba la humedad y nos permitía sentarnos afuera del remolque. Arrastraba incluso el tufo del basurero, lejos de nosotros, hasta Suecia.

En esos días claros mi madre decía:

—Hoy a las aguas de Escandinavia las están conquistando las partículas de basura que se forman con el polen de Kansas, el polvo del carbón de Pensilvania y las telarañas de Vermont.

Rose estaba sentada en una silla jardinera con un enorme vaso de plástico rosa entre las piernas. Era un vaso lleno de limonada. Comía Doritos y relamía el salado chile en polvo de sus dedos después de llevarse los totopos a la boca. April May y yo estábamos sentadas tan cerca de Rose que oímos el primer crujido como si partiera el triangular totopo con los dientes frontales. No nos convidó. Cuando

terminó, se ensalivó el dedo índice y lo metió hasta el fondo de la bolsa de Doritos para recoger los residuos del salado chile en polvo y después lamerlo. La punta de aquel dedo la tenía siempre de un color rojo brillante.

A su lado, en el suelo, había una lata de Pepsi.

Rose tenía un tatuaje de Hello Kitty en su tobillo derecho. Para mostrarme que su madre era una fanática empedernida de Hello Kitty, una vez April May me dejó echarle un vistazo a la libreta de cheques de Rose que tenían una Hello Kitty impresa, así como su tarjeta Visa, que tenía una fotografía de la gatita en el plástico.

Mi madre era doblemente amable con Rose. No eran realmente amigas pero trabajaban juntas en el hospital y se tenían un cordial y distante respeto.

—Ella no es un día brumoso. Ella no es un día nublado. Pero Rose huele a amoniaco —decía mi madre—. Es como si hubiera caminado por una nube de algo.

—¿Por qué?

Cuando era adolescente, sus padres rentaron una casa que alguna vez había sido un laboratorio de metanfetaminas.

—Rose me lo platicó una vez —decía mi madre—. Por vivir en esa casa, empezó a enfermarse muy seguido, a sentirse mal, realmente mal, y también sus padres. Se dieron cuenta de que los adictos se detenían en la casa en busca de drogas. En aquella casa había habido un operativo. Había ocurrido una explosión cuando cocinaban metanfetaminas y había residuos por todos lados, incluso en las ventilas del aire acondicionado. Rose es un caso perdido. Está enferma. Esos cristales entraron en ella.

Todo el mundo en Florida sabía lo que era un laboratorio de metanfetaminas. La policía los encontraba a cada rato. Aparecían en los noticiarios y todos tenían una historia que contar sobre alguien que procesaba la droga. Todos sabían también que la heroína mexicana se estaba apoderando del mercado de las metanfetaminas.

En la escuela conocíamos a un muchacho, Rusty, alto y flaco, que siempre andaba rechinando los dientes. Se le había destinado a un albergue temporal cuando a sus padres los metieron a la cárcel por producir y distribuir metanfetaminas. Habían corrido con mala suerte porque alguien había reportado un incendio en el bosque detrás de su casa, pero cuando los bomberos llegaron encontraron un laboratorio y 172 gramos de aceite de metanfetaminas.

—Rusty vino a la escuela a despedirse —le conté a mi madre—.

Nos dijo que se iba a una casa de adopción en algún lugar fuera de Miami. Me entristeció mucho. Creo que todos en la escuela nos sentimos tristes.

—Sí, claro —dijo mi madre—. Te desconcertó porque, incluso antes de que lo olvidaras, incluso antes de que él cerrara la puerta y se marchara, ya sabías que ibas a olvidarlo.

El empleo en el hospital de veteranos hizo a mi madre pensar en lo rápido que se olvida a la gente. Y se preguntaba qué sería peor: ser olvidado o morir. Había muchos veteranos a los que nunca los visitaba un familiar o un amigo.

Mientras se comía sus Doritos, Rose nos habló del amor. A Rose le preocupaba que April May no tuviera interés en los chicos o que no fuera femenina. A April May no le gustaba Hello Kitty y odiaba el color rosa. Se dejaba el cabello muy corto con las tijeras de la cocina.

Aquella mañana, mientras se relamía el dedo color anaranjado brillante por los Doritos y bebía su Pepsi, Rose decidió darnos una lección de amor.

—En lugar de hablar con los hombres, tóquenlos —dijo—. No platiquen. Yo nunca creí que un hombre como el sargento Bob me iba a amar. Mantengan los ojos abiertos, chicas, para el hombre que realmente entienda, que sepa que una mujer es el paraíso. Tiene que merecerse su beso y los cuidados que le prodiguen. No hablen demasiado. Déjense de la tontería del bla, bla, bla. Si desean expresar algo conviertan su palabra en un roce, hagan de su palabra un pellizco. Cada vez que vayan a hablar, mejor tóquenlo. No le digan buenos días, sólo tóquenle la espalda. Ni siquiera le pregunten si las ama; mejor chúpenle los dedos. Tienen que crearle recuerdos. ¿De acuerdo? ¿Me explico? Díganme.

Y lo cierto es que Rose actuaba como decía. Nunca hablaba con el sargento Bob. En lugar de eso, la veíamos cómo le acariciaba la coronilla o le besaba la nuca. A veces le pasaba los dedos por sus tatuajes como si se los estuviera pintando de nuevo o como si siguiera el mapa de una carretera a lo largo de su cuerpo. Al sentir sus roces, el sargento Bob cerraba los ojos o sacaba la cartera y le daba un billete de diez o veinte dólares.

—Es cierto, Carne de Lodo realmente la ama —me dijo April May un día que paséabamos río abajo—. Con todo y que sean mis padres, es muy desagradable.

April May tenía apodos para todo el mundo. Su padre era Carne de Lodo y su madre era Pan Dulce.

Un Día de San Valentín el sargento Bob le regaló a Rose una pistola de 9 mm.

—Cuando un hombre le regala a su mujer una pistola es porque realmente confía en ella —dijo el sargento Bob—. La pistola no será una viudera. Algunas armas hacen a las mujeres viudas, pero esta pistola es muy fiel. Es mucho más útil que una caja de dulces. Yo prefiero llegar a la casa y encontrarme con el forense sacando a alguien que quiso meterse con mi mujer, que llegar y encontrarme con que mi mujer me ha cocinado un pay de manzana. Sí, ésa es la verdad. Si un hombre le da a su mujer una pistola es porque realmente confía en ella.

El sargento Bob tenía todo tipo de nombres para las armas. Algunos eran: La viudera, La huerfanera y La que hace la paz. Si se usaban para robar un carro, las llamaba Cocheras y si una pistola no daba en el blanco le decía La Quebranubes. Si se usaba para un ajuste de cuentas, el arma era una Justiciera.

La pistola era rosa. También le regaló a Rose una funda color rosa de modo que ella la pudiera cargar debajo de su brazo, pero Rose era demasiado gorda. Se ajustaba el arma en el frente de su blusa, entre sus pechos, si andaba paseando alrededor del campamento o, si salía, la traía adentro de su bolso.

Rose dijo:

—Es el mejor regalo que me han dado, porque él quiere protegerme.

El sargento Bob no quería que Rose tuviera una pistola color rosa pues decía que nadie iba a tomarla muy en serio si se metía en problemas, pero ella le ganaba cualquier discusión que tuviera con él con sólo acariciarle el cabello o apretándole el lóbulo de su única oreja.

—Yo ya creía en las armas desde antes de que conociera a mi esposo —dijo Rose—, así que él no me puede educar en eso de las armas. Mi familia siempre tuvo armas. Mi padre cazaba. Las armas me dan libertad. Lo sé. En fin, la siguiente pistola en mi lista de deseos es una Walther PPQ calibre .40 y eso lo hará a él muy feliz.

Mi madre pensaba que Rose no debía guardar la pistola entre la blusa.

—Es como poner una vela cerca de una cortina o secar ropa adentro de una estufa —decía—. A la larga, algo va a arder.

Rose decía:

—Una vez que tienes un arma, andas todo el tiempo con una

temperatura de 37.5 ºC. Aunque, tengo que decirlo, tengo que admitirlo: creí que él me iba a regalar un anillo.

Mi madre decía que Rose era una buena mujer.

—Nunca ha conocido a un extraño —decía mi madre—. Es una buena enfermera. Hasta cuando alguien va a morir, ella le dice que se va a salvar. No le regala a nadie malas noticias.

De mi madre, Rose decía:

—A tu adorable madre le regalaron cuarenta y ocho cartas de una baraja. Dios no estaba contando bien para ella o alguien se robó y se escondió debajo de la manga las cuatro cartas que faltan. A pesar de que tu madre nació con cuchara de plata en la boca, es una buena mujer. Tu mamá es la prueba viviente de que una persona rica puede ser buena. No presume de los elegantes zapatos que tenía de niña y no se da aires con palabras estrafalarias.

A todo el mundo le caía bien mi madre. Estoy segura de que era porque ella podía ver adentro de los demás y ver qué es lo que les dolía. Lo que estaba a su vista se le metía adentro y se le acomodaba en el cuerpo como si toda ella fuera una caja o un saco para que todos retumbaran en su interior.

Rose también decía:

—El problema con tu madre es que siente el dolor de todos y eso no es bueno cuando trabajas en un hospital. Tiene el mal de la empatía. Es una enfermedad.

Mi madre era afanadora en el mismo hospital de veteranos donde Rose trabajaba como enfermera. Era uno de los pocos lugares para encontrar trabajo en el área de Florida. Mi madre, que ni siquiera tenía su certificado de preparatoria, sólo podía trabajar en el departamento de limpieza del hospital.

Mi madre bailarina trapeaba pisos, tendía las camas, lavaba los orinales, vaciaba las bolsas de basura y barría pasillos. Usaba una bata de limpieza por encima de la ropa, guantes de hule, bolsas de plástico alrededor de los zapatos y una redecilla para el pelo que le cubría la cabeza completa y le despeinaba su rubia cabellera.

Tanto mi madre como la madre de April May se quejaban de que los veteranos no eran tratados como se debía y que los médicos se presentaban de vez en cuando y a los veteranos se les hacía esperar a veces durante meses para darles su tratamiento. Hasta en el departamento de limpieza del hospital escaseaban siempre los implementos, incluso los básicos como el papel de baño y los líquidos para limpiar.

—El hospital es un lugar entre el cielo y la tierra —decía mi madre —. ¿Cómo puedo definirlo? Es donde un hombre llora como un bebé por la pérdida de su brazo. Es donde los hombres son muñecas de papel que se pueden romper. Saben que no pueden proteger a nadie y entonces ¿de qué sirve ser hombre si no pueden proteger a nadie?

Rose decía que lo más difícil de su trabajo eran los suicidios.

—Esos veteranos que han sobrevivido a la guerra y luego se topan con una navaja de rasurar Gillete o una soga —decía.

Una vez al año, durante la Semana Nacional de Enfermería, el pastor de la iglesia local, que también vivía en el campamento, el pastor Rex Wood, iba al hospital, oficiaba una ceremonia que había inventado y a la que le puso por nombre la Bendición de las Manos. Le gustaba inventar nuevas ceremonias religiosas. Se autonombraba un religioso innovador.

En el Día de la Bendición de las Manos, las enfermeras dejaban a sus pacientes durante veinte minutos y salían al estacionamiento del hospital. Se formaban y ofrecían las manos abiertas para la bendición. El pastor Rex se acercaba a cada una de ellas y les rociaba un poco de agua bendita en las manos mientras decía una oración.

Había siempre uno o dos adictos a la heroína o a las metanfetaminas merodeando en el estacionamiento para ver la bendición. La mayoría de la gente podía diferenciarlos porque los adictos a las metanfetaminas tenían llagas en la cara y sonrisas de metanfetamina, que eran sonrisas sin dientes o con dientes que no tenían nada que hacer en la boca de alguien. Los adictos a la heroína merodeaban por el hospital esperando que alguna enfermera les pasara una jeringuilla o una caja de laxantes. Los usuarios de heroína se quedaban dormidos recargados en un carro o incluso por debajo en busca de una sombra en un caluroso día.

Todos sabían que era el único día del año en que las enfermeras se arreglaban las uñas en el salón de belleza. Yo sabía que mientras mi madre observaba la bendición, sus manos se aferraban a un trapeador. Las demás afanadoras mantenían las manos adentro de los bolsillos. Al equipo de limpieza nunca les bendijeron las manos porque nadie creía que sus manos lo merecieran.

Al pastor Rex le gustaba imprimir sus sermones y bendiciones y repartirlos afuera de la iglesia. Al domingo siguiente al de la Semana Nacional de Enfermeras repartió uno que también leyó en voz alta en el púlpito:

—Señor, bendice las manos que cuidan y trabajan duro. Bendice las

manos que ayudan a otros a caminar. Ayuda a las manos que inyectan y que sostienen los vasos de agua. Ayuda a las manos que asean los cuerpos. Ayuda a las manos que son más que manos y que cargan el sufrimiento del mundo. Amén.

Mi madre decía:

—Nunca se sabe dónde se esconde el diablo. Los mentirosos andan fingiendo ser curas o poetas. Los mentirosos se esconden en los lugares más puros.

Después de salir de la escuela, a April May y a mí nos gustaba dar un paseo río abajo donde había un muelle en donde podíamos sentarnos y mirar el agua.

—Hablemos de esto y de aquello —le gustaba decir a April May mientras nos sentábamos.

Veíamos las luciérnagas parpadear por encima de la superficie y manteníamos los ojos abiertos ante cualquier agitación del río, pues podría ser el pausado movimiento de un caimán. En Florida todo el mundo sabía que nunca se debería uno sentar a la orilla del muelle con los pies en el agua. Pero a April May le gustaba retarme y yo siempre lo hacía. Cuando yo la retaba a que lo hiciera ella siempre se rehusaba. Las dos sabíamos que yo era la más valiente.

A veces April May se quejaba de su madre y de su padre y decía:

—Pan Dulce me está volviendo loca y Carne de Lodo también está volviéndome loca. Los dos me están volviendo loca. ¿Cómo es que me tocaron estos padres? ¿Cómo?

Yo casi siempre encogía los hombros ante sus quejas.

—Oye, oye. Bueno, ¿y qué me dices de Margot? ¿No te vuelve loca?

Tenía que responderle que no.

—¿No?

—No.

—Oye —decía April May—. Supe que a tu madre le daban a oler un poco de gas de la estufa. Estoy segura de que debió afectarle. Probablemente sea por eso que es tan soñadora.

—¿Qué quieres decir? —le preguntaba yo.

—Sí. Me enteré. De pequeña a tu madre la ponían a oler gas de la estufa para que se durmiera. Su papi la sostenía por encima del quemador y abría la llave.

Por supuesto que yo lo sabía. Me lo contó mi madre. Su padre decía: “Si una niña no se quiere ir a dormir, un poco de gas funciona mejor que un vaso de leche”.

—Debe volverte un poco loca a veces —prosiguió April May—. Ándale. Vamos. Di la verdad. Todos los padres vuelven locos a sus hijos.

—No —decía yo—. Nunca.

Mi madre siempre sabía con exactitud qué decir para darme cariño y hacerme sonreír.

Un día dijo:

—Pearl, ¿sabes cuál es la mejor pregunta del mundo? ¿La mejor de todas?

—No, ¿cuál?

Su antigua vida y su nueva vida se hallaban en un tazón para mezclar como harina y azúcar.

—¿Vas a ir al baile?

7

El río era también el lugar a donde April May y yo íbamos a fumar, y lo habíamos estado haciendo desde que yo tenía diez años y ella doce.

Yo era experta en robar cigarros. Esto, así como hacerle la tarea, era mi trabajo en la amistad con April May. Todo lo demás era el suyo. Ella decidía lo que haríamos e incluso qué ropa ponernos, lo que significaba cualquier color menos el rosa. Cualquier prenda que tuviera a Hello Kitty o una caricatura de Disney estaba prohibida. Aborrecía a las princesas de Walt Disney.

Puesto que mi trabajo era encontrar cigarros, tenía que andar merodeando alrededor del campamento en busca de gente que fumara. No había mucha de dónde escoger pues sólo cuatro casas remolque del campamento estaban ocupadas.

Afortunadamente todos fumaban, excepto los padres de April May y mi madre.

Yo siempre andaba escudriñando, buscando sacar unos cigarros de las cajetillas que dejaban por ahí. Si me sentía muy valiente, a veces robaba cajetillas enteras. A menudo tuve que conformarme con robar cigarros a medio fumar que hallaba en un cenicero. Incluso en el camino de la escuela a la casa recogía cigarros que encontraba tirados en el suelo y que habían pisado o arrojado por la ventana de un carro.

Una de las casas del campamento donde siempre encontraba cigarros pertenecía a la señora Roberta Young. Todos la llamaban por su nombre completo. Vivía en su remolque con su hija de treinta años, Noelle, dos diminutos Chihuahuas y un loro enjaulado. Al loro lo metían adentro del remolque durante la noche. Durante el día la jaula estaba afuera encima de una silla de plástico bajo la sombra de una pequeña palmera.

Noelle nunca fue a la escuela pero era una genio de la electricidad. Todos sabían que si tenían una lámpara descompuesta o un enchufe eléctrico que sacaba chispas, la persona a la que había que llamar era

a Noelle.

—Fue como si hubiera nacido de un relámpago —decía su madre —. Puede arreglar cualquier cosa. Puede hacer que las baterías de carro vuelvan a prender con sólo entrechocar los cables.

Noelle tenía una gran colección de Barbies. El mundo que había inventado en torno a ellas era lo único que le importaba. Su comunidad de Barbies ocupaba la mitad de su casa remolque. Las muñecas estaban colocadas de pie, acostadas, o sentadas en todo tipo de poses. Todas tenían nombre y montones de ropa. Noelle las tenía contadas y una vez me dijo que sumaban sesenta y tres. Era todo lo que quería recibir en sus cumpleaños o en Navidad.

A April May no le caía bien Noelle y no se juntaba con ella. Si veía a Noelle ir o venir, corría en la dirección contraria.

April May creía que Noelle podría darle un choque eléctrico y le puso de apodo Voltaje.

Noelle tenía el cabello negro, que usaba en una trenza, y los ojos marrones. Caminaba muy derecha, como si trajera una tabla atada a la cintura. Nunca se movía con rapidez y siempre caminaba de puntas.

April May decía:

—¿Adivina quién más camina de puntas?

—¿Quién?

—¡Una muñeca Barbie, por supuesto!

Muchas veces, Noelle me dio clases de matemáticas. En realidad, eran clases de observación, pues la veía resolver un problema una y otra vez hasta que yo lo entendiera. No podía explicar con palabras lo que su mente hacía.

Me tomó algún tiempo darme cuenta de que Noelle, a quien le gustaban las galletas de la fortuna y guardaba sus mensajes en una bolsa de plástico, había memorizado las palabras de esos papelitos como si fueran poemas.

—Un extraño es un amigo con quien todavía no hablas —decía.

—No podemos ayudar a toda la gente, pero cualquiera puede ayudar a alguien —decía.

—La próxima luna llena traerá una noche encantadora —decía.

—¿Está Noelle muy triste? —le preguntaba yo a mi madre.

—Sí, tiene el peor tipo de tristeza. Ella no sabe que está triste. Es una errante.

Mi madre llamaba errante a cualquier persona y a cualquier cosa que pareciera solitaria, o que hubiera terminado en el lugar equivocado. Había personas errantes, perros errantes, balas errantes y

mariposas errantes.

Siempre que yo iba a la casa remolque de Noelle a que me diera clases de matemáticas, la señora Roberta Young me ofrecía algo para comer. Le gustaba darme un plato de fresas y decía: “Las fresas tienen doscientas semillas y son las únicas frutas a las que las semillas les crecen por fuera”. O decía cosas como: “No dejes de mirar las nuevas fotografías del telescopio Hubble”. Siempre decía: “El calentamiento global es tan cierto como que el cielo es azul”.

Yo sabía que la señora Roberta Young era la persona más inteligente que había conocido. Había ido a la Universidad de Florida y había estudiado Biología. Era maestra de Ciencias, jubilada, y vivía de un cheque del Seguro Social. Mi madre me contó que la señora Roberta había perdido todo, hasta la casa. Su esposo había muerto tras una larga enfermedad y los gastos médicos la habían dejado casi en la miseria.

El basurero estaba afectando la zona, aseguró la señora Roberta Young, y poco a poco nos estábamos contaminando. Escribió peticiones y las envió al gobierno distrital y al estatal. Pero nadie vino a inspeccionar el basurero o a verificar el agua.

Una vez la señora Roberta Young encontró un escíncido muerto, con doce patas, lo que lo hacía parecido a un ciempiés. Lo mantuvo en el refrigerador durante semanas, a un lado del cartón de leche y el cartón de los huevos mientras pensaba en una forma de llevárselo a un científico o a un ambientalista. Con el paso de los días la criatura se encogió y se marchitó. La señora Roberta Young finalmente se deshizo del escíncido cuando lo cubrió una delgada capa de moho verde, como un pedazo de pan.

Una vez me contó que la ombrofobia es el miedo a la lluvia.

—¿En serio? ¿De veras? ¿Conoce a alguien que padezca eso?

—Ah, seguro que sí.

—¿Quién?

—Noelle.

—¿Noelle?

—Sí, por supuesto. Sé de esta fobia porque es un problema de Noelle. Ella no sale si llueve. Jamás.

—¿Qué le ocurre?

—Noelle piensa que podría electrocutarse.

—Claro, ha de pensar que es un secador de cabello que cae en una tina de baño —dijo mi madre.

La señora Roberta Young me contó también de la apuesta de

Pascal. Dijo:

—Consiste en apostar tu vida a si Dios existe o no.

—¿Es como un reto? —pregunté.

—No, no exactamente —dijo.

La señora Roberta Young y Noelle fumaban Salem mentolados, que eran mis favoritos. Ni la madre ni la hija se tomaban la molestia de salir para fumar, por lo que su pequeño remolque olía siempre a tabaco mezclado con la fruta podrida de la jaula del loro y la comida de perro de los platos distribuidos en el piso del angosto pasillo del remolque.

—Donde hay humo hay fuego —decía Noelle mientras expulsaba humo por la boca y por las fosas nasales.

Si podía robarles un Salem de su cajetilla se me alegraba el día. Y esto era porque, después de que me fumaba el cigarro mentolado tan al ras, lo apagaba y chupaba el filtro y era casi como saborear una menta.

El pastor Rex también era fumador.

A la señora Roberta Young, igual que a mi madre, no le caía bien el pastor Rex ni le gustaban las iglesias. Decía:

—Vivimos cerca de un pueblo con sólo un centenar de habitantes, pero tiene cinco iglesias. A esto ha llegado Estados Unidos. Algún día habrá más iglesias que escuelas.

El pastor Rex era de Texas. Era un hombre bajito que andaba en sus cuarenta. Traía la cabeza rasurada y usaba lentes con armazón redondeado.

Parecía estar solo en el mundo. Ningún familiar lo visitaba. Decía que había estado casado, pero no tenía hijos.

Por la abundancia de iglesias en nuestra zona, el pastor Rex se enorgullecía de los programas que había ideado para conseguir más feligreses para su iglesia. Se mostraba particularmente satisfecho con un programa llamado auto-oración.

El último domingo de cada mes, el pastor Rex ponía a voluntarios a sostener letreros en la carretera que conducía al pueblo invitando a la gente a dirigirse al estacionamiento de la iglesia para decir una oración.

—Cualquiera puede estacionarse, quedarse adentro de sus autos o remolques y rezar gratis —decía el pastor Rex—. La auto-oración hace que rezar sea más fácil. Ni siquiera tienen que apagar el motor del carro o la radio.

April May se reía de todo esto.

—Como vives en un auto, tú y Margot hacen la auto-oración día y noche —decía—. El pastor es un idiota.

El pastor Rex también inventó el programa de la Oración de la vuelta en U.

—La Oración de la vuelta en U —explicaba el pastor— significa que si vas conduciendo por la carretera de tu vida en una dirección errónea, sólo te das la vuelta en U y regresas a la buena vida de donde saliste o en donde deberías estar.

—Si eres adicto a las drogas, da una vuelta en U —le gustaba decir —. Si golpeas a tu esposa, da una vuelta en U. Si te olvidaste de Jesucristo, sólo da una vuelta en U.

April May decía:

—Se le olvidó decir que primero necesitamos poner la direccional o si no, nos multan. Es un idiota.

La señora Roberta Young me advirtió estar al pendiente del pastor Rex.

Dijo:

—¡Aguas! No me agrada ese hombre. ¿Sabías que fue él quien les disparó a las crías de caimanes?

—¿Le dijo el pastor Rex que él fue quien los mató? —le pregunté.

—Oh, sí.

—¿Pero por qué?

—Se enorgullece. Dijo que no necesitábamos a reporteros y a gente entrometiéndose y asomándose a nuestras vidas. Pero no importa —dijo—. Te digo que hay que estar al pendiente para ver qué pasa.

La señora Roberta Young no quería que mi madre saliera con el pastor Rex. Me dijo que respetaba a mi madre porque era la única persona educada, criada decentemente, en los alrededores.

—Tu madre viene de lo fino —dijo—. Aunque te dio a luz, todavía conoce el verdadero significado de las palabras "por favor", que en realidad significan "se lo pido por favor". Tu madre sabe que uno siempre se arrepiente de no haber dicho los detalles de la vida. Es la persona que sabe que a la iglesia hay que ir con guantes blancos aunque uno vaya sin ellos.

Entendí que la señora Roberta Young hablaba de que mi madre me hubiera dado a luz sin tener un marido, sin estar casada y cuando estaba todavía en la preparatoria, y de que hubiera huido de su casa.

Mi madre nunca me dijo quién era mi padre y la verdad es que nunca le pregunté. Lo único que sabía es que era un maestro de escuela con familia y que iría a la cárcel si se sabía que había tenido

un amorío con una estudiante.

Mi madre no lo quería cerca, ni siquiera en nuestros pensamientos.

No quería que su nombre se pronunciara con nuestro oxígeno.

No quería que él abriera la puerta, caminara hacia mis sueños nocturnos, tomara asiento y empezara a hablar.

No quería que batiera nuestras vidas como una cuchara porque yo sabía que ella lo amaba. Cada vez que me miraba lo veía a él.

Después de que la señora Roberta Young me dijera que el pastor Rex intentaba cortejar a mi madre, lo vigilé muy de cerca, y sí, Roberta Young tenía razón. Él siempre veía a mi madre como si ella fuera un espejo en donde él pudiera mirarse. Pude ver que él deseaba llevársela al cine la noche del sábado siguiente para enamorarla.

De noche en noche, el pastor Rex se acercaba al Mercury y tocaba en la ventana del conductor. No sé cuántas veces tuve que decirle que tocara en la del asiento trasero.

Yo bajaba el vidrio de la mía y le decía:

—Pastor Rex, ¡éste es mi cuarto! Toque en el de atrás. Se lo pido por favor.

—Lo siento mucho, Pearl —decía él—. ¿Está tu madre?

—No sé.

—¿De veras?

—Sí. Este carro es tan grande que a veces no la encuentro.

De semana en semana le dejaba un ramo de flores en el parabrisas del Mercury. Cuando uno vive en un carro no hay superficie donde poner un florero. Mi madre les cortaba los tallos y colocaba las flores en una lata de leche en polvo vacía a la que le ponía agua. Enseguida dejaba el ramo afuera, en el techo del carro como si éste fuera una repisa.

Mi madre siempre fue amable con el pastor Rex porque era amable con todo el mundo.

Decía:

—De veras, Dios está boxeando con ese hombre. El pastor Rex piensa que la iglesia es una vuelta en U o como ponerse un traje nuevo. Veo que lo que realmente le gusta es contar el dinero que recolecta cada domingo.

La amabilidad de mi madre lo mantenía en un estado de falsas esperanzas.

El pastor Rex era un fumador secreto. A pesar de que vivía solo, fumaba en el baño y expulsaba el humo por la ventana. Como si se escondiera de sí mismo.

Así que yo tenía que meterme en su baño para robarle cigarros, que dejaba en la cornisa de la ventana. A veces dejaba un par de calcetines secándose en el baño y un alterito de revistas *Reader's Digest* en el piso, cerca del escusado. A la orilla del lavabo había un cepillo dental que en el mango de plástico tenía la forma de un Cristo en la cruz.

Era fácil robarle cigarros porque yo siempre sabía cuando estaba en la iglesia. También me aprovechaba de sus visitas a mi madre. Él le tocaba por la ventana, ella bajaba el vidrio, y yo salía corriendo del carro, cruzaba el campamento, pasaba por los viejos columpios, el baño público y llegaba a su remolque.

April May no me creyó cuando le platiqué del cepillo dental. Me retó a que me lo robara y se lo llevara. Lo que por supuesto hice pues yo andaba buscando peligros como si fueran un deporte.

Una tarde, cuando me enteré de que el pastor Rex estaba ocupado con su programa de la Oración con vuelta en U, le dije a April May que nos encontráramos río abajo, en el muelle. Luego fui al remolque del pastor, me metí el cepillo dental con Jesús en la Cruz en el bolsillo frontal de mis pantalones y a hurtadillas me fui río abajo en donde April May me estaba esperando.

—No quiero tocarlo —dijo cuando se lo entregué.

—Te dije que era cierto.

Cuando le conté que planeaba regresar el cepillo al baño del pastor Rex, April May me lo arrebató de la mano.

—Ah, no, no lo harás. No lo vas a devolver —dijo.

—Pero lo va a echar en falta. Se va a dar cuenta de que alguien estuvo ahí.

—No vas a devolver algo que te robaste —dijo April May—. Sería algo realmente estúpido. Imagínate: ¡que no te descubran cuando robas, pero que te descubran por regresar a su lugar algo que te robaste!

Levantó muy alto el brazo y arrojó al río el cepillo dental con la figura de Jesucristo.

Después de aquello, cada vez que yo veía el río, sabía que había peces y ranas y caimanes en el agua amarilla. Sabía que había escíncidos con doce patas y ranas con ojos blancos. Ahora también sabía que había un cepillo dental con la figura de Jesucristo tirado en el fondo del río.

Los otros que fumaban en el campamento era una pareja de mexicanos, Ray y Corazón, que no hacían las cosas que a todo el mundo le gustaba hacer. Nunca iban a las reuniones de pesca, a las de

oración o a los juegos del bingo. Tampoco tenían nada que ver con el hospital de veteranos, que constituía una gran parte de nuestras vidas en la zona. Casi siempre hablaban en español, pero no hablaban mal inglés. De hecho, el inglés que hablaba Corazón era muy bueno.

Tanto Corazón como Ray fumaban Marlboro rojos y nada más. Aquellos cigarros eran como una bandera para ellos, como un país de cigarros, al que eran muy leales. Tenían cajetillas por todas partes porque las compraban en México, donde los cigarros eran baratos.

Yo sólo podía entrar en el remolque de los mexicanos los sábados por la mañana. En esos días, me mantenía vigilando desde el parque recreativo. Me mecía despacio en el columpio agrietado y echaba ojo para ver cuando Ray se fuera a su trabajo de jardinero. Luego tenía que esperar y ver cuando Corazón saliera de la casa para ir de compras.

Corazón siempre andaba muy arreglada. Nunca la vimos que anduviera afuera en camisón o en camisetas y ropa interior como los demás. Nunca salía de su casa remolque sin haberla ordenado y sin llevar su negro cabello perfectamente peinado y alaciado por detrás de la nuca. La piel de Corazón era morena y tenía los ojos negros. Usaba un labial de intenso color rojo.

Ray tenía el cabello castaño y rizado y los ojos café. Parecía que era de cualquier lugar.

—Corazón es una indígena mexicana —decía mi madre, con respeto—. Sabe de cosas que nosotras ni nos imaginamos.

Afuera del remolque de Ray y Corazón, clavados entre el lodoso pasto, había cinco flamingos color rosa y la figura de un duende, todos de plástico. Había un salvavidas desinflado de doble aro, en forma de tortuga, debajo de un árbol lleno de lodo y de hojas podridas. Aquellas cosas debió haberlas dejado un antiguo inquilino, pues Ray y Corazón no tenían hijos.

Ray había construido un gran cobertizo a un lado del remolque que adentro tenía montones de periódicos. También tenía un carro viejo y oxidado y sin los asientos, en donde acostumbraba guardar periódicos y cartón.

La señora Roberta Young creía que Ray, además de jardinero, trabajaba en el negocio del reciclaje de periódicos, pues había hecho negocios comprando periódicos directamente a los camiones de basura. De esta manera no tenía que andar examinando los montones de basura para buscar papel, aunque a veces también lo hacía.

En el campamento, Ray y Corazón eran los que tenían la casa

rodante más grande, del triple de ancho. Tanto, que en su interior había espacio para una gran televisión de pantalla plana, que cubría una de las ventanas. Esto significaba que adentro siempre estaba oscuro.

Mi madre y yo nos acurrucábamos en el asiento trasero del Mercury para ver películas, programas y los noticiarios, en un teléfono barato que le había regalado un soldado en el hospital. Todo aquello que veíamos, el Monte Everest y la luna, eran del tamaño de su mano.

Los mexicanos tenían paquetes de chocolates Snickers o Milky Way en la barra de la cocina y grandes bolsas de papas con sabor a adobo de la marca Lay por todas partes. Si April May me lo pedía yo iba y me robaba también unos chocolates.

Afuera del remolque, en el lado de la puerta, Corazón tenía una cubeta de plástico roja llena de frasquitos de barnices de uñas, que le gustaba coleccionar.

Del otro lado de la puerta había una gran azalea en un macetero. Docenas de colillas de cigarros salían de la tierra y los filtros amarillos parecían yerbas que crecían por debajo de las flores. Me desesperaba no poder robar aquellas colillas, a veces a medio fumar, pues estaban húmedas y pastosas por la tierra.

April May y yo nos íbamos al muelle a fumar nuestros cigarros. Ella estaba convencida de que a los caimanes les atemorizaba el humo y no se nos acercarían.

—A ningún animal ni a ningún insecto, ni a ninguna cosa viviente le gusta el fuego —decía.

Cada tarde la primera pregunta que April May hacía era cuántos cigarros había yo conseguido robar y enseguida decidíamos cómo repartírnoslos. Si teníamos sólo uno, nos lo pasábamos contando las fumadas suyas y las mías. Si yo conseguía robar una cajetilla, nos fumábamos todos los cigarros.

En aquellas tardes tranquilas en el muelle, nos gustaba asolearnos, tendidas boca arriba y echábamos el humo hacia el cielo.

April May se ponía un poco celosa porque yo sabía hacer anillos de humo.

—Es fácil. Sólo haz una O grande con tu boca —le decía yo.

Nunca pudo hacerlo.

Yo veía los anillos de humo de cigarro salir de mi boca y elevarse en el aire. Al principio eran diminutos, pero al alzarse, los humeantes círculos se expandían poco a poco y se hacían anchos y nos abarcaban todo el cuerpo y subían hacia las nubes. Yo sabía que mis anillos de

humo llegarían al océano, por debajo de las nubes, y se convertirían en grandes aros encima de Italia.

Había otro motivo por el que April May y yo no nos asustábamos de caernos al río, pues cada semana mataban caimanes. Ocurría que cada domingo, después de la misa de las diez, al padre de April May y otros hombres que vivían en el pueblo les gustaba ir río abajo con una nevera llena de cervezas y con sus pistolas y escopetas. Bebían cerveza y disparaban al agua una y otra vez por si acaso hubiera caimanes.

Yo sabía que había miles de balas en el río. Algunas incluso se quedaban en la orilla y se mezclaban con la gravilla.

Varias veces al año el agua soltaba un líquido aceitoso rojizo que se quedaba en la parte superior y los hombres sabían que habían acribillado algo.

Cada domingo, cuando mi madre y yo hacíamos sándwiches de mermelada y de crema de cacahuate para almorzar en el asiento trasero del carro, sabíamos que los hombres estaban disparando.

Desde el Mercury podíamos oír el sonido de las balas abriendo fuego en el agua.

—Ahí van de nuevo —decía mi madre—. Están matando el río.

8

Todos en el campamento vendían algo o prometían algo o algo soñaban. Nadie creía en nada. No se tardaba uno en descubrirlo.

El pastor Rex repartía oraciones y prometía comprar un piano para la iglesia. También compraba armas. Esta nueva empresa me hizo más difícil robarle cigarros, pues había más gente saliendo y entrando en el campamento.

—Saco las armas de la calle —decía—. Colaboro en detener la violencia en Estados Unidos. Por favor, tráiganme sus armas, incluso sus armas viejas que han tenido arrumbadas.

La gente de la zona pronto se enteró de que podía venderle al pastor Rex sus armas si necesitaban dinero. El pastor Rex hasta puso un anuncio en el periódico local que decía:

—Dale tus armas a Dios.

Por eso, todos en el campamento se habían acostumbrado a los hombres que se paraban ociosamente en el portón frontal con una escopeta sobre el hombro o una pistola en el bolsillo. Recuerdo haber visto a uno cargando un largo estuche color café que debió haber estado lleno de pistolas.

Cuando me daba mis vueltas por el campamento a veces veía a un hombre o dos o tres sentados en los peldaños de metal que conducían a la casa remolque del pastor Rex, esperándolo para venderle sus armas. De vez en cuando, si uno de los hombres fumaba, les preguntaba si podía gorronearles un cigarro para mi madre. Había una posibilidad de cincuenta por ciento de que los hombres sacaran su cajetilla y me dieran un cigarro.

Un viejito no me creyó y dijo:

—Ya eres muy chiquita y no vas a crecer ni un centímetro más por andar fumando, tonta.

Cuando me quejaba de mi estatura, a mi madre le gustaba contarme historias de Pulgarcita.

—Sólo piensa —decía—. Pulgarcita dormía en una caja de cerillos, descansaba en la hoja de un clavel y usaba una cáscara de nuez como barco.

A pesar de que me gustaban las historias de Pulgarcita, yo sabía que el viejito me había maldecido en ese momento. Me echó una maldición de bruja con escoba. Después de decirme tonta, me dio dos cigarros y dijo:

—Vete, niña, préndete fuego.

De ahí en adelante, supe que había sido su culpa que yo ya no creciera.

La compra de armas fue otro de los programas del pastor Rex, como el de la Oración de la vuelta en U y el programa de la auto-oración. Se esperaba que la iniciativa Entrega tus armas a Dios durara un mes, así lo aseguró el pastor cuando la puso en marcha, pero fue tan exitosa que decidió no detenerla. Mientras tanto, una mañana anunció en la iglesia que seguiría haciéndolo hasta que el Señor le ordenara lo contrario.

La señora Roberta Young se quejaba de que no le gustaba que hubiera hombres entrando continuamente en el campamento y quería que se interpusiera una demanda, pero nadie quería problemas con el pastor Rex.

Si yo iba a las actividades de la iglesia casi siempre era con April May, pues mi madre había sido educada como católica y no tomaba en cuenta a ninguna otra iglesia. Creía que la iglesia católica era su tierra o su territorio. Esto se debía a que se predicaba la misma palabra, pero también por el aroma del incienso y las velas. En cualquier parte del mundo una iglesia católica olía igual.

—No creo en su culto —decía mi madre—. Y recuerda, tú sólo vas por educación, porque April May te invita, no porque te guste cómo aman a Jesús.

A veces mi madre tenía que ir a la iglesia del pastor Rex porque muchas de las actividades de la comunidad se hacían ahí. El pastor organizaba juegos de lotería, ventas de garage, grupos para el estudio de la Biblia, el Culto de devoción por los soldados para los veteranos de la guerra y las noches de baile de la Danza del Espíritu.

Ray y Corazón eran los otros católicos de la zona. Mi madre los llamaba católicos mexicanos porque adoraban a la Virgen de Guadalupe.

Como el pastor Rex siempre andaba ayudando a alguien, no nos sorprendió que le rentara un cuarto de su remolque de dos

habitaciones a un hombre de Texas. El pastor le contó del hombre a Rose y enseguida April May me contó a mí y yo se lo conté a mi madre. Ésta era la forma en que llegaban casi siempre las noticias al campamento. La verdad es que Rose siempre sabía lo que estaba sucediendo porque nunca faltaba alguien con dolor de espalda o de cabeza. Rose tenía un enorme frasco de Tylenol, y le daba pastillas a cualquiera como si fueran gomitas.

Después de que Rose le puso seis pastillas Tylenol en la palma de la mano, el pastor Rex le contó del amigo que se estaba quedando con él y que pasaba por tiempos difíciles. Se habían conocido tiempo atrás, en una iglesia de Texas. El pastor Rex dijo que el hombre iba a quedarse con él por unos meses y que iba a buscar trabajo.

—Es un hombre en desgracia —dijo el pastor Rex—. Cualquier hombre puede estar a un pelo de quedarse en la indigencia. No hay mucho que decir. Cualquier hombre se halla a un minuto de perderlo todo.

La primera vez que medio mundo vio al texano que se hospedaba con el pastor Rex fue en la iglesia en una mañana de domingo durante la misa.

Pero yo ya lo había visto.

Los miércoles en la tarde el pastor Rex iba al hospital de veteranos a atender a los enfermos, y entonces era un tiempo perfecto para, después de salir de clases, entrar a su remolque y robarle cigarros.

Era un día muy caluroso y húmedo. El aire parecía una nube que había bajado y sumergido nuestro campamento en vaho. Por aquel insoportable calor, di por hecho que casi todos estaban en sus remolques frente a un ventilador con una bebida fría de algo entre las manos.

En la tarde de aquel miércoles, yo andaba tan acalorada y somnolienta, que ni siquiera podía hacer un puño con mi mano. Estaba recostada en la parte trasera del Mercury e intentaba mantenerme fresca en ropa interior y camiseta, ni siquiera podía pensar en hacer la tarea.

La señora Roberta Young dijo que esta clase de días le hacían recordar que la tierra se estaba acercando al sol.

—Es el cambio orbital de la Tierra —dijo.

—La tierra está en la mente de las aves —respondió Noelle, utilizando las palabras de las galletas de la buena suerte.

Yo no me tomé la molestia de vestirme o de ponerme los zapatos cuando decidí que era tiempo de ir corriendo por un cigarro al

remolque del pastor Rex.

Afuera del carro, sentí el aire fresco sobre mi piel. El pasto húmedo bajo mis pies se sentía tibio. Pasé brincando enfrente de la resbaladilla, de los columpios y del baño público.

Para entonces había empezado a lloviznar pues el aire tan denso ya no pudo almacenar el agua, así que agarré velocidad y corrí por un pequeño claro entre los árboles. Aflojé el paso dando vuelta al remolque de los mexicanos por donde había muebles de jardín rotos y los flamingos de plástico color rosa, por si acaso Corazón estuviera fuera. No había nadie, pero docenas de alteros de periódicos atados con un mecate cerca de la parte frontal del remolque se estaban mojando.

Antes de subir a saltitos los tres peldaños y abrir la puerta del remolque del pastor Rex, eché un vistazo para asegurarme de que no había nadie al acecho. Luego, en un dos por tres, abrí la puerta, entré y la puerta de metal se cerró detrás de mí.

La lluvia me chorreaba por la frente y las mejillas. Mi camiseta y mi ropa interior se me pegaron a la piel como si la tela se hubiera convertido en mi cuerpo. Moví la cabeza para sacudirme la lluvia del cabello.

En ese momento no estaba pensando en robar cigarros, estaba tratando de resolver cómo iba a mantenerlos secos. Mi mente ya estaba pendiente en encontrar una bolsa de plástico de supermercado o algo parecido cerca de la barra de la cocina.

—¿Qué haces aquí, niña? —dijo Eli.

Oí su voz antes de verlo.

Me detuve. Contuve la respiración. Me detuve. Me detuve.

—¿Qué haces aquí, niña?

Dijo las palabras todas juntas, como si fueran una sola: ¿Qué-haces-aquí-niña?

Muy lentamente di media vuelta a la izquierda y vi a Eli en la cama del pastor Rex.

Se sentó desnudo en el borde de la cama frente a un ventilador redondo. Tenía una escopeta encima de las rodillas.

No se movió para tratar de ocultar su desnudez.

Yo tampoco me moví. Me habían cachado por primera vez y yo, la ladrona, no contestó.

—¿Ya te anda por salir y estar bajo la lluvia, cierto?

—dijo—. Su voz era suave y melodiosa como si hablar fuera una canción.

Asentí. Pude escuchar el trueno de un tambor adentro y fuera de mí.

Tenía los ojos azules, realmente azules, no como el azul del cielo o del mar o de otras cosas azules de las que me acordara. Tenía el cabello negro y largo.

—Oye, niña, date media vuelta de cara a la puerta —dijo.

Yo sabía lo que él podía ver. Sus ojos veían a una chiquilla que era tan blanca que parecía una manzana pelada, una botellita de leche para bebé, una bola de helado de vainilla. Se quedó viendo mi cuerpo nuevo, que cruzaba la línea de los doce a los trece años.

—Eres tan blanca como una vela, pequeña. Apuesto que dentro de ti hay una mecha que puede prenderse —dijo.

No me moví. No le entendí.

—Oye, niña, gírate de cara a la puerta. Date la vuelta. Gírate, primor. Deja me pongo unos pantalones. Y luego te busco una toalla para que te seques.

Me di media vuelta.

Giré.

Abrí la puerta, bajé corriendo los peldaños, pasé frente a la casa de los mexicanos, de la vieja resbaladilla y los columpios, y zigzagueé entre los remolques hasta que llegué al Mercury. Tiré de la puerta abierta, salté hacia adentro, cerré la pesada puerta del carro, me tiré en el suelo debajo del compartimiento de la guantera, y me hice una bolita de niña.

9

La segunda vez que vi a Eli, yo estaba con April May y con sus padres en la iglesia. La señora Roberta Young estaba del otro lado del pasillo con Noelle. Estában vestidas de blanco y se veían muy serias con las manos cruzadas en sus regazos. Mi madre creía que eran las últimas personas en la Tierra que se vestían para Dios. Todos en la iglesia iban vestidos de forma normal: con vaqueros, shorts y camisetas. A mi madre le horrorizaba y esto contribuía a aumentar su desdén por los protestantes.

Al fondo de la iglesia algunas de las bancas estaban reservadas para los hombres heridos y para las enfermeras que llegaban del hospital de veteranos. Cada domingo había un autobús que trasladaba a los veteranos a la iglesia. Algunos iban en sillas de ruedas y otros se desplazaban con muletas. Las enfermeras los acompañaban para ayudar a aquellos que no podían caminar bien o para empujar las sillas de ruedas. A veces, cuando Rose estaba de guardia se sentaba al fondo con los veteranos. Domingo tras domingo, un enfermero fortachón cargaba a un hombre que no tenía piernas ni brazos.

Rose decía que el hospital de veteranos tenía toda clase de hombres.

Cuando veía a los hombres sentados al fondo de la iglesia aquellos domingos yo entendía que ella tenía razón. Había hombres de todos tamaños y colores.

Rose decía:

—Los heridos por la guerra son como un libro de cuentos.

Eli entró una vez que toda la congregación se había sentado. Sus botas vaqueras negras resonaban en el piso. Traía unos pantalones de mezclilla azules y una pulcra camisa blanca.

De cada hombro le colgaba una escopeta.

Rose le dio un codazo al sargento Bob y susurró:

—¿Quién es este hombre? ¿Podrá mostrar sus armas en la iglesia?

Todo el mundo volteó a verlo.

Eli saludaba a la gente inclinando un poco la cabeza a su izquierda y a su derecha mientras avanzaba a zancadas hacia el frente de la iglesia.

Rose dijo:

—Ese hombre camina por el pasillo como si creyera que es la novia.

Cuando me vio sentada en una banca a su izquierda como un pequeño huevo blanco, cerró los ojos por un momento, los dos. Era su forma de decir "te conozco".

Cuando llegó a la banca de adelante se jaló una de las correas de una de las escopetas y luego se quitó la otra y puso las armas en la banca. Y se sentó.

Más tarde, cuando le platiqué a mi madre de Eli, dijo:

—Sólo hay una clase de hombre que carga dos escopetas en una iglesia. Es la clase de hombre que no pone la otra mejilla.

Eli tomó aire. Todos lo vimos. Todos en la iglesia pudimos ver y sentir su aliento pues él no sabía que en nuestro pedazo de Florida se debía respirar bajito. Tampoco sabía que los tufos del basurero y la porquería y los enfermos y el río infestado de caimanes podrían enfermarlo. Respiró profundamente como si no supiera que los mosquitos se reproducían por todos lados y que la temporada de huracanes estaba a sólo una semana de empezar. Respiró hondo como si el aire de la iglesia pudiera llenarlo con un amén tras otro.

Un aroma de limón mezclado con olor a piña lo siguió hasta la iglesia.

—Eso es perfume —dijo el sargento Bob—. Perfume de mujer.

April May me apretó el brazo y me miró y bizqueó. Siempre bizqueaba cuando quería decir: "Esto está de locos".

Desde donde yo estaba sentada pude ver a Noelle y a la señora Roberta Young. Noelle llevaba dos muñecas Barbie de cabello largo y amarillo saliéndole del bolsillo delantero de sus vaqueros. Pude ver que sus calcetas hasta las rodillas habían perdido el elástico y se le habían deslizado hacia el interior de los zapatos. Las traía levantadas en pliegues y ya no le cubrían los tobillos. Noelle no parecía darse cuenta.

Oímos la historia de Eli en un sermón que el pastor Rex pronunció aquella mañana con Eli mirándolo desde el banco delantero.

El pastor Rex se secó la frente con un pañuelo azul claro y dio inicio al sermón. Dijo:

—No voy a hablar de nuestro señor Jesucristo, voy a hablar de mi amigo de Texas, el señor Eli Redmond.

Cuando el pastor dijo la palabra "Eli" yo todavía no sabía que estábamos en problemas. No sabía que mi madre era el ciervo que este hombre iba a cazar y que su nombre se iba a convertir en una canción adentro del cuerpo de ella.

Más tarde, mi madre dijo que no era coincidencia. Billie Holiday le había enviado a Eli Redmond. Bessie Smith y Nina Simone lo habían pastoreado para llegar aquí. Etta James cantaba "At Last". Mi madre no creía en coincidencias, creía en la intervención divina.

April May escuchaba el sermón y volteó a verme y bizqueó de nuevo los ojos. No se tragaba nada de lo que oía.

—Eli Redmond es un hombre entre nosotros, que ha caído en tiempos difíciles —dijo el pastor Rex.

Volteé a ver a Eli. Lo vi de perfil. Sonrió mientras el pastor hablaba de él y se reclinó contra la dura superficie de madera de la banca y cruzó los brazos. Le agradaba escuchar la historia de su vida.

—Eli Redmond ha perdido a su familia —repitió el pastor Rex—. Perdió a su familia como si su casa fuera el *María Celeste*. ¿Se acuerdan de ese barco? Fue una historia triste. Se le encontró en el mar con el puré de papa y el jamón todavía caliente en los platos y sin un alma a bordo. Ni un alma. Nadie supo qué le había ocurrido a aquel barco, pero algo malo seguramente. Malo. Todavía tenía atado el salvavidas a un costado. ¿Cómo desaparecieron esas personas? ¿A dónde fueron? Es uno de los grandes misterios del océano.

—Bueno, Eli volvió del trabajo a su casa y su esposa y sus dos hijos ya no estaban —dijo el pastor Rex.

Todos en la iglesia nos volteamos, girando la cabeza, o inclinándonos hacia adelante para ver al texano. Ahora, tenía la cabeza gacha, los ojos cerrados como si sus ojos no soportaran escuchar su propia historia.

—Sí, de veras —dijo el pastor Rex—, éste es un hombre que lo ha perdido todo. Su familia desapareció, se extravió, se esfumó. Él los buscó, pero no ha tenido suerte. Espero que su mala suerte sea buena suerte para que la amada familia de nuestra iglesia lo adopte. Nosotros podemos ser su salvavidas.

Noelle había bajado su Biblia y se había sacado las muñecas Barbie de su bolsa. Las sostenía en las manos y las hacía caminar en sus puntillosos pies de plástico a lo largo de la recargadera de la banca.

Miré a todos lados de la iglesia. El techo estaba cubierto con

manchas de moho. Había una gran imagen de Jesús enmarcada en una pared de la izquierda y una sencilla cruz de metal en la derecha. Yo no quería concentrarme en el pastor Rex, que se había puesto colorado de emoción mientras hablaba:

—Oh, sí, botes salvavidas; sí, esto es lo que tenemos que ser. Botes salvavidas. ¿Quién se pone un chaleco salvavidas por este hombre? Él no puede beber agua salada. Es como lo que dice el famoso poema. Entonces, ¿quién le dará agua fresca? ¿Quién le ofrecerá trabajo?

Cuando el pastor Rex dijo:

—No maten al albatros —todos los presentes se quedaron quietos.

April May volteó a verme y musitó:

—¿Albatros? ¿Qué?

—El Señor esté con ustedes —dijo el pastor Rex—. Y para terminar, oremos.

En ese momento de la misa alguna gente se levantó de su banca mientras que otros se pusieron de rodillas.

Me arrodillé a un lado de April May. El sargento Bob batalló pero también se puso sobre su única rodilla a mi lado mientras Rose continuó de pie.

Cerré los ojos apretándolos y le recé a Dios y le agradecí por el hecho católico de que mi madre no perteneciera a la iglesia protestante para que así no supiera de Eli Redmond. Yo sabía que ella ya estaría pensando en tocarle la frente y en colocarle un termómetro en la boca.

Al final de la oración, el pastor Rex le pidió a Eli Redmond que se pusiera de pie y que dijera unas palabras.

Eli se levantó y giró la cabeza para mirar a la congregación. Y por segunda ocasión oí su voz de arrullaniños.

Dijo:

—Como un árbol solitario en el campo, aquí estoy. Ningún otro árbol me ayuda a soportar el viento y la tormenta. El relámpago azota a este árbol, me ha azotado. Quiero encontrar a mi mujer y a mi prole. No puedo dormir ni de día ni de noche. Mis ojos no tienen reposo por no ver sus ojos. Pueden echar a volar su imaginación, pero no hay forma de estar preparados para algo así.

Eli hablaba como si estuviera inclinándose por encima de una cuna.

—Nadie me ama —dijo, y luego pareció que estaba casi cantando —. Quizá mi mujer me esté llamando. Quizá caminen por una calle. Quizá se encuentren en esa encrucijada que ya no tiene retorno.

Quizá.

Todos estaban callados. Por un día la palabra “quizá” se volvió la palabra más importante de nuestras vidas. Era una palabra a la que nunca le habíamos otorgado un lugar en la repisa de las palabras y ahora sonaba como una palabra que contenía respuestas.

Detrás de mí, en las bancas traseras pude oír la respiración de los veteranos entrando y saliendo de sus cuerpos deliberadamente, como si estuvieran contando el repiqueteo de la nueva palabra del día: quizá, quizá, quizá.

Los hombres hacían lo imposible por no mirar a Eli Redmond, pero no podían evitarlo porque lo reconocían, porque ellos mismos habían sido él mucho tiempo atrás.

Vieron al texano y recordaron cómo había sido tomar a una mujer por la cintura y apretarla un poquito de modo que ella pudiera sentir la fuerza de ellos en su cuerpo.

Pude oír el imparable sonido de metal de las muletas deslizarse y caer y el rechinido de las sillas de ruedas removiéndose sin moverse.

Los soldados caídos reconocían que ellos eran ruinas cuando voltearon a ver a aquel hombre.

10

Mi madre era muy buena, era demasiado buena.

Alguna gente diría que esa clase de bondad necesitaba que se le pusiera llave.

Mi madre nunca me decía que no.

—Soy como una taza de azúcar —le gustaba decir—. Me puedes tomar en préstamo en cualquier momento.

Era una taza de azúcar.

Pero la dulzura anda en búsqueda constante del señor Malo y el señor Malo reconoce a la señorita Dulzura de entre cualquier multitud —como los imanes. El señor Malo era el refrigerador y la señorita Dulzura era el imán del jugo *Florida Loves Oranges* pegado en la portezuela.

Mi madre invitó a Eli Redmond a que nos visitara en nuestro carro.

Abrió la boca formando una gigantesca O y lo aspiró directamente hacia su cuerpo.

Abrió la boca y aspiró el bálsamo y el almizcle de Eli Redmond.

Yo no entendía. Se sabía todas las canciones, ¿por qué entonces se confundía y alborotaba con aquel hombre? Y se sabía todas las canciones románticas que son una universidad para el amor. Se sabía "I'm So Lonely I Ain't Even High" y "Call Me Anything But Call Me".

Cuando él dijo que se llamaba Eli ella se arrodilló.

Su voz la dominó de inmediato. La primera frase de amor que él dijo fue todo lo que ella necesitó. Él dijo cantando: *Soy tu medicina, cariño mío, cariño mío, uy, tu nombre ha estado escrito desde siempre en mi corazón.*

Y a partir de entonces todo lo que él tuvo que hacer fue silbarle.

Mi madre y Eli se encontraron por primera vez en el deteriorado parque recreativo por enfrente del cual se pasaba camino al baño.

Cada mañana nuestra rutina era salir del Mercury muy temprano e ir hacia el baño. Yo siempre entraba primero mientras mi madre me

esperaba afuera.

El día que mi madre se encontró con Eli Redmond, yo estaba adentro del angosto baño lavándome la cara y cepillándome los dientes cuando oí voces afuera. Era mi madre hablando con el texano. Supe que era Eli porque cantaba cada palabra.

Dijo:

—¿Qué quieres decir? ¿Sabías que yo iba a venir? ¿Como la primavera?

—Sí.

Cuando salí del baño, encontré a mi madre en el agrietado columpio de plástico vestida con su largo camisón, casi transparente, color lavanda. Eli estaba detrás de ella y le empujaba su pequeño cuerpo en el aire.

Él traía un cigarro encendido entre los dientes de modo que podía usar ambas manos para empujarla por el cielo de la mañana. Mi madre tenía los ojos cerrados así que podía sentir las manos de él en la parte baja de la espalda y en las caderas.

Caminé sola de vuelta al Mercury y me empecé a vestir para ir a la escuela.

Una media hora más tarde mi madre regresó. Abrió la puerta y entró a gatas al asiento trasero. Se giró y se acostó bocarriba y se puso las manos en la cara como si no quisiera que la cara de Eli abandonara sus ojos. Sus pies descalzos estaban llenos de lodo. En algún lugar de su trayecto diurno del baño a nuestro carro había perdido sus chanclas.

—Bebé, Pearl —dijo—. Creo en el amor a primera vista. Ten cuidado con lo que ves.

De ahí en adelante mi madre andaba siempre consultando su reloj como si el reloj fuera un pozo de deseos. En la redonda carátula de las horas y los minutos buscaba tiempo para pasarlo con Eli.

—Quizás estoy recuperando mi futuro —decía.

El domingo siguiente mi madre me sacó del Mercury y me dijo que me fuera a la iglesia con April May. Me pidió amablemente que me fuera, con palabras suaves, pero podrían haber sido la bota dura de un soldado dándome una patada. Quería estar a solas con Eli.

Había pasado una semana en que Eli trataba de que yo saliera del carro, sobornándome con dulces. Se hizo de un paquete de chocolates M&M’s con cacahuate y de una bolsa de gomitas. Pero le atinó a lo que yo deseaba. Se tardó sólo dos días para saber que lo que yo realmente quería era un cigarro. Gracias al ardor de mi madre por Eli,

April May y yo pudimos tener abasto constante de cigarros Camel.

El domingo siguiente había un ambiente de expectativa en la iglesia. Hasta el pastor Rex miraba de reojo hacia la puerta de entrada mientras arreglaba el altar. Los soldados volteaban y miraban a todos lados. Las mujeres andaban más arregladas que de costumbre y algunos hombres vestían camisas de manga larga, lo cual era algo insólito.

La congregación esperaba a Eli, pero yo sabía que él estaba con mi madre en el asiento trasero de nuestro carro.

—¿Y no que extrañaba a su familia? —me susurró April May.

—Sí.

—¿Así que tu madre y Eli andan de novios?

—Sí.

—Sal, te presento a la herida —dijo.

El pastor Rex parecía deshecho cuando entró en la rutina de la misa. En su sermón habló sobre el milagro del burro y el milagro del corazón del avaro, pero era difícil entender lo que estaba tratando de decir. Las manos le temblaban mientras sostenía el libro de oraciones.

Miré a lo largo de la banca donde Noelle y su madre estaban sentadas. Noelle se veía como si no se hubiera cepillado el cabello toda la semana. Se había puesto un labial rojo intenso.

—Mira a Noelle —dijo April May—. Mírala.

—Debe haber metido el dedo en el enchufe eléctrico —dije.

April May estuvo de acuerdo.

El pastor Rex terminó su sermón y dijo:

—Así que ésta es mi pregunta de hoy para todos ustedes: ¿Creen en milagros? Todos necesitan hacerse esta pregunta. ¿Creen en los milagros? Entonces pregúntense ustedes mismos, si no creen en milagros, ¿cómo pueden pedir uno?

Cuando pronunció esas palabras, miré a Noelle deslizarse de la banca y caer en el suelo. Se había desmayado.

Se armó un revuelo cuando alguna gente corrió a auxiliar a la señora Roberta Young para levantar a Noelle y colocarla en la banca. Rose se apartó de nuestro lado y rápidamente fue a tomarle el pulso a Noelle. El pastor Rex bajó corriendo del altar para ver si podía ayudar.

Mientras Rose le tocaba la frente a Noelle para constatar si tenía fiebre, el pastor Rex utilizó su libro de oraciones para abanicarle la cara.

En ese momento, todos nos percatamos de que la misa había terminado y el recinto se empezó a vaciar. Fue una partida silenciosa,

como si un bebé se hubiera quedado dormido o hubiera ocurrido un fallecimiento.

El sargento Bob, April May y yo nos sentamos en la banca y esperamos a que Rose terminara de auxiliar a Noelle.

El diagnóstico fue fácil.

Noelle también se había enamorado de Eli Redmond. Lo supo cuando él caminaba por el pasillo y por eso se había estado desmayando desde entonces.

Nos enteramos de que, después de la misa previa cuando Eli fue presentado ante la congregación, ella se había ido a su casa para hacer labores de jardinería. Le llevó horas cavar hoyos alrededor de su remolque. Usó dos cucharas soperas y un tenedor de la cocina como herramientas de jardinería.

Cuando terminó de hacer sesenta y tres hoyos, llevó afuera su numerosa colección de muñecas Barbie y enterró a cada una en un hoyo. Plantó las muñecas sólo por los pies y hasta las rodillas.

Las hileras de Barbies rodeaban su remolque y lucían como un campo de muñecas. Desde la distancia, durante un instante, el cabello amarillo, rojo, negro y castaño de las muñecas parecía pétalos marchitos.

Cuando fui al remolque de Noelle para la clase de matemáticas sólo dos días después de que Eli llegara y vi el campo de muñecas, supe que algo había sido zarandeado. También supe que cuando April May viera todo este paisaje de muñecas hablaría de ello durante las dos semanas siguientes.

Subí los dos peldaños del remolque y me asomé para ver si había alguien en casa. Por la puerta mosquitera pude ver a Noelle recostada en el sofá leyendo un libro. Nunca la había visto leer. La señora Roberta Young leía todo el tiempo y siempre tenía libros cerca de ella, pero no pensé que Noelle estuviera capacitada para ello.

Noelle estaba vestida con un largo camisón color rosa. Igual que el camisón color lavanda de mi madre. Noelle y mi madre habían comprado el mismo camisón de princesa en Walmart, donde lo vendían en color lavanda, rosa y anaranjado por sólo nueve dólares y 95 centavos y era a prueba de fuego.

Supe que no habría clase de matemáticas.

Cerca de Noelle había una cajetilla de cigarros Salem color verde Mago de Oz. Decidí entrar y hablar con ella y ver si podía robarle un cigarro o dos. El sabor a menta del humo ya estaba en mi boca. Pero antes de hacer esto, regresé al campo de muñecas y, agarrándolas de

la cabeza, arranqué cinco de ellas como si fueran yerbajos. Las dejé tiradas en la tierra húmeda.

Regresé al remolque y toqué en el marco de la puerta mosquitera. Noelle levantó la vista, se incorporó y luego se dirigió a la puerta. Parecía casi flotar en su sedoso camisón.

A través de la malla mosquitera de la puerta pudo verme.

—Ah, eres tú, Pearl —dijo—. ¿Qué quieres?

—¿Puedo entrar? —dije.

Noelle abrió la puerta.

Vio de reojo las muñecas que yo había desenterrado.

—¡Oh, no! —dijo, y pasó delante de mí rumbo al jardín de muñecas.

Entré en el remolque y saqué dos cigarros Salem de la cajetilla y me los metí entre las mangas.

Entendí lo que le había ocurrido a Noelle. Cuando vio a Eli por primera vez en la iglesia, se convirtió en mujer. Noelle no había cerrado la boca. Noelle había engullido a Eli.

La señora Roberta Young aborreció a Eli Redmond desde el momento en que lo vio caminando por el pasillo.

De hecho, Roberta Young quería pedirle prestada al sargento Bob su máquina detectora de mentiras, que ella llamaba polígrafo. El sargento Bob la usaba para los torneos de pesca pues la gente siempre hacía trampa y mentía sobre lo que había pescado.

—Nadie puede ganarle a la caja —decía el sargento Bob.

Obtenía dinero extra viajando por Florida y cargando su detector de mentiras en los torneos estatales. A esto lo llamaba la pureza de pescar. Decía que los concursantes tenían que firmar un acuerdo para hacer la prueba antes de que pudieran participar en el torneo de pesca.

El sargento Bob siempre andaba elaborando nuevas preguntas. Las preguntas de cajón que hacía eran: “¿Tomaste pescados de alguien más fuera de tu barco? ¿Escondiste pescado en tu bote o en tu remolque? ¿Tomaste pescado fuera de un área enjaulada? ¿Alguna vez has mentido sobre tu pesca para salir de problemas?”

A Rose le daba miedo aquella máquina. Sabía que su esposo podría descubrirla en un instante si ella le fuera infiel. Así que sabía que nunca podría, ni siquiera en la imaginación.

El sargento Bob acostumbraba decir a sus amigos pescadores que les prestaba el detector de mentiras para que lo probaran con sus esposas. Se reía y decía:

—¡Sólo reemplaza la palabra pesca con la palabra amante y funciona!

—Esa máquina es como un juez de la Suprema Corte sentado en una esquina de mi recámara —le dijo Rose a mi madre un día en el hospital.

El sargento Bob explicó cómo algunas personas se ponían una tachuela en el zapato y la pisaban cuando decían la verdad. Los truqueadores de la verdad creían que al sentir el dolor mientras decían la verdad parecería ansiedad por decir una mentira.

La señora Roberta Young deseaba poder utilizar la máquina con Eli, pero no podía pensar en un plan de cómo hacerlo.

Decía:

—Eli Redmond es la brisa que hace que se forme un huracán en el Atlántico. Es un mentiroso de raza pura. Es esa clase de hombre que rompe todas las ventanas de tu casa.

11

Eli se adueñó de mi lugar.

Me sacó del carro.

Dejaba sus botas de vaquero afuera, cerca de la llanta delantera izquierda. Aventaba su chaqueta de mezclilla a lo largo del cofre, colgaba sus lentes de sol en uno de los limpiaparabrisas.

Nunca tocaba antes de entrar.

Mi madre sentía sus pisadas desde lejos. Podíamos estar cantando, comiendo, o algo por el estilo, o ayudándome con la tarea, y de repente volteaba hacia arriba y dejaba de hacer lo que estuviéramos haciendo. Se acomodaba su encrespado cabello rubio y trituraba un cubito de azúcar en la boca.

Y, en efecto, en unos minutos, yo me asomaba por la ventana y Eli caminaba en dirección a nosotras. Iba mirando al cielo. No sé por qué nunca tropezaba con algo o daba pasos como si pasara como por encima de una grieta. Miraba hacia lo alto y el suelo no le importaba.

—Vete a dar una vuelta y juega. Vete. Encuentra algo que hacer. Fuera de aquí —decía mi madre.

Cuando yo me salía por un costado del carro, Eli se deslizaba por el otro. Siempre entraba directamente al asiento trasero, como si se tratara de una cama.

—Vete y juega —decía mi madre.

Yo me iba a jugar al parque recreativo, pero no tenía en realidad a dónde ir.

A veces corría con suerte y me topaba con April May, pero la mayoría de las veces sólo vagaba por el parque y me sentaba en el columpio durante una hora o dos hasta que veía que Eli dejaba el Mercury y se encaminaba al remolque del pastor Rex.

De vez en cuando yo bajaba al río, pero me daba miedo ir sola, por los caimanes.

Nunca iba al basurero. Una cosa era encontrar el cadáver de un

perro con April May y otra encontrarlo yo sola.

La última vez que habíamos ido al basurero April May encontró una bolsa de plástico llena de pieles de vívora disecadas. Yo encontré una bala entera con un tapón de metal adentro de una botella de vino. La bala brillaba adentro del vidrio y tuve que romper la botella para sacarla. Raspé un lado de la bala y aparecieron las letras V y P.

—¡Híjole, uy! —dijo April May—, esa bala era para alguien.

No creo que alguna vez la hubieran usado.

—Llévatela. Todavía hay tiempo para usarla.

—Por supuesto. No la voy a dejar aquí —dije yo, y coloqué la bala-de-genio-en-la-botella en el bolsillo de mis pantalones.

Después de unos días de andar vagando por el parque sin un lugar a donde ir, me di cuenta de que Eli pasaría con mi madre todo el tiempo que ella estuviera en el carro y lejos del trabajo.

Ahora el Mercury olía a él incluso cuando no estaba. "Era colonia Brut", decía mi madre. Le conté a April May de la colonia Brut y ella le contó a Rose, quien dijo que era la colonia que usaba Elvis Presley.

Había un remolque abandonado al fondo del campamento. Los últimos inquilinos habían sido una madre joven y su hijo de dos años de edad. Al esposo de la mujer lo habían herido gravemente en Iraq y lo habían atendido en el hospital de veteranos. Supe que el soldado había muerto por las heridas y que la esposa se había ido y había regresado a vivir con sus padres en Tampa.

Ahora que Eli estaba siempre en mi carro, tomé prestado este remolque vacío. Estaba harta de vagar por el campamento sin tener a dónde ir y necesitaba un lugar para hacer mi tarea y alejarme de los mosquitos.

El remolque estaba limpio. Había algunos remolques muy en forma e incluso tenían cuartos, pero éste era muy modesto. Era sólo un cuarto muy largo y angosto. De un lado había una cocina, un pequeño baño con regadera y una mesa mostrador con dos bancos que habían dejado.

Del otro lado del remolque había una angosta litera. La cama superior era sólo un armazón vacío, pero la de abajo tenía un viejo colchón. Había inscripciones en la cabecera de madera. Talladas con un delgado instrumento punzocortante o con un cuchillo de cocina habían escrito las palabras: "Estoy esperando al cometa Halley 2061".

Tirado en el piso había un libro para niños y un camión de juguete. El libro era para colorear y contenía dibujos de pistolas, escopetas y ametralladoras. En la cubierta decía *Libro de las armas para colorear*.

En las alacenas de la cocina encontré una caja de vendas de gasa y un cuchillo de caza con un largo mango de hueso amarillo blancuzco y una taza de café llena de moscas para pescar.

La taza de café tenía la imagen de una ballena de un lado y las palabras "Mundo Marino" y "Orlando" del otro.

Debajo del fregadero había dos cajas cerradas de bolsas para la basura y una bomba para el escusado.

En el baño había una barra verde de jabón Zest con su envoltorio y una toalla manchada que colgaba por detrás de la puerta.

Conforme los días se hicieron semanas mi tiempo en el remolque vacío se volvió rutinario pues Eli iba al Mercury casi cada atardecer y se iba cuando ya era hora de dormir.

Mi madre nunca me preguntaba a dónde iba yo o qué hacía. Yo veía cómo su amor por Eli la tenía somnolienta. Era difícil para ella levantarse en la mañana y prepararse para ir al trabajo.

Tenía varias explicaciones para su somnolencia.

—Hay demasiadas preguntas que me asedían por dentro —decía—. Esto es lo que no me deja dormir.

—¿Qué tipo de preguntas?

—De todo tipo —decía—. ¿Se hablan los animales entre sí? ¿Debemos mantener una promesa después de que alguien muere? Ya te imaginarás, ese tipo de preguntas. ¿Mi vida valdrá la pena? E incluso me pregunto si el Señor No Regreses regresará. Lo extraño.

Una noche cuando abandoné el remolque vacío para ir a casa a dormir, me topé con el pastor Rex. Estaba parado muy quieto detrás del portón de entrada al campamento, oculto detrás de un árbol. Miraba por encima, hacia el estacionamiento de visitas y hacia nuestro carro. Desde ese lugar podía ver que mi madre estaba sentada en el asiento trasero en el regazo de Eli.

Yo sabía que Eli estaría sentado en el punto exacto en que el pastor Rex esperaba que sería su lugar. Antes de que Eli llegara a vivir con él, el pastor Rex había imaginado que era él quien estaría decorando con sus cosas el asiento trasero del Mercury.

No me había visto ni me había oído acercarme, así que retrocedí unos pasos hacia la sombra de un árbol. Yo era tan pequeña que me era muy fácil desaparecer.

Vi al pastor Rex meter una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacar una cajetilla de Marlboro y un encendedor. Prendió un cigarro y lo fumó lentamente mientras veía a mi madre y a Eli. Fumaba como si se estuviera fumando toda esperanza. Dio una larga fumada, aspirando

y aspirando y aspirando, pero no expulsó nada de humo. De esta manera se fumó el cigarro completo. El pastor observaba y observaba, mientras Eli le quitaba la blusa a mi madre. Él vio y yo vi cuando Eli se dobló y besó los pequeños pechos de mi madre. Él vio y yo vi a mi madre besar la cara de Eli.

Cuando terminó de fumarse todas sus esperanzas el pastor Rex tiró la colilla al suelo, la aplastó en la gravilla con el tacón de su zapato, se dio la vuelta y se metió a su remolque muy de prisa.

Yo también me di la vuelta y regresé al remolque vacío durante una hora más. No tenía nada que hacer.

Ahora que mi madre amaba a Eli, lo saboreaba intensamente y se despertaba en ella un tipo de hambre profunda, como de pozo de los deseos. Nunca más volvería a estar llena.

Cuando Eli se iba y yo regresaba al carro, veía cómo ella se lamía las palmas de las manos buscándose el sabor de él, como un gatito.

De noche dormía con una de las camisetas de Eli puesta y se movía inquietantemente durante el sueño.

Si mi madre hubiera visto a otra mujer en esta condición, la hubiera diagnosticado en segundos. Hubiera dicho: “Pearl, es como esa canción en la que ella pide agua, pero él le da gasolina”.

12

Cuando April May y yo íbamos de la escuela a casa, manteníamos fija la mirada en el camino, en caso de que hubiera algo interesante en el suelo. En una ocasión encontramos un billete de cinco dólares.

Fue el día en que April May y yo no encontramos dinero, pero sí la cría de un mapache debajo de un arbusto, que la policía se detuvo en el campamento para investigar nuestro carro.

April May se agachó y observó a la criatura muy de cerca:

—Es un bebé —dijo—. ¿Crees que esté herido? Quizás esté enfermo.

—Déjalo en paz —le dije—. Puede tener rabia.

—Ah, sí, claro —dijo— y se alejó rápidamente.

Recobramos nuestro paso como si sólo por estar cerca del mapache nos pudiera enfermar. Cuando giramos hacia el campamento vimos una patrulla detenida cerca del Mercury. La sirena estaba apagada, pero las luces de alerta del vehículo parpadeaban y destellaban.

Mi madre estaba afuera. Llevaba puesto su camisón color lavanda y no traía zapatos. Yo sabía que debió haber estado dormida cuando llegaron los policías, se estacionaron y tocaron a la puerta del carro. Las toallas que poníamos encima de las ventanas del Mercury aún estaban en su lugar. Ella debería haber estado en el trabajo y no en nuestro carro. Las clases ya habían terminado. Eran como las tres de la tarde. Ella no debería haber estado dormida.

Mi madre se agarraba el vientre y se movía de un lado a otro.

Había dos policías con ella y los dos eran altos, lo que hacía que mi madre se viera más pequeña de lo que era. Uno tenía el cabello rojo y estaba cubierto de pecas. Podría haber sido pariente de April May. El otro policía tenía el cabello negro y la piel morena y estaba de pie en la parte trasera del Mercury con una mano sobre su arma.

El policía pelirrojo caminaba alrededor del carro. Intentaba asomarse por las ventanas entre las toallas. Lo oí decir:

—Pero si no hay nadie en este vehículo, ¿es correcto, señora?

Al caminar hacia mi madre, los dos hombres me miraron fijamente.

El policía del cabello negro soltó un suspiro. Yo estaba acostumbrada a esas miradas de asombro ante mi piel color cascarón de huevo y el azul claro de mis ojos.

Me aproximé a mi madre y puse mi mano en su mano.

El policía pelirrojo se acercó a mí y dijo:

—Oye, ¿de veras eres albina?

April May siguió caminando. Miraba hacia adelante como si no nos conociera.

—¿Es su hija? —le preguntó el policía pelirrojo a mi madre. Fue el único de los dos que habló, y su voz era fría y clara.

Respondí por mi madre.

—Sí —dije—, ella es mi madre.

—¿Viven en el carro? ¿De veras?

—Sí.

—¿Dónde está tu acta de nacimiento?

El policía de cabello negro veía todo mientras masticaba un chicle con sus dos dientes frontales. Mantenía la mano derecha sobre su portapistola en la cintura.

—Vamos, señora. ¿Esta niña es su hija? —preguntó—. ¡No me diga que anduvo por ahí como un animal y tuvo una niña sin siquiera un acta de nacimiento! ¡Dios mío! ¿Es una albina? ¿Tiene nombre?

—Pearl. Su nombre es Pearl —dijo mi madre.

—¿Y su apellido?

—France.

—¿Y el nombre suyo?

—Margot France.

—¿Tiene el registro de este automóvil? ¿Seguro? ¿Dónde compró este carro, señora? ¿Es robado? ¿De dónde sacó este auto? ¿Por cuánto tiempo ha estado usted vagando?

—En realidad es chatarra —respondió mi madre.

—Mira todas las bolsas —dijo el otro policía. Habló en voz alta por primera vez mientras se asomaba por la ventana del Mercury. Su voz era aguda, femenina—. Es como una señora indigente —dijo.

—Oye, Torres —dijo el pelirrojo—, revisa la cajuela.

Torres abrió la puerta del carro del lado del conductor y tiró de la palanca para abrir la cajuela. Enseguida caminó hacia la parte trasera del carro y miró adentro.

Las hermosas cajas de cartón forradas con papel blanco, las cajas

de madera y las cajas de cuero con cerrojos de oro estaban todas en su lugar.

Levantó la bolsa verde de fieltro, le desató el lazo y sacó el barco tallado en colmillo de elefante.

—¿Dónde consiguió esto? —preguntó sosteniéndolo con cuidado entre sus manos.

Colocó el barco de marfil de vuelta en la bolsa y la depositó en la cajuela. Luego palpó el negro estuche de cuero del violín. No lo abrió.

—Dios mío —dijo—, ¿qué es todo esto? ¿Asaltó una tienda de antigüedades, señora?

Todavía levantó y sacudió la caja que estaba forrada por fuera con seda y atada con un listón de seda amarillo.

Echó un vistazo a la nevera y abrió la parte superior y dijo:

—Leche y yogurt. Una coca de dieta. Unas manzanas.

—Mira esto —dijo Torres al otro policía—. Ven y mira. ¿Dónde compró estas cosas? ¿Se robó todo esto?

—No —respondió mi madre—. Son cosas que pertenecían a mi familia.

—Ah, conque sí —respondió Torres—. Déjeme ver sus brazos.

—¿Para qué?

Mi madre tenía los brazos cruzados sobre los senos.

—No. ¿Por qué?

—No se lo voy a repetir —dijo Torres.

Tomó a mi madre por la muñeca izquierda y le extendió el brazo a la luz del sol.

Vio el suave y terso brazo de mi madre.

—Es que creí que podría ser una adicta —dijo Torres—. Creí que alguien le podría estar dando heroína mexicana, señora.

Entonces Torres se dio la vuelta y me miró.

—¿Qué está pensando esta chulada que tiene por hija? ¿Eh? —dijo.

—Escúcheme, señora —dijo el policía pelirrojo, que tuvo que inclinarse en un ángulo de casi 90 grados para ver a la cara a mi madre.

—Escúcheme, señora —dijo de nuevo—. Vamos a pedir que venga una grúa para que se lleve este auto. ¿Qué va a hacer con sus pertenencias? Será mejor que encuentre un lugar donde guardarlas. Una vez que yo haya ordenado que una grúa se lleve su auto, vendrá en uno o dos días. ¿Tiene dónde guardar sus pertenencias? ¿En dónde va a vivir?

Mi madre comenzó a llorar pero sin hacer ruido. Las lágrimas le

salían de los ojos y le serpenteaban por las mejillas.

—No es ilegal no tener casa —dijo—. No es un delito.

—Ella siempre ha sido mi madre —dije—. Desde el principio.

—Óyeme, pequeña —respondió el policía—. Si ella no lo puede probar, tú te vas derechito a un albergue temporal. Así es la ley. ¿Cómo sabemos que ella no te secuestró, eh? ¿Cómo sé yo que no eres una desaparecida? Quizá seas una desaparecida. Quizá.

Mi madre puso nerviosamente su descalzo pie encima del otro como si la tierra se los estuviera quemando.

—¿No tiene un acta de nacimiento? —preguntó el policía—. Escuche, señora, no puede vivir en un carro. Es usted una indigente. Un automóvil no es una casa.

Levanté la vista de los pequeños pies descalzos de mi madre para ver al sargento Bob cojeando hacia nosotras. Vestía unas bermudas y pude ver el lugar de donde estaba sujeta al muñón su pierna postiza con una correa.

El sargento Bob traía puesto su casco de soldado y en su hombro cargaba una enorme escopeta. Estaba listo para dispararla. Yo una vez había visto el arma en su remolque.

April May corría detrás de él. Creí que nos había dejado a solas encarando a los policías, y no la culpaba. Cualquiera con la mínima inteligencia huiría de la policía. En cambio, corrió para conseguir ayuda. Cuando la vi caminando detrás de su padre como un soldado raso, supe que dejaría que me mandara para siempre. Yo era suya.

Los policías no pudieron ver cuando el sargento Bob se les acercó por detrás y les apuntó con el arma.

—No quiero disparar —dijo el sargento Bob—. No tengo ganas. Créanme, es mejor que se vayan. Tengo buena puntería.

Los policías se dieron la vuelta poco a poco y yo pude verles la sorpresa y el susto en los ojos mientras levantaban las manos.

—Vamos, vamos —dijo el policía pelirrojo—. Cálmate, hermano.

—Yo no soy tu hermano.

—Sabe lo que quiero decir, señor.

—No soy tu hermano. Fuera de aquí. Los dos. ¿Me oyen?

Los policías caminaron hacia atrás a paso lento rumbo a la patrulla.

—Si son dueños de su vida yo mejor me daría la vuelta, váyanse de aquí, y olvídense de que esto ocurrió —dijo el sargento Bob—. Háganse de la vista gorda.

—Lo arrestaremos —dijo Torres—. Ya está bajo arresto ahora mismo.

—Escucha, muchacho, pásame tu licencia de conducir para recordar tu nombre toda la vida. Si le cuentas a alguien de esto te cazaré y mataré a tu familia. Hablo en serio. Sufro de estrés postraumático. ¿Entiendes lo que te digo, verdad? No soy responsable de lo que hago. Ahora mismo estoy en Kabul. Los talibanes caminan por la calle.

—Ya, vámonos de aquí —dijo el policía pelirrojo.

—Así se habla —respondió el sargento Bob.

—De acuerdo, nos vamos —dijo Torres, pero antes de subir a la patrulla, volteó a ver a mi madre—. Escuche, señora —dijo—. Será mejor que se mude de ese automóvil o le van a quitar a su hija. Eso va a pasar.

—Quiero verlos de espaldas ya —dijo el sargento Bob—. Fuera. Y olvídense de esto.

Los policías se subieron a la patrulla y se marcharon.

El sargento Bob se descolgó la escopeta y cojeó en dirección a mi madre. Ella era tan pequeña a su lado. Él sostuvo el arma con una mano y con la otra tocó en la cabeza a mi madre como si fuera una niña.

—Escucha —dijo—. Margot, ya no puedes vivir en este carro. Tienes que encontrar otro lugar para ti y para Pearl. Servicios Sociales te la van a quitar y tú lo sabes.

—Gracias, sargento Bob —dijo mi madre—. Eres un amigo.

—De veras. Tienes que encontrar un lugar donde vivir.

—Lo sé. Lo sé.

—¿No fuiste hoy al hospital?

—Se me olvidó.

—Margot, no se te puede olvidar ir a trabajar. ¿Qué te está pasando?

—Se me olvidó que hoy es lunes —dijo mi madre—. Creí que era domingo.

El sargento Bob movió la cabeza reprobatoriamente, se dio la vuelta y se fue cojeando a su remolque. April May me miró y sacudió la cabeza. Se veía triste. Yo sabía exactamente lo que diría más tarde. La superstición de April May explicaría que todo lo malo que sucediera era porque habíamos dejado la caja con las palomillas en el basurero.

Entre el humo de cigarros robados, me diría: “Te lo dije. Todo está conectado. La policía vino por las palomillas y sus almas de palomillas”.

Mi madre abrió la puerta y regresó al Mercury. Yo la seguí por el asiento trasero. Había una caja amarilla de Cheerios en el suelo. La levantó, la puso encima de sus piernas y empezó a comerse el cereal seco, sin leche.

—¿No fuiste a trabajar hoy? ¿Por qué no fuiste?

—No me hallo ahí —dijo.

—¿Por qué no?

—Cariño —dijo—. Hay un hombre al que ingresaron en el hospital hace unas semanas, no puedo ni verlo siquiera. No puedo estar cerca de él. Tiene las alas rotas. Lo trajeron directo al hospital de veteranos desde Miami. Allá tienen sobrecupo. Ya no puedo estar en ese hospital.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—Cariño, se cuenta sus latidos.

—Quizá pronto se muera —dije yo.

Mi madre me abrazó.

—Acurrúcate conmigo— dijo.

—Está haciendo mucho calor.

—¿Calor? Yo tengo mucho frío.

—¿Crees que el sargento Bob haya asustado para siempre a esos policías?

—Ya sabes —dijo mi madre—. Yo sólo pienso en algo. Todo este tiempo creí que el sargento Bob era del Ku Klux Klan. Pero tal vez no lo sea. Quizá me equivoqué.

Dos semanas después un arma llegó a nuestro carro. Durante doce años el Mercury había estado repleto de muñecas, animales de peluche, nuestra ropa, cajas de alimentos secos y de fruta, cobijas y libros.

—Necesitamos esta arma —dijo mi madre—. Eli dice que la necesitamos puesto que la policía estuvo aquí. Nunca la toques. Te enseñaré a usarla. El fin de semana iremos al río para practicar, ¿de acuerdo? Iremos temprano cuando no haya nadie.

Me pasó la pistola. Era pequeña y negra.

—Mira, no es tan pesada —dijo—. Eli dice que es de quince balas. La puedo disparar quince veces antes de volver a cargarla.

—¿Dónde consiguió Eli esta pistola?

—No sé.

Mi madre dijo que guardaríamos la pistola de Eli debajo del asiento del conductor, que era precisamente donde yo había puesto todos los objetos que había recogido en el basurero. Si alguien pasara su mano

por debajo del asiento encontraría una bolsita con cuentas de mercurio, canicas, un arete de oro, cuatro botones metálicos y un arma.

Al siguiente sábado nos levantamos muy temprano para ir río abajo.

—Con esta pistola en la mano ni siquiera me dan miedo los caimanes —dijo mi madre.

—¿De veras sabes usarla?

—Eli me ha estado dando unas lecciones mientras tú estás en la escuela —dijo—. Tengo un talento natural. De veras soy diestra. Eso es lo que Eli dijo. Creo que es por mi experiencia con el piano. Di en todos los blancos. Fue fácil. Tuve suerte todo el tiempo. Eli dijo que cuando alguien dispara una pistola no tiene que hacer tanto para dar en el blanco.

En el río, cerca del muelle, mi madre colocó un trozo de papel blanco en un árbol. Dibujó un círculo en medio con un plumón.

—Eli me vendó los ojos y lo hice —dijo mi madre—. Todas las veces di en el blanco.

En el río mi madre repitió las palabras que Eli había utilizado para enseñarle.

—Usa tu mejor ojo —dijo—. No te encorves, ni pestañees ni agaches la cabeza.

Me puse derecha frente al blanco y puse el arma al nivel de mi ojo.

—Dale un buen uso a esa bala —dijo mi madre—. Eso dice Eli. Algo bueno debe suceder con esa bala.

No di en el blanco.

—Es por tu manita —dijo mi madre—. En realidad necesitas una pistola diminuta, para niños.

Mis quince tiros sólo dejaron agujeros en el aire.

—¿Realmente la necesitamos? —pregunté.

—Eli me la regaló —dijo mi madre—. Es un obsequio.

—¿Por qué?

—No le digas a tus amigos que la tenemos. No digas. Es por nuestra seguridad. Es por protección.

—¿Protección?

—Es como un paraguas bajo la lluvia.

—¿Por qué te la regaló Eli?

—Piensa que esta pistola es como si me regalara rosas —dijo mi madre.

Eli cree que dos mujeres que viven solas en un carro es todo lo que



un arma necesita.

13

Después de que la policía amenazó a mi madre y de que Eli nos dio el arma, tuve mi primera, última y única pelea con April May. Fue la última porque nunca nos reconciliamos y yo la perdí para siempre. No pude pensar en un reto, ni en un truco ni en una apuesta para recuperarla. Las palabras para que me perdonara no existían.

Siempre habíamos sido amigas. Su familia era la única familia que había vivido en el campamento desde que mi madre se mudó al carro en el área del estacionamiento. El sargento Bob me contó que mi madre había llegado vestida con el uniforme de la escuela y con una mochila escolar llena de libros en el hombro y con una recién nacida entre los brazos. April May era prácticamente mi hermana. Y lo peor es que nos habíamos peleado por algo que ni creíamos o de lo que supiéramos.

Cuando llegué al muelle junto al río, April May ya estaba ahí. Yo estaba de buen humor porque llevaba cigarros que les había robado a los mexicanos. Corazón y Ray habían dejado algunos Marlboro en una silla y me las ingenié para sacar dos de la cajetilla.

April May estaba sentada con las piernas cruzadas en el muelle, mucho muy cerca del agua.

—Oye, hazte para atrás —le dije cuando le di un cigarro—. Un caimán te puede jalar de un tirón en un instante.

April May encogió los hombros y prendió el cigarro.

Me senté a su lado y también prendí mi cigarro.

—Bueno —dije—. Si te atacan me pueden atacar también a mí. El río nos puede comer a las dos.

—Eres una amiga de a de veras, Lamida de Ratón —dijo April May.

—¿Lamida de Ratón? ¿En serio? ¿Así me dices?

—Claro, sí.

—¿Ése es mi apodo?

—Sí. No te sientas mal —dijo April May—. No es malo. Lámeme el

cachete, ándale. Hazlo.

—No, no voy a lamerte el cachete. No puedo creerlo. ¿Me has estado diciendo Lamida de Ratón a mis espaldas?

Nos estuvimos riendo con risas llenas de tabaco sobre esto y luego todo se estropeó.

—Así que los policías no han vuelto, ¿verdad? —dijo April May.

—No. Mi madre cree que quizá necesitemos encontrar otros lugares para estacionar el carro por un tiempo.

—Quizá sea una buena idea.

—Sí, quizá. Si nos mudamos, necesitaremos estar cerca de la escuela y del trabajo de mi madre.

—¿Sabes? —dijo April May—. Debo decirte algo, Pearl. Margot no ha estado yendo a trabajar. Va a perder su empleo. Hoy mi papá me contó que tu madre no debería estar con Eli. Mi papá dice que Eli no camina por el camino recto de Dios.

—Eso no es cierto —dije y defendí a un hombre que había irrumpido en nuestras vidas y me había robado a mi madre.

—Mi papá dice que Eli le está devorando su dulce alma a tu mamá —dijo April May—. Mi papá dice que Eli y el pastor Rex están traficando con armas y que comprar armas para Dios es una gran estafa.

—No, Eli es un hombre bueno. ¿Por qué dijo eso tu papá?

—Mi papá conoce a la gente, por dentro y por fuera. Estuvo en la guerra. Eli no es bueno para tu mamá. ¿De qué van a vivir si tu madre no trabaja?

—Mi mamá dice que tu papá es del Ku Klux Klan —dije como si nuestra plática fuera una competencia.

Nunca debí haber dicho aquello, aunque fuera verdad.

April May cerró la boca. Arrojó al agua la colilla de su cigarro. Yo sabía que se hundiría hasta el fondo del río que estaba tapizado de balas y donde estaba enterrado el cepillo dental con la figura de Jesús en la cruz del pastor Rex, entre la porquería café, entre el lodo, la mugre y los sedimentos de pólvora.

—¿Tu mamá dice que mi papá es del Ku Klux Klan? —respondió April May—. ¿De veras? ¿Como si fuera el Mago Imperial o qué?

Supe que debí haber mantenido la boca cerrada. Quise agarrar las palabras en el aire y metérmelas de nuevo a la boca.

—No es cierto —dijo April May—. Tu mamá está equivocada. Le voy a preguntar a mi papá ahora mismo.

—No, ella no está equivocada —le respondí—. ¿Cómo sabes que él

no es del Ku Klux Klan? ¿Hay algún negro viviendo aquí? No veo a ninguno. Tu papá siempre controla quién entra y quién sale. Mi mamá dice que tus padres son racistas y que sólo somos sus amigas porque no nos queda de otra.

No pude contenerme a pesar de que sabía que debí hacerlo. Las palabras salieron de mí en la corriente de mi aliento y flotaron por encima del río, de las palmeras, hacia las nubes y rumbo al mar. No pude traerlas de regreso.

La letra k no era sólo una letra más. Debieron haberla cortado del alfabeto con un cuchillo.

14

Mi madre se olvidó pronto de las amenazas de la policía y dejó de hablar de que movería el carro a otro lugar. Todo el tiempo lo pasaba con Eli.

Yo no tenía a dónde más ir que al remolque abandonado.

Casi todos los días al salir de la escuela me iba directo al remolque y hacía mi tarea o leía un libro. A veces nada más me acostaba en la cama de la litera inferior y fumaba un cigarro que me había dado Eli.

No tardé en darme cuenta de que alguien más usaba el remolque por las mañanas mientras yo estaba en la escuela. Al principio encontraba una nueva colilla en el lavabo, o un pañuelo Kleenex hecho bolita debajo de una ventana, o un periódico en la cama de la litera.

En una ocasión incluso había orines amarillo claro de alguien en la taza del baño.

Y entonces comenzaron a aparecer las armas. Al principio fueron dos escopetas colocadas en la cama inferior de la litera.

En los días siguientes, la cama superior estaba llena hasta el techo con escopetas, ametralladoras y pistolas, y tiempo después también la inferior se llenó de armas. En un santiamén las armas se volvieron montones de metal en estratos en ambas camas.

Después de dos semanas, el número de armas había crecido hasta un grado que la persona que las cuidaba comenzó a dividirlas por tipos. A la cama de arriba se asignaron las escopetas y a la inferior, los rifles. Las pistolas y otros revólveres los habían colocado en dos grandes cajas que ocupaban la mayor parte del espacio entre el área de la recámara del remolque y la cocina.

Ya no me podía recostar en la cama y hacer mi tarea, entonces me sentaba a la barra de la cocina con mis libros fotocopiados para hacer mis lecturas. Me detenía de vez en cuando y echaba un vistazo a la colección de armas.

Desde ese lado del remolque también podía ver por la ventana el abandonado parque recreativo con sus viejos columpios y su resbaladilla.

Un día tenía tanto sueño que puse la cabeza en la barra de la cocina. En mi sueño a medias, oí a las armas hablar.

Las armas me contaron acerca de una niña de siete años y de un hombre de veintidós que habían sido rafagueados, de dos varones adolescentes acribillados por policías, de un niño de dos años balaceado en un fuego cruzado entre pandillas en un parque, de veinte niños de escuela asesinados en un autobús escolar, de una madre de familia muerta en un supermercado, de dos mujeres heridas mortalmente en un estacionamiento, de veinte adolescentes abatidos en un cine, de una niña de diez años balaceada en una biblioteca, de cinco estudiantes de preparatoria masacrados durante un partido de futbol, de nueve personas asesinadas en los servicios religiosos de una iglesia, de una madre y su hija acribilladas en un carro, de cuatro monjas abatidas en la parada de un autobús, de ocho niñas de ocho años tiroteadas en una clase de ballet, de dos policías asesinados en su patrulla y de una niña de nueve años balaceada una y otra vez en un parque recreativo, las balas destrozaban los árboles, noventa agujeros en el cielo hechos con una ametralladora, las escopetas aniquilaban las gotas de lluvia durante una tormenta, veinte balazos a la luna, palabras rotas por arma de fuego, palabras perforadas por las balas hasta cambiar el alfabeto: a b c l r s t x z, amantes caídos, lágrimas y balas en el piso, amor mío, tú-y-sólo-tú, pequeña mía, una-en-un-millón, todos somos únicos y todos estamos solos y tenemos miedo y buscamos balas de amor por todos lados.

Después, como parte del sueño-canción-arma, oí a una persona subir despacio los peldaños del remolque.

Levanté la cabeza y vi cuando dio vuelta a la manija de la puerta. Hurgaban a tientas. Algo se cayó al suelo y lo levantaron. Con una patada empujaron la puerta.

Entró Corazón. Traía seis escopetas acunadas entre los brazos. Se dirigió hacia la hilera de armas y las colocó en donde estaba la pila de rifles en la cama inferior. Luego, cuando se dio la vuelta para marcharse, yendo hacia la puerta me vio.

—Ay, bebé —dijo, y se puso la mano en el pecho—. Me asustaste. Tan callada.

—¿Corazón?

—Sí, bebé, sí. ¿Qué haces aquí?

Caminó hacia mí y vi las hojas de mi tarea esparcidas en la barra de la cocina.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy haciendo la tarea.

Asintió. Ella lo sabía. Todos sabían que mi madre y Eli andaban de novios.

Corazón se acercó más a mí. Sonrió y sus grandes ojos café se le entrecerraron. Me extendió su mano.

—Ándale. No puedes estar aquí. Ay, bebé —dijo—. Haz la tarea en tu casa, ¿sí?

Me tocó la coronilla y con sus dedos me mesó el cabello.

— Tienes sedoso el cabello —dijo—. Tan blanco como la harina.

Corazón me acarició la coronilla, acomodándome mi revuelto cabello color amarillo claro.

—No te vas a quedar aquí —dijo, y me levantó.

Yo era tan pequeña y flaca que todo el mundo me quería cargar como si fuera una niña de seis años de edad.

—Vamos a mi casa —dijo Corazón—. Ella te está esperando y yo tengo unos chocolates M&M's.

Corazón hablaba buen inglés, pero no entendía que en inglés los objetos no tenían género y todo lo convertía en ella o en él.

Con mis piernas rodeé su cintura y con mis brazos su cuello. Mientras que con una mano me sostuvo, con la otra recogió mi libro escolar y se lo colocó debajo del brazo.

Corazón olía al detergente líquido para trastes Joy, a jabón Dove, al detergente para ropa Tide, a Ajax y a Lysol. Ahora, yo bien podría estar en el pasillo de artículos de limpieza de un supermercado.

—Nunca vuelvas por aquí, promételo —dijo—. Este remolque, él es para guardar las armas.

Corazón me llevó afuera y pasamos delante del columpio y de la resbaladilla. Pasamos por el remolque del pastor Rex y por el de la señora Roberta Young y seguimos hacia el suyo.

Corazón me apretujó cuando pasamos frente al duende y los cinco flamingos de plástico color rosa en dirección a su remolque. Me gustaba ser su bebé.

—Nunca más vuelvas a ese lugar —dijo.

Miré por encima de su hombro el campo de muñecas de Noelle. Las abejas acechaban en pequeñas nubes buscando polen en el cabello rojo y amarillo de las Barbies.

15

Dejé de pasar las tardes y las noches en el remolque abandonado y mejor iba a visitar a Corazón.

También los mexicanos tenían armas por todas partes.

Había escopetas alineadas contra una pared y a montones en el pasillo que conducía a las recámaras. En ambas recámaras las ametralladoras se guardaban debajo de las camas. En la sala había amplios cajones llenos de pistolas. También había cajas de municiones en alteros a lo largo de las paredes de cada cuarto.

Nos sentábamos a la barra de la cocina. Mientras Corazón limpiaba las armas usadas, yo hacía mi tarea. A veces platicábamos o escuchábamos música.

También me dejaba ver telenovelas mexicanas en la televisión.

—Las telenovelas mexicanas son mejores que la vida —decía Corazón—. Alguien se ocupará de estudiarlas algún día y saber que es cierto.

Me daba a beber Sprite y me servía papas fritas, barras de chocolate Mars, donas y chocolates M&M’s. También hacía palomitas de maíz en el microondas. Ella y Ray sólo comían comida chatarra.

Corazón desarmaba las armas y luego utilizaba un trapo para quitarles el espeso carbón acumulado. Les limpiaba también el aceite y la pólvora que no se había quemado. Los trapos blancos y rojos se volvían negros cuando ella hacía su trabajo. Posteriormente aplicaba un solvente, que dejaba reposar un par de minutos. A menudo tenía que limpiar toda el arma con un cepillo dental para llegar hasta las hendiduras. Enseguida la limpiaba con una tela que no soltara pelusa. A veces usaba un cepillo rotativo para deshacer cualquier acumulación dentro del cañón y aceite en las áreas oxidables del gatillo, o les ponía grasa a las partes que se deslizaban. Tenía jeringas llenas y jeringas vacías de Lubriplate en todas las esquinas de la cocina y en la sala.

Tras limpiar las armas, Corazón tenía que atarles una etiqueta para identificarlas. Escribía con un plumón negro encima de una etiqueta amarilla y con un hilo la ataba alrededor de la empuñadura. Tenía varios catálogos Brownells, que usaba para buscar y encontrar el tipo de arma que estuviera etiquetando. Corazón me dejaba ayudarla a hacer esto, pues creía que yo tenía mejor letra que ella. Así fue como yo aprendí de armas de fuego.

El pastor Rex y Eli eran los dueños de las armas. Las obtenían a través del programa del pastor Rex, se las compraban a los veteranos del hospital, o en las ferias de armas.

Corazón las limpiaba y Ray ayudaba a Eli a revenderlas en Texas, pero la mayoría de las veces las llevaba al otro lado de la frontera con México.

Corazón siempre estaba fumando. Tenía incluso un antiguo cenicero en el que se amontonaban los filtros amarillos en un lecho de arena de playa.

Era muy linda, una tarde le pregunté si yo también podía fumar, se rió y me pasó un cigarro.

Cuando llegaba el atardecer, el remolque se llenaba de humo. Corazón decía que lo primero que había hecho cuando se mudó al remolque había sido desactivar el estúpido detector gringo de humo.

Cuando Corazón no trabajaba con las armas, limpiaba el remolque. Yo nunca había estado en un lugar tan pulcro. Era el motivo de que ella oliera a artículos de limpieza. Era su respuesta a vivir tan cerca del basurero.

En una pared, Corazón tenía pegado un póster de gran tamaño de la cantante Selena Quintanilla vestida con un traje color púpura. Encima de la fotografía las palabras: “Selena Reina de la música tejana”. Debajo del póster había una figura de yeso de la Virgen de Guadalupe.

—Ésas son las dos mujeres que yo amo —decía Corazón.

Escuchaba a Selena a todas horas y su sueño era visitar la tumba de la cantante.

—Está enterrada en Corpus Christi y eso significa el cuerpo de Cristo —decía Corazón—. De ahí es ella, de Corpus Christi, Texas.

Gracias a Corazón, comencé a memorizar las canciones de Selena. Me contó que la habían matado cuando tenía veintitrés años y que había sido su representante quien la había acribillado.

La canción que más me gustaba era “Si una vez”, y yo solía cantarla mientras hacía mi tarea y Corazón limpiaba las armas. Tardó

sólo unos días después de oírme cantar para darse cuenta de que yo podía interpretar. Le platiqué que mi madre me había criado con canciones de amor.

Corazón bajó el rifle que estaba limpiando. Fue hacia donde estaba el reproductor de discos compactos y lo apagó.

—Cántala de nuevo, Perlita —dijo—. Cántala.

Canté la canción en la quietud del remolque y Corazón dijo:

—Eres como la reencarnación de Selena. ¿Cómo es que puedes cantar como una tejana? ¿Cómo es que puedes cantar como una mexicana?

Yo sabía que estaba exagerando. Corazón exageraba todo como si las palabras pudieran cambiar las cosas.

—Te voy a enseñar todo sobre Selena —dijo—. Fue un revólver Taurus calibre .38 el que usaron para matarla. ¿Sabes como cuál? El pequeño, el que estuve limpiando ayer. Uno como ése.

Pensé en que si alguien caminaba hacia el remolque uno de esos días, habría visto humo saliendo en espirales por la ventana y habría escuchado que alguien cantaba adentro.

Ray nunca me dirigía la palabra. Corazón decía que él era un hombre callado y que nunca iba a hablar con la gente.

Y nunca me preguntaría qué hacía yo ahí. Corazón me explicó que los mexicanos nunca le permitían a la gente estar sola. Dijo:

—Hasta tenemos un dicho para ello. Siempre decimos que es mejor ser pobre que estar solo.

Al anochecer, cuando Ray regresaba del trabajo, entraba en la nube de humo, prendía un cigarro y se unía a la fogata.

16

Tras limpiar y etiquetar las armas, a Corazón le gustaba disfrazarme, maquillarme o pintarme las uñas de las manos. También le gustaba hacerme elaborados peinados, utilizando prendedores que compraba en Walmart.

Mi madre nunca me preguntaba qué hacía yo mientras ella estaba con Eli en el carro. Nunca le conté que April May y yo nos habíamos peleado. Y Rose nunca le dijo a mi madre que ya no me veía porque, después de que llegaron los dos policías para investigar nuestro carro, mi madre dejó de trabajar en el hospital y nunca regresó. Abandonó sus cubetas y trapeadores junto con el cheque de su última paga.

Mi madre argumentó que había dejado su trabajo en el hospital porque no soportaba estar cerca de tantos hombres heridos.

—Siguen llegando —dijo—. Nunca tendrá fin, nunca hasta el fin del mundo. ¿Por qué molestarse en trabajar o ir a

la escuela? Quizás ahora deberías quedarte en casa y ya no ir a la escuela. ¿Qué caso tiene?

Un día en que regresaba al carro, después de haber estado con Corazón, vi a mi madre de pie junto al Mercury, con su camisón color lavanda. Estaba en la parte trasera del carro con la cajuela abierta. Se hallaba con un hombre que yo nunca había visto. Su carro estaba estacionado junto al nuestro.

Mi madre cargaba un largo trapo de fieltro en la mano. Sacaba un tenedor de plata y le daba vueltas con el trapo y se lo pasaba al hombre para que lo viera. Estaba vendiendo nuestra cubertería.

Mi madre estaba vendiendo nuestras pertenencias.

Casi a diario alguien entraba en el campamento para venderle armas al pastor Rex y a Eli. Cuando la gente se estaba yendo con un fajo de billetes por la venta de su arma, mi madre los detenía y les ofrecía algo de lo que teníamos en la cajuela por casi nada.

No se lo pude impedir.

Con los Limoges compró una caja de cereal Cheerios, un frasco de crema de cacahuate y una lata de Raid. La cajita de música antigua valía dos cajas de toallas Kotex y una lata de leche en polvo. Con el violín compró una caja de aspirinas y pasta dental.

Vendió cada pieza de la cubertería en veinticinco centavos.

—Es una ganga —la oí decirle a un hombre que seguido iba a venderle armas al pastor Rex.

Era un hombre alto y esbelto con la piel intensamente roja y quemada por el sol. Vestía pantalones de mezclilla que le quedaban grandes. Se ajustaba los pantalones a la cadera con un cinturón que tenía una enorme hebilla con un orificio en el centro, en el que tenía incrustado un abridor de botellas.

—Señora —dijo—, escúcheme. Acabo de vender un rifle con el que maté a un oso. ¿Por qué iba yo querer comprar una cuchara cuando acabo de vender un Savage?

—Bueno, para ayudarme, supongo —respondió mi madre.

En unas cuantas semanas ya había vendido todo.

Yo sabía que el próximo paso sería estar parada con mi madre en un semáforo con la mano extendida, pidiendo limosna por las ventanas de los carros.

La noche que vendió el último plato Limoges nos acostamos a oscuras en silencio. Afuera, como muchas noches de cada mes, pudimos oír el sonido de un disparo a la distancia. Esa noche el disparo se escuchó cerca.

—Alguien está disparando —dije—. ¿Estás despierta? ¿Lo escuchas?

—Sí —respondió mi madre—. Algún hombre está en el río disparándole al cielo. Está fusilando ángeles.

17

Al siguiente viernes por la tarde llegó el piano.

Desde la ventana de la cocina del remolque de Corazón vi el camión que pasó por delante del basurero y se siguió en dirección al camino hacia el pueblo y la iglesia. En un costado el camión tenía pintado un piano negro.

Era el sueño del pastor Rex vuelto realidad. Decía que cantar los himnos con un reproductor de discos dvd enchufado a una pared por detrás del altar era un sacrilegio. Creía que la mayoría de la gente iba a la iglesia por la música.

—La música es lo que nos eleva hacia Dios —decía.

El pastor Rex había conseguido convencer a todos para que donaran dinero y recaudaran fondos para comprar el piano y le había tomado un año cumplir su misión. Ya estaba en condiciones, finalmente, de comprar un viejo piano de los años cincuenta.

—Es el regalo de Dios para todos nosotros —dijo.

Nadie en la iglesia sabía tocar el piano a excepción del pastor, así que estuvo de acuerdo en tocarlo él mismo y también dar la misa.

El viernes en que llegó el piano fue también el día que nos cayó una gran tormenta eléctrica.

Desde la ventana de la cocina, Corazón y yo vimos el chaparrón. Vimos el remolque de la señora Roberta Young y el campo de muñecas de Noelle.

La tormenta duró veinte minutos. Cayeron gruesas gotas que enseguida se convirtieron en piedras de hielo. Cuando dejó de llover, todo era blanco.

Corazón y yo salimos. El aire estaba húmedo y fresco como si todo hubiera sido lavado. Las Barbies yacían enterradas bajo montones de granizo.

—Mira allí. Mira el basurero —dijo Corazón.

El basurero se había convertido en una montaña blanca.

Todo el mundo fue a la iglesia aquel domingo para ver el piano. Incluso Corazón y Ray y mi madre hicieron una excepción y fueron a la iglesia protestante sólo para ver y oír el instrumento.

Mi madre llevaba puestos unos guantes blancos hasta las muñecas, que había encontrado adentro de una bolsa de plástico que también contenía medias, las cuales nunca había usado.

—Es una tragedia que las mujeres no se pongan guantes para ir a la iglesia —dijo.

Aquel domingo la iglesia estaba atiborrada. Nunca había visto tanta gente en una misa. Todos habían ido a oír el piano.

Desde nuestra banca pude ver a April May y a sus padres. Era la primera vez que la veía afuera de la escuela después de nuestra pelea.

Obviamente, le había contado al sargento Bob y a Rose que mi madre creía que él era del Ku Klux Klan, pues ya no se nos acercaban como normalmente lo hacían.

En otra banca, justo frente a Noelle y a la señora Roberta Young, estaban sentados Corazón y Ray. En esa ocasión, Corazón se había arreglado su largo y rizado cabello en un chongo redondo en la punta de la cabeza. Tenía un rizo perfecto a la mitad de la frente. Se había puesto un listón rosa alrededor del chongo y lo había anudado en forma de moño. Era el auténtico estilo Selena.

Eli entró en la iglesia con el pastor Rex.

Toda la gente que yo conocía se reunía por primera vez en un solo lugar. Tomé la mano de mi madre y me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que anduviéramos agarradas de la mano.

Cuando mi madre vio a Eli entrar dijo:

—Oh, ya llegó, ya llegó. Vino. Oh, qué bueno.

Eli caminó hacia nosotras y se deslizó junto a mi madre de modo que ella quedara entre él y yo. Ella le puso una mano en la pierna y fue como si se agarrara a un barandal o a un pasamanos. Parecía que hacer aquello le daba firmeza. Cuando escuchó que iban a llevar a los veteranos heridos al fondo de la iglesia, cerró los ojos y se quedó dormida ante el himno

de muletas y sillas de ruedas.

Eli se inclinó y me susurró:

—¿Se siente bien?

—Tiene sueño —dije—. Va a tocar el piano. ¿No se lo dijo?

Eli se sacó la cajetilla de cigarros que traía en el bolsillo de la camisa. La golpeteó contra su muñeca hasta que salieron algunos cigarros. Me dio uno. Me dio un cigarro porque sabía que yo estaba a

la venta. Sabía lo que yo valía. Me dio uno para hacerme feliz.

Me puse el Camel en mi manga.

En el púlpito, antes de que empezara la misa, el pastor Rex anunció que la misa se titularía “Alabanza por la adoración del piano”.

—Ya tenemos piano —dijo—. Hemos sido bendecidos.

Todos en la iglesia aplaudieron.

En el transcurso de la misa, el pastor Rex se tuvo que mover del púlpito al piano para interpretar los himnos. Al princio todos estaban quietos y se inclinaron hacia adelante para oír la música, pero el pastor Rex no tocó bien y cometió muchos errores. Tuvo que ir más despacio a la mitad del himno y se acercó la partitura para intentar averiguar cuáles eran las notas. Nadie lo pudo seguir.

La emoción inicial se transformó en un incómodo silencio. La iglesia se había convertido en un teatro y el fracaso del pastor Rex había sido el acto.

Al final de la misa, mi madre y yo nos quedamos sentadas mientras la congregación vació poco a poco el recinto. Incluso el pastor Rex abandonó la iglesia para salir y despedirse de medio mundo.

El día anterior mi madre me había prometido tocar para mí, pero estaba preocupada. No había tocado el piano en muchos años.

Eli se puso de pie.

—¿No quiere oír tocar a mi madre? —le pregunté.

—Estoy seguro de que es más dulce que lo dulce —dijo—. La escucharé en otro momento. Necesito decirle algo a Ray.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Estoy segura de que creyó que mi madre interpretaría “Doña Blanca” o “Los changuitos”.

El pastor Rex también se fue de la iglesia rápidamente detrás de Eli.

Mi madre no volteó. Simplemente cerró los ojos y después de unos minutos preguntó:

—¿Se han ido todos?

—Casi todos —dije.

Nos paramos y caminamos por el pasillo hacia el piano.

Como ella era muy pequeña, primero acercó el banquillo al instrumento para poder alcanzar los pedales.

Una vez que todo estuvo en su lugar, muy despacio se quitó los guantes y me los dio. Los metí en el bolsillo de mi vestido.

Mi madre se sentó al piano. El pequeño candelero que colgaba encima del altar le iluminó su rubio cabello. Puso los dedos sobre las

teclas negras y las blancas. Sus manos estaban cubiertas de pecas, que semejaban pequeñas estrellas, y traía pintadas las uñas con barniz color Azul luna. El anillo con el ópalo azul que le había regalado su maestro de piano era parte de la constelación.

Mi madre levantó las manos y poco a poco las llevó al piano. Tocó el primer acorde.

Aquellos que todavía no abandonaban el recinto se quedaron quietos. Algunos soldados heridos, que seguían sentados en la parte de atrás, cerraron los ojos. April May, que ya casi había cruzado la puerta de salida, se detuvo para escuchar. Aquellos que todavía no estaban tan lejos de la iglesia y escucharon algunas notas regresaron y se quedaron de pie y en silencio.

Un acorde puede hacer que el mundo se detenga.

Mi madre interpretó el Concierto para piano No. 2, Opus 18, de Rachmaninoff. Yo lo había escuchado por la radio y ella lo tarareó muchas veces cuando interpretaba música en el tablero del carro.

En la iglesia, las pequeñas manos de mi madre se abrieron y sus dedos alcanzaron las octavas por completo.

Mi madre inclinó la cabeza y la música brotó de ella. Sus manos volaban, caían y morían al moverse a lo largo del instrumento.

Mientras mi madre tocaba, la melancolía y la belleza de Rusia cayeron como la oscuridad sobre Florida y convirtió al soleado estado en el lugar más triste de la tierra.

18

El lunes por la mañana, un día después de que mi madre tocara el piano en la iglesia, platicamos un rato dentro del carro antes de levantarnos.

Adentro del Mercury, el ruido de las cigarras y de los pájaros se confundía con el sonido de los camiones y los autos en la carretera.

Mi madre dijo:

—Siempre acostumbraba protegerme las manos. Lo había olvidado. Acostumbraba evitar los martillos y los clavos y abrir frascos. Me daba miedo que mis dedos quedaran atrapados en una puerta o cortarme con un cuchillo en la cocina.

—¿Podemos ir más tarde a la iglesia otra vez, después de la escuela? —pregunté—. Quiero oírte tocar el piano de nuevo.

—Ahora utilizo mis manos como si no valieran nada —dijo mi madre.

—Iremos por la tarde a la iglesia. Cuando yo vuelva de la escuela.

—Sí. Antes de que anochezca.

Pero el anochecer nunca llegó pues aquel día no tuvo noche. Aquel día el sol no dejó de quemar.

Fue Noelle quien me contó lo que había ocurrido.

Noelle había salido por un momento para colgar alguna ropa en el tendedero atado a un árbol y a su remolque.

Había oído y visto todo.

—La verdad es que nunca se sabe cuándo será nuestro último día —dijo Noelle—. Nunca se sabe.

Me contó que después de que me fui a la escuela, mi madre había salido del Mercury y había ido hacia el área del estacionamiento para visitas, por el portón principal, y que había llegado al campamento.

Un joven había estado sentado en el agrietado columpio de plástico del parque recreativo, meciéndose suavemente de atrás hacia adelante. Tenía cabello rizado, los ojos azules y traía puesto un grueso

suéter de lana negro. Traía un arma en su mano derecha. Eli estaba de pie a un lado del joven y los dos platicaban. Noelle no pudo escuchar de qué.

Cuando mi madre se dirigía, descalza, hacia el baño del campamento, el joven se levantó del columpio y fue a zancadas hacia ella.

Noelle dijo que Eli gritó el nombre de mi madre.

Mi madre se detuvo al ver la pistola en la mano del joven.

Noelle dijo que el joven y mi madre se habían aproximado tanto que pudo escuchar todo lo que dijeron.

—Señora, ¿por qué anda en camisón? —le preguntó el joven.

—Me acabo de despertar.

—¿Anda siempre en piyama?

—Aquí vivo —dijo mi madre.

—¿Por qué no trae zapatos?

—Hace calor.

Entonces el joven levantó la pistola y le apuntó a mi madre.

—Me vas a disparar —dijo ella.

—Sí.

—Entiendo qué es lo que va a suceder —dijo mi madre.

—Sí —le contestó él—. Ahora anuncio las nuevas cosas.

Supe que la bondad de mi madre se incendió cuando él comenzó a disparar.

Mi madre sabía que él había viajado pidiendo aventones por todo el país, desde California hasta Florida, para ver si el amor existía en los Estados Unidos.

Mi madre pudo ver adentro del cuerpo de él y le vio trenes eléctricos, camiones de juguete, dulces del Día de Brujas y armas de juguete e incluso una pistola de balines para matar pájaros.

Ella sintió las quemaduras de sol que él tenía en los hombros.

Mi madre sabía que todo lo que aquel joven necesitaba era amor. Necesitaba a una chica que lo tomara de la mano y lo jalara a su cama.

El amor no existe en los Estados Unidos.

Mi madre se adentró en el tiroteo como si caminara rumbo a un surtidor de agua en un día caluroso de julio en Florida: “mójame mójame, dispárame dispárame mójame dispárame”.

Segunda parte

19

El Señor No Regreses regresó.

Cuando escuché la historia, supe con exactitud lo que mi madre había estado pensando en el momento en que le dispararon. Lo que Rose llamaba la enfermedad de la empatía de mi madre era mi herencia. Me la había trasmitido igual que su miedo a las fugas de gas de un horno de cocina.

Escuché todo lo que me dijo Noelle cuando fue a recogerme a la escuela. Nunca antes la había visto afuera del campamento, salvo en la iglesia.

El día que mi madre murió, mientras me alejaba del edificio de la escuela, Noelle caminó hacia mí con su forma de andar como Barbie, tiesa y de puntitas.

—Una no puede caminar sola a casa —dijo Noelle.

—¿Por qué?

—El silencio es también un juicio —dijo—. Un conejo puede tener miedo a la luna. La muerte visita cada casa.

—Sólo cuéntame. Sé clara.

—Un chico mató a tu mamá con una pistola. Lo escuché todo. Lo vi todo.

Al principio me quedé callada.

—¿Me oíste? —dijo Noelle—. Le dispararon a Margot. Un chico mató a tu mamá con un arma. Pearl, está muerta.

Al principio me quedé callada. Y enseguida, agradecí que mi corazón latiera por sí mismo porque sabía que nunca podría hacerlo funcionar si tuviera que hacerlo. Los latidos independientes de mi corazón, latidos que surgían sin importar que ocurriera cualquier cosa terrible, me hicieron sentir ternura por mi cuerpo y por mi vida tan insignificantes.

Mientras íbamos camino al campamento, Noelle se me acercó y me tomó de la mano. Yo tenía catorce años, pero no había tenido que

contar cuántas personas me habían tomado de la mano hasta aquel momento. No requería del cálculo. Sentí la mano de Noelle muy grande comparada con el tamaño de la mano de mi madre.

Muchas veces mi madre había dicho que esperaba que yo muriera antes que ella.

—No podrías sobrevivir sin mí —me decía mi madre—. Sería muy doloroso. Ni siquiera hay una canción para describirlo. Pearl, espero que mueras antes que yo.

Mi madre tenía razón. Debí haber muerto primero.

—Eli está en la estación de polícia —dijo Noelle.

—¿Qué tiene que ver Eli en todo esto?

—Nada. Bueno, él le vendió el arma al chico y estuvo allí cuando ocurrió todo. Bueno, no se la vendió realmente. Fue un intercambio. El chico le dio a Eli su cinturón de plata a cambio de la pistola. Y Eli traía puesto el cinturón cuando se lo llevó la policía. Era muy elegante. Era de plata con un águila dorada grabada en el centro.

Después de que el Señor No Regreses nos había dejado, mi madre lo había extrañado. Sentía la asusencia de su destino.

Y donde sea que Eli se encontrase, estaría levantando la cabeza como si le hubiera robado la buena fortuna a todo el mundo. Nunca de los nuncas se pondría los bolsillos al revés para sacudirlos. Ya me sabía la canción.

—Lo lamento —dijo Noelle—. Ojalá hubiera sido yo tu amiga y ahora ya es demasiado tarde. Quién sabe dónde vas a vivir ahora. Es posteriormente cuando deseamos haber sido amables. Ojalá te hubiera horneado un pastel y te lo hubiera llevado a tu carro o te hubiera dejado usar nuestro baño para que te dieras un regaderazo. No pensé en esas cosas. Debí haberte regalado alguna de mis muñecas. No sabía que tú y Margot importaban.

Me quedé callada. Escuché a mi corazón. Latía como si todos los días fueran el mismo.

—Lo lamento —dijo de nuevo Noelle—. Vi todo. Tu madre intentó detener con sus manos aquellas balas.

Volteé a ver a Noelle. En la abertura de su blusa, en el lugar entre sus senos, tenía una golondrina muerta.

Una mujer vestida de traje azul, de los Servicios de Protección a la Infancia, me esperaba sentada adentro del Mercury, en el asiento del copiloto y con la puerta abierta, llenando unos formularios en su regazo. Ni siquiera sabía que estaba sentada en mi recámara.

Cuando Noelle y yo nos acercamos, la mujer salió del carro.

—Tú debes ser Pearl —dijo.

Asentí con la cabeza.

Todavía no podía hablar. Era como si se hubiera apoderado de mí una superstición, y yo no supiera que la tenía. Pensé: “Si hablo, todo esto se hará realidad”. Yo sabía que cuando se decían algunas palabras se convertían en la pura verdad.

El campamento estaba en silencio.

—Casi todos están en la estación de policía dando sus testimonios de lo que vieron u oyeron —dijo Noelle—. Ya hablaron conmigo porque fui la única que atestiguó todo. La vida te puede sorprender.

¿Y Eli?

—Bueno, ni siquiera se le considera un testigo —dijo Noelle, como si supiera lo que yo estaba pensando—. Él es parte de la historia. Él le proporcionó la pistola al chico. ¿Qué hacían merodeando por el columpio?

Yo no hablaba pero me estaba colocando el nombre de Eli en mi bolsillo como algo que más tarde iba a masticar.

La mujer de los Servicios de Protección a la Infancia caminó en dirección a su carro, que estaba estacionado detrás del Mercury, y sacó del asiento trasero una enorme bolsa como talega, de lona color verde militar.

—Ve a tu auto, niña, y empaca tus cosas —dijo.

Abrió la cajuela.

—Pon aquí tus pertenencias —ordenó, y regresó a su carro y se colocó detrás del volante.

Noelle dijo:

—Te ayudaré.

Yo aún no escuchaba una sola palabra salir de mí.

Noelle sostenía abierta la enorme talega mientras yo metía mis ropas, mis muñecas y los libros y todas las bolsas del supermercado llenas con las pertenencias de mi madre.

También despegué mi dibujo del sistema solar que habíamos pegado en el respaldo del asiento del conductor y lo metí en la bolsa.

Como mi madre siempre decía que yo era lista, me acerqué por debajo del asiento del conductor y cogí la pequeña pistola negra que Eli nos había regalado.

No miré a Noelle, pero me di cuenta de que había visto el arma porque dijo:

—Pearl, cuidado con eso. Será mejor que no te la lleves.

Noelle me conocía de toda la vida, pero no sabía que “será-mejor-

que-no” eran mis cuatro palabras favoritas.

Metí la pistola de Eli hasta el fondo de la bolsa y enseguida agregué las cosas de mi colección, las que había encontrado en el basurero.

Después de sacar todo del carro, sólo me faltaba recoger una cosa. Jalé la manija con que se abría la cajuela, me acerqué y eché un vistazo. Todos los tesoros de la cajuela habían desaparecido. Miré el espacio vacío en donde había estado la cubertería, los platos Limoges, las copas de cristal para el vino, un violín, una cajita musical, el barco chino hecho con el colmillo de un elefante y las bolsas de seda con las alhajas de mi madre.

Lo único que quedaba era la larga y ancha caja de seda con un listón amarillo. No cabía en la bolsa, pero de todos modos me la llevé.

Cerré la cajuela y caminé alrededor del carro y me aseguré de que los vidrios de las ventanas estuvieran subidos y las puertas cerradas.

Dejé la llave puesta. Nunca habíamos girado aquella llave para ir a pasear a algún lado. Habíamos estado estacionadas durante casi quince años.

—¿Terminaste? —me gritó la mujer mientras bajaba el vidrio de su ventana—. Es tarde. Vámonos. Súbete al auto.

Noelle me acompañó hasta el asiento del copiloto y me abrió la puerta.

—Ya sabes, Pearl —dijo Noelle—. A todos nos caía bien tu madre a pesar de que no era una de nosotros.

Creo que fue mi madre la que dijo eso de ella en una ocasión.

Asentí.

—Vas a hacer un viaje, un largo viaje —dijo Noelle y me pasó un chicle Trident—. Toma —dijo—. Es todo lo que tengo.

Me llevé el chicle a la boca y me metí en el carro y cerré la puerta.

Por un momento puse mi mano contra el vidrio de la ventana y desde afuera Noelle hizo lo mismo.

Si April May hubiera estado a mi lado me hubiera dicho: “Lo que Noelle piensa sobre Eli es que ahora que tu mamá ha muerto ella tendrá una nueva oportunidad. Mañana le estará horneando galletas. Mañana se estará rociando perfume. Ella le ofrecerá su hombro para que él llore”.

La mujer de los Servicios de Protección a la Infancia metió la llave de encendido y el carro se prendió. El frío del aire acondicionado me sopló en la cara mientras el chicle de eucalipto me llenaba la boca con un sabor a piñas de pino.

—Me gusta que esté muy frío, espero que no te importe —dijo la mujer.

Dio reversa en el estacionamiento para visitas y se alejó del letrero que decía “BIENVENIDOS AL CAMPAMENTO DE CASAS REMOLQUE INDIAN WATERS”. Enseguida giró el volante a la derecha y entró en la carretera.

Pensé en girarme en mi asiento para mirar por la ventana trasera mientras nos alejábamos, pero no lo hice. No había nadie despidiéndose con algún movimiento de mano.

En el carro la mujer dijo:

—Les digo esto a todos los niños que recojo. Por favor, no me llames cada vez que te caes y te raspas la rodilla, o por cosas así. Soy tu trabajadora social. Eres mi caso. No, no, no soy un pariente extraviado, ni una tía o Mary Poppins. Te voy a llevar a tu albergue temporal. Y escucha, sólo llámame si hay una emergencia. Ponte el cinturón.

No respondí. Me abroché el cinturón. Miré por la ventana. Mastiqué el chicle de Noelle.

—Así que te estás preguntando si puedes ver a tu madre. Cada niño que recojo quiere hacerlo porque no cree en la muerte, escúchame con atención, eso nunca sucederá. Nadie te dejará que la veas, niña. Está llena de agujeros. No, no la he visto, no personalmente, no, pero es lo que oí decir a alguien. Uno de los policías dijo que tu madre estaba llena de agujeros.

No respondí.

—¿Por qué eres tan callada? ¿Eh? ¿Eres sorda? ¿Eres de apariencia chistosa y no hablas? ¿Ni siquiera lloras por tu mamá? No veo una sola lágrima en tu cara.

No respondí.

—Bueno, si no vas a hablar, ponte a leer. Aquí está el expediente. Léelo. Esos papeles te dirán todo lo que necesitas saber.

Con una mano en el volante, la mujer se giró y tomó del asiento trasero unas páginas que estaban engrapadas adentro de un fólder amarillo. Me alejó de mi carro-casa, del basurero, de los columpios y del río asesinado.

La trabajadora social prendió el radio y me llevó lejos de mi infancia.

Si mi madre hubiera estado en el asiento trasero, con nosotras, hubiera dicho: “Piensa en que te tomas una dosis de tragedia y ya está. Piensa que nada puede ser peor que esto y que ya te salvaste. Pero la tragedia no es como la medicina. No te tomas una dosis como

si fuera una pastilla o una cucharada. La tragedia siempre entra en vigor".

Y esta vez no era de mentiras. Esta vez realmente me estaba alejando del campamento, por la carretera en dirección a Sarasota. Tomamos a la izquierda en el primer semáforo, después otra vez a la izquierda, y luego a la derecha por una rampa y a través de una hilera de palmeras, pasamos frente al Walmart. Mis ojos seguían la larga línea blanca pintada en el asfalto por en medio de la carretera.

La larga línea blanca era un río que conducía desde las cascadas del Niágara hasta el Golfo de México.

Mi madre hubiera dicho: "Acelera. Que nos multen. Dejemos marcas en el asfalto".

Mi mente era un libro de gramática lleno de signos de interrogación. ¿Quién la mató? ¿Por qué? ¿Cómo ocurrió?

¿A dónde iba yo? ¿A quién le importaba yo? ¿Vería a mi madre? ¿En dónde viviría yo? ¿Volvería a ver a April May o a Corazón? ¿Dónde estaba Eli? ¿Encontrarían a la familia de mi madre? ¿A qué escuela iría? ¿A quién le pertenecía?

Abrí las páginas en mi regazo y leí la sección del expediente que era un reporte policiaco fotocopiado. Había sido expedido sólo unas horas antes. Habían matado a mi madre después de que me fui a la escuela. Tenía siete horas de muerta. Yo había vivido siete horas creyendo que ella me tenía en sus pensamientos.

Leí cada palabra del expediente.

La primera página contenía el testimonio de un policía: mujer blanca en sus últimos veintitantos años acribillada veinte veces a la entrada del Campamento de casas remolque Indian Waters. Se intentó encontrarle el pulso pero no fue posible. No aparecieron testigos del tiroteo, pero los balazos se oyeron a las 8:15 a.m. Varios vecinos dijeron que habían escuchado al menos veinte disparos. Rose Smith y su esposo el sargento Bob Smith dijeron que no le habían dado importancia porque los balazos son comunes en la zona, pues a la gente le gusta dispararle a los caimanes en el río. Rose Smith dijo que la víctima se llama Margot France y que era una indigente que vivía con su hija, Pearl, en el Mercury estacionado afuera del campamento de casas remolque. Corazón Luz y su marido Ray Luz, también vecinos, dijeron que no se encontraban en su casa en el momento de los hechos. El pastor Rex Wood, también vecino, dijo que no había escuchado nada. El agresor fue encontrado muerto en el suelo junto a la víctima. En su licencia de manejar expedida en California dice que

su nombre era Paul Luke Mathews, sexo masculino, color blanco, ojos azules. Altura: 1 metro 82 centímetros. Al parecer Mathews había acudido al campamento de remolques para vender su arma como parte de un programa antiviolencia de adquisición de armas dirigido por la iglesia local. Al parecer Mathews asesinó a la víctima, identificada por los vecinos como Margot France, y después se quitó la vida. La escena del crimen fue encintada.

Mi madre había sido asesinada veinte veces.

Cuando leía el expediente, la voz de Laura Nyro cantando “Wedding Bell Blues” salió por las bocinas del carro. Era una de las canciones preferidas de mi madre.

La segunda página del expediente sólo tenía una oración. Decía: “El único pariente conocido de la víctima es su hija, Pearl France”.

Mi vida era de doce palabras de largo.

Cerré el expediente y miré por la ventana.

Me saqué de la boca el chicle que me dio Noelle y lo pegué por debajo del asiento. Con los dedos palpé otras bolas de chicle. Este carro de la trabajadora social era un cementerio de chicles para niños.

La mujer subió el volumen a la música. Quería asegurarse de que el radio sonaba lo suficientemente alto para evitar una conversación. Estoy segura de que estaba harta y exhausta de hablar con niños sobrevivientes.

La voz de Laura Nyro inundó el carro y no cabía ningún otro sonido.

Al alejarnos del campamento y del Mercury, lejos de April May y de Noelle, comenzó a lloviznar. Sentí nuestra tierra rompecabezas inclinarse hacia mí. Un rayo entre las nubes iluminó el interior del vehículo. Sentí a los árboles inclinarse, los caminos levantarse, incluso el sol de mediodía de Florida parecía acercarse a mi órbita.

Cuando las gotas de lluvia empezaron a caer sobre el vidrio de la ventana oí la voz de mi madre. Me llenó como una canción. Dijo: “Cuando una pequeña pierde a su madre, porque la madre se volvió el blanco de un desconocido, hasta la lluvia cae con gracia”.

20

El albergue temporal era una casa con dos niveles rodeada por un jardín en los suburbios de Sarasota.

Al aproximarnos, la trabajadora social apagó el radio y me informó que la casa pertenecía a David Brodsky. Él y su esposa, que había muerto unos años atrás, habían dado albergue a niños durante décadas. El señor Brodsky llevaba a niños que se hallaban en alguna situación de emergencia hasta que se encontrara una solución permanente.

—El programa de albergues temporales no se da abasto, no se da abasto —dijo la trabajadora social—. Normalmente no debería haber niños con un anciano, nos gustan las familias, pero no hay ninguna que esté admitiendo niños. ¿Qué se puede hacer? A buen hambre no hay pan duro, ¿verdad? ¿Estoy en lo cierto?

Apagó el motor.

—El señor Brodsky se ocupa de los tiros porque son casos de emergencia. No es fácil encontrar a alguien que te admita a la primera de cambios. Hay otros dos tiros quedándose ahora en esta casa. A ustedes les llamamos niños-tiros porque sus padres fueron acribillados.

La trabajadora social abrió la puerta del carro y se reclinó hacia adelante y liberó el seguro de la cajuela.

—Escucha —dijo—. Mientras estés aquí, entretanto, los Servicios de Protección a la Infancia y la policía estarán pendientes para ver si tienes a algún pariente a quién llamar. No encontraron nada en el auto que pueda relacionarte a una familia. ¿Segura que no conoces a ningún pariente? ¿Una tía o un primo? ¿No hay alguien? Tiene que haber alguien.

Moví la cabeza.

—¡No entiendo a las familias de sólo dos miembros! ¿Cómo puede una familia ser tan pequeña? ¿Y, a propósito, dónde está tu padre? Mis expedientes están llenos de familias integradas por madre e hijo.

¡Dos personas!

No respondí. Yo sabía que mi padre, un maestro de escuela, estaba en algún lugar cargando a sus otros hijos en los hombros y yo ni siquiera sabía su nombre.

—Algún día vas a tener que acordarte de hablar —dijo—. Vamos, abre la puerta, apúrate. Sal del auto. Muévete. Rápido. Tengo a otros cuatro niños de quienes ocuparme el día de hoy.

Cuando el aire tibio del jardín me envolvió el cuerpo, me sentí agradecida de salir de aquel carro frío como el Polo Norte. Mi madre estaba muerta y aun así yo podía sentir gratitud por algo.

La trabajadora social se empinó en la cajuela y sacó la bolsa de lona y la aventó al suelo. Había hecho esto docenas de veces.

—¿Qué es esta caja? —preguntó cuando la sacó y la colocó encima de la bolsa—. Se ve elegante.

El señor Brodsky salió de la casa para recibirnos. Era alto y esbelto. Tenía el cabello canoso, espeso y rizado y usaba unos lentes con marcos angostos redondeados y negros.

—Qué gusto verte —dijo.

—Oiga, este tiro no habla —dijo la trabajadora social—. Le deseo suerte, a ver si puede sacarle una palabra.

Entregar a un niño era tan rutinario para ella como aventar la ropa sucia a la lavadora. Me di cuenta de que yo era sólo un bulto de algo.

—Tengo que irme corriendo —dijo y se dirigió al carro.

Me sorprendió percatarme de que no quería que se fuera. Durante el trayecto, se había convertido en la única persona que yo conocía.

El señor Brodsky se acuclilló para verme cara a cara.

Oí cómo la trabajadora social prendió el carro y aceleró dejándome atrás. Era el vínculo con mi campamento, el puente entre esta casa de albergue temporal y mi carro. Era la última persona que sabía que yo pertenecía a algo.

El señor Brodsky dijo:

—He conocido a toda clase de niños. Te llamas Pearl y es un nombre bonito. Creo que en esta casa he tenido a un niño con cada una de las letras del alfabeto. Espero que seas una persona amable. Yo lo soy. Sé por qué estás aquí. Lo lamento. Realmente, lo siento mucho, mucho.

Ahora sabía que la gente me estaría diciendo eternamente que lo sentían mucho. Sabía que yo andaría huyendo de las palabras "lo siento" por el resto de mi vida.

El señor Brodsky se acomodó la enorme caja debajo del brazo y

recogió la bolsa de lona. Era fuerte y levantó el bulto con facilidad.

—Vamos adentro —dijo—. Te mostraré tu cuarto.

Caminé detrás de él al interior de la casa.

—También necesitas saber que hay dos niños más en esta casa. Helen, de ocho años, y Leo, de diecisiete. Ahora están en la escuela. Tú no irás a la escuela —prosiguió el señor Brodsky—. Estarás aquí sólo por unas semanas mientras te encuentran un hogar permanente, así que no tiene caso.

La recámara tenía techo alto y las paredes estaban pintadas de blanco. Había una ventana muy ancha enmarcada por unas cortinas de encaje blanco, que daba a un jardín y a una casa de juguete. La habitación tenía una cómoda, una cama cubierta con una colcha y un escritorio y una silla. Tenía una alfombra con diseños redondos en color azul oscuro. También había un clóset con la puerta abierta. Estaba vacío salvo por una hilera de ganchos para colgar ropa forrados de satín rosa. En la pared había un cuadro de una noche con cielo estrellado.

El cuarto olía a pintura fresca. Todo era tan fresco y limpio, parecía que nadie antes había vivido allí.

Lo primero que iba a hacer en cuanto se fuera el señor Brodsky sería tirarme en la cama. Cuando creces en un carro, sueñas con acostarte entre sábanas. También iría a buscar la regadera.

El señor Brodsky colocó la caja y la bolsa de lona encima de la cama cubierta con la colcha de encaje blanco.

—¿Y qué me dices de esa linda caja? —preguntó.

Me abalancé desde el pasillo y puse mi mano encima de la caja forrada de seda. Miré el rostro del señor Brodsky.

Sabía que iba a decir las primeras palabras de mi nueva vida.

—Lo que ha quedado atrás —dije—. Lo perdido.

El señor Brodsky no respondió. No había manera de que supiera que mi madre estaba adentro de mí cantando "Long Gone Blues" como si fuera una marcha fúnebre.

—Es un vestido de novia —dije—. El vestido de novia de mi abuela.

—Entiendo —dijo el señor Brodsky.

—Mi madre soñaba con ponérselo algún día —dije—. Era un sueño. Y también soñó que yo lo usaría.

El señor Brodsky se quedó callado por unos segundos mientras veía la caja en el suelo entre nosotros.

Respiré profundamente. Parecía como si fuera el primer respiro

que daba desde que Noelle me había recogido de la escuela horas atrás.

—Bueno, a veces un sueño es mejor que la vida —dijo el señor Brodsky.

—Sí.

—No, ya no lo usará, pero tuvo un sueño en que se lo ponía.

—Sí —dije.

Cuando el señor Brodsky dijo que un sueño era mejor que la vida, supe que él era uno de los nuestros. Mi madre y yo le hubiéramos hecho un espacio en nuestro carro. Ella le hubiera regalado bolsas de plástico para que guardara sus pertenencias. Hubiéramos abierto la puerta del carro y le hubiéramos preguntado: “¿Cuándo se muda para acá?”

Mi madre no me había dado mucho, no me había comprado mucho de nada, pero me había llenado con sus palabras y sus canciones. Yo era una enciclopedia de sus pláticas y de las esperanzas de una madre joven. Yo hablaría con su voz desde la A hasta la Z. Sus vocales y sus consonantes cantarían conmigo por siempre, y colorín colorado.

En el momento en que miré a la cara al señor Brodsky quise salir corriendo para comprar curitas.

21

La pequeña pistola negra de Eli yacía entre dos blusas. Fue lo primero que vi cuando hurgué en la mochila de lona. La escondí debajo de la almohada de mi cama.

Mis posesiones provenientes del basurero —las canicas, la bolsita con mercurio y los botones y la bala— las puse en el cajón superior de la cómoda. Colgué mis prendas y acomodé mi ropa interior y mis camisetas en otro cajón. Yo no tenía muchas cosas. No supe dónde poner mi dibujo del sistema solar, así que lo enrollé hasta hacerlo una pelotita y lo arrojé a la basura. Ya no necesitaba aprender que Mercurio era el planeta más cercano al Sol y que estaba en llamas. Ya lo sabía.

Estaba organizando mis pertenencias, pero en realidad rezaba por encontrar un cigarro. De modo frenético, buscaba en cada bolsa de plástico y en cada bolsillo de mis prendas. April May diría que necesitaba rezarle al dios del cigarro.

Encontré uno. Era un Marlboro rojo mexicano del remolque de Corazón y Ray. En realidad, el milagro consistía en que no había encontrado un cigarro sino una cajetilla entera. Ésta era una prueba contundente de que el dios del cigarro se preocupaba de veras por las niñas huérfanas.

Me acerqué a la ventana, hice a un lado las pálidas cortinas de encaje blanco, saqué el encendedor Bic azul de mi bolsillo trasero, y lo prendí.

Le di el golpe al cigarro y sentí que todo en mí se acomodaba. El río de mi sangre se calmó.

Miré el jardín y sus altos robles y el césped recién cortado. Había un árbol de magnolias cubierto de enormes flores blancas que empezaban a ponerse color café en las orillas. Detrás de los árboles, cerca de la calle, pude ver claramente la casa de juguete hecha de madera y pintada de blanco. Tenía un pequeño pórtico y dos ventanas.

Le había dado unas cuantas fumadas al cigarro cuando dos niños cruzaron el jardín, camino a la puerta de entrada. Era un chico blanco y una niña negra. A través de la brasa de mi Marlboro vi que el chico estaba vestido con shorts azules de mezclilla y que tenía el cabello largo, rizado y castaño claro y lo tenía revuelto y le llegaba hasta los hombros. Era alto y delgado y caminaba a zancadas. La chiquilla detrás de él brincaba y corría tratando de llevarle el paso. Tenía el cabello corto y afro y agarrado en algunas partes con prendedores.

El chico se detuvo de golpe y volteó a ver a la ventana. La niña siguió avanzando hasta que se dio cuenta de que él ya no iba caminando hacia la puerta de entrada. Le siguió la mirada a donde yo estaba con el cuerpo asomado por la ventana y arrojando una espiral de humo hacia el cielo a través de la chimenea de mi boca.

Entendí que eran Leo y Helen. Nos vimos por un momento y enseguida continuaron su camino hacia el interior de la casa. Ninguno de los tres nos saludamos.

Me terminé el cigarro, lo aplasté por el lado de afuera de la ventana, y aventé la colilla al jardín.

Estaba pensando en prender otro cigarro, puesto que no había nada que hacer, cuando escuché un toquido.

Crucé la habitación y abrí la puerta.

Por primera vez tuve la experiencia de abrir la puerta de una casa, de quedarme quieta dándole la vuelta a una perilla y abrir, abrir, abrir. Al vivir en el carro, gracias a los vidrios de las ventanas, siempre sabíamos a quién le abríamos una de las puertas. En esta ocasión, no supe quién tocaba al otro lado de la pesada puerta de roble.

Abrí, era Leo. Se quedó de pie mordisqueándose la manga de la camisa.

Se quedó bajo el marco de madera de la puerta y me miró fijamente a la cara. Lo miré de vuelta a sus ojos café claro.

En la universidad de amor de mi madre ella había aprendido a identificar el amor a primera vista. Decía que era lo único verdadero y que el amor a primera vista era como un accidente. Cuando vi a Leo por primera vez desde mi ventana supe que mi brazo se había roto. Había caído por las escaleras. Un tren se aproximaba por las vías. Y como yo estaba muy triste, supe que lo amaba.

—¿Eres albina? —preguntó Leo—. ¿Una albina de verdad?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy.

—¿De dónde eres? ¿Cuándo llegaste?

Leo no me dio tiempo de responder. Como mucha otra gente, se interesó sobre todo por mi apariencia.

—¿Sabías que en Tanzania los médicos brujos atentan contra los albinos?

—No. No lo sabía.

—Creen que las partes del cuerpo de los albinos traen buena suerte. En Tanzania los albinos tienen que esconderse —dijo Leo.

Tenía un ojo vago, así que me miró y luego se alejó y parecía que miraba por delante de mí y por fuera de la ventana.

—No. No sabía eso. No soy albina. Soy yo.

Leo entró en mi cuarto y se sentó en la cama. Cuando hablaba se retiraba de la boca la manga de la camisa. Al escuchar mis respuestas a sus preguntas, la mordisqueaba de nuevo. Acercaba y retiraba la manga.

Me percataría luego de que si las mangas izquierdas de todas sus camisas estaban gastadas e incluso algunas agujereadas era porque las roía con los dientes. Era un efecto secundario provocado por el Rivotril que tomaba contra la ansiedad.

—¿Es raro verse como te ves? —preguntó.

—No sé.

—Ven aquí y siéntate a mi lado —me ordenó—. Ven.

Lo obedecí y me senté junto a él en la cama.

—¿Que te ocurrió? —preguntó—. ¿Por qué estás aquí?

—No tengo a dónde ir. Acribillaron a mi madre. Está muerta.

Leo movió la cabeza.

—Sí, me imaginé que eso es lo que había ocurrido —dijo—. Yo también soy un tiro. Y también Helen.

Me pregunté qué pensaría si supiera que había una pistola debajo de mi almohada, ahí mismo, entre él y yo.

—Tengo diecisiete años. Bueno, casi dieciocho —dijo—. ¿Tú cuántos años tienes?

—Catorce. Casi quince.

—¿Qué me cuentas de tu padre? ¿Dónde está?

—No tengo padre. Nunca lo conocí.

Al estar sentados a la orilla de la cama, lado a lado, nuestras ropas se tocaron. Mi manga tocó su manga y supimos que eran nuestras pieles debajo de la tela las que se tocaban.

—¿Sabías que hay dos balas por cada persona en todo el mundo?

—dijo Leo.

—No. ¿Estás seguro?

—Lo sé. Lo leí. Todo el mundo lo sabe. Es un hecho —dijo.

—Entonces, de ser así, creo que mi madre fue acribillada con algunas balas que le pertenecían a otras personas.

Leo se me quedó viendo. Su ojo vago me miró las manos, que tenía cruzadas sobre el regazo. No supe si yo debía verle el ojo fijo o seguir la mirada del otro sobre mis manos.

Mi blusa siguió tocando su camisa y sentí la calidez de Leo a través del algodón.

—Te acostumbrarás a mi ojo —dijo—. Todos se acostumbran. Tenían que haberme hecho una operación años atrás, pero no me la hicieron. La gente con la que estaba viviendo había concertado una consulta pero luego la cancelaron y después me vine a vivir aquí.

De un modo monótono y mecánico, como decir las tablas de memoria, Leo me contó su historia. Un niño en un albergue cuenta su historia cientos de veces.

Mi madre acostumbraba a decir que algunas vidas pueden describirse en un libro y que otras necesitan una enciclopedia completa. Ella hubiera dicho que la vida de Leo sólo necesitaba una frase.

De modo que cuando Leo dijo que era hijo único y que su madre había matado a su padre y luego se había dado un tiro, bien pudo haber dicho dos más dos son cuatro, cuatro por cuatro dieciséis.

—¿Cómo ocurrió? —le pregunté.

Uno de sus ojos me miraba a la boca y el otro a mi ojo izquierdo.

—Cuando yo tenía cuatro años —dijo—. No recuerdo a mis padres. Sé que mi papá era médico y mi mamá, enfermera. Él era cirujano del corazón. Lo sé por mi expediente. Inventó algo para el corazón. Una válvula o un stent. Significa que seré rico cuando cumpla los dieciocho años.

—¿No tenías familiares? ¿Alguien que te recogiera?

Leo movió la cabeza.

—Ni un primo tengo —dijo—. Casi toda la gente tiene al menos un primo.

—¿Quieres ver mi cuarto? —me preguntó—. ¿Te gusta escuchar música? Ven, sígueme. ¿Sabes hacer origamis?

Se levantó y yo lo seguí rumbo a su cuarto, que estaba justo al otro lado del mío.

Tenía muchas cubetas atestadas de bloques para armar Lego y

montones de cajas con robots de plástico y proyectos robóticos. Había armado complejos robots de baterías así como helicópteros y varios cohetes y lo que llamaba una nave alienígena u objeto volador no identificado.

El cuarto estaba decorado igual que el mío salvo que estaba atiborrado con sus cosas y hasta tenía dos pósteres pegados a la pared. Uno era de un eclipse y el otro una fotografía muy grande de Albert Einstein.

—Pearl —dijo—. Si tengo algo que tú no tengas lo puedes tomar. No quiero que desees nada. Es horrible desear y desear. ¿Hay algo aquí, entre mis pertenencias, que quieras? Lo que es mío es tuyo.

Me miró directamente a los ojos.

Cuando dijo: “Lo que es mío es tuyo”, sus disparejos ojos se alinearon.

Él podía ver al severo y estricto soldado que me controlaba las lágrimas.

Podía ver la fuente de donde surgía mi amor a primera vista por él.

Yo sabía que no me retaría a hacer algo porque lo haría.

Yo sabía que él no era una poderosa bandera blanca de cese al fuego, sino que lo habían tenido que restaurar con cinta adhesiva Scotch y con algunas grapas y con pegamento.

Mi madre me había enseñado todas las canciones de amor y me seguirían a todos lados. Ella hubiera dicho: “Todas estas canciones son el coro de tu vida”.

Yo estaba cantando: *entrega es sólo una palabra, mi palabra.*

22

Helen era más pequeña parada junto a mí de lo que parecía cuando la vi al asomarme por la ventana. Yo sabía que tenía ocho años, pero parecía de cinco.

Helen sonreía. Olía a malvaviscos quemados. Yo reconocía muy bien ese olor. En el carro, puesto que no teníamos estufa o chimenea, acostumbrábamos quemar malvaviscos con un encendedor.

Helen hablaba sin parar. Tardé sólo unos minutos en darme cuenta de que no tenía ni idea quién era o de dónde venía. Dijo que tenía una mamá blanca y una mamá negra. Enseguida dijo que tenía diez hermanos y once hermanas. Dijo que vivía por aquí y por allá cerca de una playa y cerca de un parque. Era de Etiopía y de Finlandia. Había nacido en una casa. Había nacido en un hospital. Tenía un hermano y una hermana y dos hermanas gemelas. Había estado con familias católicas, mormonas y en hogares cuyas familias eran testigos de Jehová.

Helen era el ejemplo típico de los niños de albergue: demasiados hogares, demasiada gente, demasiados cambios. Nadie le había enseñado a no arrancarse las costras. Nadie le había enseñado a jalarse los dientes de leche con un hilo.

Había estado en casas en donde sólo le daban de comer cereal. La habían enviado a casas en donde tenía que reutilizar el hilo dental y las bolsitas de té y donde le daban un cuadrito de papel higiénico por día. La habían mandado a casas en donde dormía en el piso de un pasillo.

Con frecuencia hablaba de ella misma en tercera persona. Nadie la corregía.

Helen decía:

—Helen no tiene sabor a maple. Helen siempre sueña con Navidades blancas en Florida y no bebe suficiente agua. A Helen le gustan los besos en la frente. A veces quiere dormir para siempre y no

le preocupa quedar embarazada. Helen se siente mejor después de que se baña y sabe que si tú traes bichos en tus ropas debes ponerlas en el microondas. Así se acaba con los bichos, incluso con los bichos de cama.

Leo aceptaba oír su parloteo y yo terminé haciendo lo mismo. No había manera de seguirla y encontrarle sentido a su vida.

Leo dijo:

—Muéstrale a Pearl tu colección de teléfonos.

Helen fue a su cuarto y regresó en un minuto con una bolsa de plástico de supermercado y vació su contenido en el suelo. Tenía por lo menos diecisiete teléfonos y cargadores en la bolsa.

—En cada albergue temporal al que va, le dan un teléfono y le dicen que se mantenga en contacto —dijo Leo—. Tiene tantos que Helen no sabe si funcionan o a qué casa albergue pertenecen. Le prometí que intentaría clasificarlos.

—Sí —dijo Helen—. Éstos son teléfonos de todas las casas de Helen.

—¿Qué harás con ellos? —le pregunté.

—Sólo llamarle por un teléfono a la gente de su familia y ya, por supuesto, a sus amigos Lulu, Gina y Romey —dijo Helen—. Ella quiere llamarles a sus mejores amigos para hablar de cosas como, ya sabes, ¿te gustan los gatos? Preguntas de ésas. A mucha gente le gustan los gatos. Son lindos. Suaves.

A Helen le gustan mucho.

—Voy a intentar desenredarlos —dijo Leo—. Primero tenemos que cargarles batería. Pearl nos ayudará.

Al poco rato, Leo empezó a mordisquearse la manga mientras veía el entramado de cables y múltiples cargadores.

—Sí, por supuesto, ayudaré —dije.

Helen gateó hasta donde yo estaba sentada en el piso y se sentó cerca de mí. Se restregó la frente en la parte superior de mi brazo.

—Oye —dijo Helen—. Hueles a insecticida.

Yo todavía olía al Mercury. El insecticida Raid se me había adherido a la piel.

Tal vez estas conversaciones ocurrieron a lo largo de varios días. No me acuerdo. Sólo dos cosas tengo por seguro que ocurrieron el primer día. Encontré a Leo y también supe que no me tendría que preocupar por cigarros.

En la cena de aquella primera noche, el señor Brodsky dijo:

—Pearl, has estado fumando, ¿verdad?

—Sí.

—Lo huelo.

—Sí, sí —respondí, pues nunca he sido mentirosa. No fui educada para engañar. Mi madre decía que un mentiroso nunca se recupera, nunca mejora, nunca se rinde, si veía a mi alrededor vería que no había método de AA para los mentirosos.

—¿Fumas mucho? —preguntó el señor Brodsky.

—Siempre que puedo.

—No te preocupes —dijo el señor Brodsky—. Si quieres cigarros yo te los doy. Eres una pequeña cuya madre acaba de morir, así que si quieres cigarros los tendrás. ¿De qué marca te gustan?

—Camel.

—Que sean Camel —dijo.

El dios del cigarro se estaba manifestando.

23

La primera noche en el albergue temporal, aventaron piedras a mi ventana. Un arcoíris nocturno se arqueó en el cielo. Cayeron balas en lugar de lluvia y los fantasmas de los indios deambularon por el jardín, debajo de los árboles. Aprendí la lección. Éste es el tipo de sueños que se sueña cuando se duerme con una pistola debajo de la almohada.

A la mañana siguiente me despertó el alboroto de Leo, Helen y el señor Brodsky preparándose para salir. El señor Brodsky le estaba ayudando a Helen a arreglarse el cabello. Lo oí preguntarle que de qué color quería los broches.

Apenas ayer me había levantado en el carro con mi madre. Apenas ayer nos habíamos despedido cuando me fui a la escuela. Ella se había apoyado en el Mercury en su camisón color lavanda cuando me fui. El basurero detrás de ella ya no era una montaña blanca cubierta de granizo.

Las últimas palabras de mi madre fueron:

—¿Sabes?, Pearl, cuando yo tocaba el piano ahí estaba Dios como una sombra.

Ahora sonaba a presagio y quizá las últimas palabras de cada persona tendrán su importancia. Son el punto final de la vida.

Cuando oí que el carro del señor Brodsky se alejaba con Leo y Helen, salí de puntillas de mi cuarto para hacer un recorrido de campo por la casa.

La recámara de Leo estaba entreabierta y eché un vistazo a su interior.

La cama no estaba tendida y estaba revuelta. La almohada aún conservaba la forma de la cabeza de Leo y el cubrecama, la forma de la silueta de su cuerpo.

Me acerqué y me metí debajo de las sábanas y puse mi cabeza donde había estado la cabeza de Leo. Puse mi mejilla en la hueca

marca de su mejilla.

La tibieza de su cuerpo yacía aún adentro de las sábanas, que me envolvieron y me calentaron las piernas y la cintura. Me escondí muy por debajo de ellas y aspiré el olor de su cuerpo de jovenzuelo.

Puse mi mano debajo de su almohada. En el frío algodón encontré una redonda y endurecida bola de chicle. Ahí estaba, como una perla. Me la llevé a la boca para saborearlo a él. Todavía le quedaba un tenue sabor a menta.

Me acosté en la cama de Leo como si me acostara adentro de él.

Prorrumpí en una tormenta de lágrimas porque había perdido a mi madre, porque un arma había matado sus palabras y porque todo esto no aparecía en el Libro de la Vida del Cordero.

24

Dos días más tarde vino un detective a interrogarme por la muerte de mi madre.

El señor Brodsky nos dejó sentarnos en su estudio.

El detective era negro y tenía el cabello rizado y canoso. Tenía piel morena clara cubierta de pecas y de diminutas y oscuras verrugas. Tenía ojos café claro y caídos.

Sonrió con la boca cerrada. Había aprendido a nunca mostrar sus dientes a una niña asustada.

—Lamento la pérdida de tu madre —dijo. Yo supe que aquellas palabras las había dicho muchas veces antes porque sonaban a una oración aprendida de memoria—. Lamento lo de tu madre —dijo de nuevo—. Y sabes que queremos entender qué ocurrió realmente. ¿Te molestaría hablar conmigo?

—No —respondí—. No me molesta. La trabajadora social me dijo que usted vendría.

—Así es —dijo—. ¿Así que conocías al chico que le disparó a tu madre?

—Sí.

—Estás segura.

—Sí.

El detective sacó una fotografía de entre unos papeles que puso en la mesa que había entre nosotros.

—Lo siento —dijo—. Pero podrías ver su cara para cerciorarte.

Vi la fotografía del Señor No Regreses. Era una de esas fotos de graduación de la preparatoria. Traía puesto su birrete con la borla de un lado.

Cuando vi su cara, me acordé de cómo hablaba mi madre de él. Decía que era tierno y que andaba extraviado, pero que ella sabía también que él era un fuego artificial con el que te podías quemar los dedos.

—Sí —dije—. Lo he visto. En una ocasión se quedó con nosotras durante dos noches. Era un fugitivo.

—Bien —dijo el detective y deslizó la fotografía al montón de papeles—. ¿Sabes de algún motivo que pudiera haber tenido para que quisiera matar a tu madre?

—No —dije.

—¿Qué me dices de los mexicanos? —preguntó.

—¿Corazón y Ray? Viven en el campamento. ¿Se refiere a Corazón y Ray?

—Sí. A esos dos. ¿Andaban en algo sospechoso?

—No. ¿Qué quiere decirme?

—¿Vendían? Ya sabes: heroína. La traían desde México.

—No. No sé nada de eso.

—¿Estás segura? ¿Andaba mucho Ray por ahí?

—No. No mucho. Todo el tiempo iba y venía de México.

—Ahora —prosiguió el detective—. Me gustaría que habláramos de Eli Redmond. ¿Te importa si platicamos de él unos minutos?

Cuando el detective dijo el nombre de Eli, pude escuchar a mi madre adentro de mí, dijo: "Oh, cariño, cariño, hay palabras tan filosas que te puedes cortar con ellas".

—Para tu madre, ¿quién era Eli?

Pude oír la piedra para afilar afilando y puliendo. El nombre de Eli. Me asomé por la ventana hacia el jardín. No quería mirar a los ojos amables y dóciles del detective, que se parecían a los de un ciervo o a los de un conejo.

—Era su novio, supongo.

—¿Sabías que él vendía armas?

—No. Eso no. No. Le ayudaba al pastor Rex a retirar las armas de la calle. Compraban armas.

—Bueno —dijo el policía—. Sí, es cierto.

Se estiró para acercarse y me puso su mano en el hombro. No fue un contacto sutil. Me apretó con fuerza.

—Escucha —dijo—. Interrogamos a Eli después de que mataron a tu madre, pero ahora no podemos dar con él. Si lo ves o si te llama, por favor, avísanos.

—Sí —dije—. No creerán que Eli mató a mi madre, ¿o sí?

—No. No. Por supuesto que no. Y ahora sabemos que el muchacho estaba loco. Tenía un historial de paranoia. Y con las armas uno siempre está en el lugar equivocado y en el tiempo equivocado.

El policía se puso de pie, sacó su cartera y me dio su tarjeta.

—Llámame —dijo—. Si recuerdas algo házmelo saber. Como ya dije antes: lamento tu pérdida. A Eli Redmond se le busca en cinco estados de este país.

—¿Por qué?

—Por matar a un policía. Por robo armado. Por usurpación de identidad. Lo que se te ocurra. Y puedes estar segura de que no se llama Eli Redmond. Es un mentiroso.

Mi madre lo sabía. Recordé el día en el carro cuando la encontré en el asiento trasero y con los zapatos puestos. Dijo que no podía ver en el interior de Eli. El vidrio de la ventana de aquel hombre necesitaba una lavada.

25

Aquellas mañanas después de que Leo, Helen y el señor Brodsky salían de la casa, yo me metía en la cama de Leo.

Cada noche Leo se iba a dormir en mis lágrimas de acribillaron-a-mi-madre-y-la-mataron.

Cada día, sola en la casa, iba de un lado a otro y abría cajones, subía y bajaba las escaleras y me recargaba en las paredes. Usaba la casa como si fuera un vestido.

Encontré en la cocina una caja a medias de cubitos de azúcar Domino. Esto hubiera puesto feliz a mi madre. Me los comí todos en una mañana.

El señor Brodsky llevaba a Helen y a Leo a la escuela y después se iba a trabajar. Más tarde me enteré de que estaba retirado y hacía labores de beneficencia en una sinagoga cercana.

Leo tenía dos años con el señor Brodsky y Helen, seis meses. No era algo común, porque se suponía que el señor Brodsky ofrecía acomodo temporal para casos de emergencia antes de que a los niños los llevaran a una casa de adopción permanente. Leo me aclaró que en cuanto el señor Brosky cumpliera los ochenta años, para lo cual faltaban sólo unos meses, a nosotros tres nos reacomodarían debido a su edad.

Poco después de que yo llegara a la casa del señor Brodsky, estaba yo un día junto a la ventana, prendiendo un Camel, cuando vi llegar un carro que se estacionó a la entrada de la casa. Era el de la trabajadora social. Miró hacia lo alto y yo me retiré de inmediato de la ventana, pero ya me había visto.

Arrojé el cigarro prendido a un vaso de agua que había junto a mi cama y me quedé cerca de la ventana. La puerta del carro se abrió y se cerró. Oí las pisadas de la mujer mientras se dirigía a la casa.

Tocó el timbre.

Me iban a llevar a otro albergue. Lo sabía. Me quise esconder

debajo de la cama. Quise huir. Me quise encerrar con llave en el cuarto.

Leo y Helen habían dicho que lo peor de ser un niño de albergue temporal era que lo movieran a uno de una casa a otra y de una escuela a otra.

Helen decía:

—Cuando vas, ves, no tienes mamá, la ropa de todos se revuelve. Los demás niños se ponen tu camiseta o crees que es la tuya pero no sabes si no tienes a mamá para que te lo diga. Había una niña, la niña que siempre me estaba rascando, ella se llevó mi suéter y dijo que era suyo pero no había mamá para decirle que era el suéter de Helen.

Leo había estado en una casa de albergue temporal en donde un chico mayor le daba golpes a todas horas. Leo acostumbraba a meterse toallas en la cintura de sus pantalones y adentro de las mangas para que no le dolieran tanto.

Leo decía:

—Cuando eres un niño de albergue temporal y tienes fiebre, nadie te toca la frente para medirte la temperatura. Lo que hacen es darte un termómetro.

El señor Brodsky era el mejor padre temporal que habían tenido. Helen decía que Leo se mordisqueaba las mangas porque le daba miedo dejar al señor Brodsky. Leo decía que Helen se mecía porque no quería dejar este hogar. Se conocían mejor que si fueran hermano y hermana.

Después de pasar tiempo con Leo y con Helen y escuchar sus historias, juré que me escaparía antes de que me llevaran a otra casa de albergue temporal.

La trabajadora social tocó de nuevo el timbre.

Bajé las escaleras y abrí la puerta.

La trabajadora social llevaba puesto el mismo traje de la semana anterior.

La puerta de entrada dejó pasar los olores del jardín. El aroma de las flores de magnolia, de las rosas y del pasto mojado inundó la casa.

La trabajadora social traía una caja en las manos y un sobre de papel manila amarillo debajo de un brazo.

—¿Has hablado estos días? —preguntó.

—Sí.

—¿Te llevas bien con los otros tiros?

—Sí.

—¿Sabe el señor Brodsky que fumas? ¿Dónde consigues los

cigarros? Tengo que poner eso en un reporte.

—No, él no sabe que fumo —respondí—. Son míos. Ya los traía cuando llegué aquí.

—Bueno, lo voy a poner en el reporte. Podrías quemar esta casa.

—Ya no fumaré —dije—. Lo prometo.

—Los adictos siempre dicen lo mismo. ¿Sabes cuántos niños como tú me prometen que van a dejar las drogas, como la mariguana o la heroína? ¿Eh? Seguro que dejas los cigarros. ¿Crees que te creo? Lo voy a poner en el reporte. Es contra la ley que fumes.

—Ya no lo haré —dije de nuevo—. Lo prometo.

—Escucha —dijo—. Quizá ni debas molestarte en desempacar. Supe que te llevarán a otro albergue temporal en un mes. He visto la documentación. No te pongas demasiado cómoda.

No le respondí.

—Toma —dijo la trabajadora social—. Esto es tuyo. Me dieron estas cosas para que te las diera. Toma.

La caja pasó de sus manos a mis manos.

—No —dije—. Se ha equivocado. Esta caja no es mía. Nunca antes la había visto.

—Esto es también para ti —dijo, y colocó el sobre manila en la mesa del pasillo—. Es el informe del forense. La policía dijo que te entregara estas cosas.

—¿Qué es? —pregunté de nuevo.

—Escucha, Pearl —dijo—. Me tengo que ir. Seguiré en contacto. Lamento todo esto. Creo que la policía cometió un error. Se supone que no deberías tener estas cosas hasta que cumplieras dieciocho años, pero ¿quién soy yo para meterme en un pleito con la policía? Obedezco órdenes. No estoy aquí para cuestionar.

Bajé la vista hacia la caja.

—Esa caja contiene las cenizas de tu madre, así que ten cuidado —dijo.

No le respondí.

Salió del recibidor y cerró la puerta tras de sí. El dulce aire del jardín se fue con sus pisadas.

Si Noelle hubiera estado aquí, hubiera dicho: “Los errores y las muertes llegan de tres en tres”.

Si April May hubiera estado ahí conmigo, hubiera dicho: “Vamos y lo tiramos todo en un río. No puedes andar por el mundo con esa caja”.

Si mi madre hubiera estado conmigo hubiera dicho: “Ve y sueña

que aún sigo viva. Toma una siesta, mi niña".

El sobre manila contenía el pequeño anillo con un ópalo del señor Rodrigo, el maestro de piano, que le había regalado a mi madre. Me lo puse en el dedo, y al hacerlo me vestí con todas las supersticiones cubanas.

El sobre también contenía las balas.

El forense y la policía me habían enviado aquellas veinte balas como si le pertenecieran a mi madre pues las habían encontrado en su cuerpo. Era como si fueran joyas. Las balas eran mi herencia.

26

Varias semanas antes de mi llegada el señor Brodsky había planeado llevar a Helen y a Leo a visitar el museo de un circo, que estaba en Sarasota a sólo una hora en carro desde la casa. Brodsky dijo que no tenía que ir pero que era bienvenida si iba con ellos.

—Tienes que venir —dijo Leo, así que fui.

Leo se sentó en el asiento del copiloto y yo en el asiento trasero con Helen, que no paró de hablar en todo el trayecto.

—¿Por qué nos interesa hacer preguntas? —dijo Helen—. Es muy sencillo. ¿Acaso no quieres saber por qué se eleva un papalote? ¿O si el negro es un color y el blanco otro?

¿Y qué pasa con la primera pregunta? ¿Quién la pensó primero? ¿Y qué tal esto? ¿Alguien durante la noche ha oído pisadas afuera de su cuarto y enseguida se da cuenta de que son los latidos de su corazón? ¿Alguien más confunde los latidos del corazón con las pisadas?

El señor Brodsky, Leo y yo la dejamos hablar. Helen nunca buscaba conversar.

El Museo Ringling se hallaba en un enorme palacio rosa construido por uno de los hermanos Ringling, que había hecho su fortuna con el circo. El edificio, que era una copia de un palacio veneciano, albergaba también una gran colección de arte.

Adentro, Leo, Helen y yo caminamos juntos. Veíamos los pequeños carros de los payasos; los vagones; el maniquí de una mujer en zancos, cuya cabeza llegaba hasta el techo; cañones que disparaban a gente en el aire, y escaparates con trajes de circo.

Había una maqueta de un circo en miniatura hecha con cientos de piezas. Recreaba lo que había sido el circo cuando se trasladaba en tren por todo el país. La maqueta se exhibía en mesas cubiertas de fieltro verde. Era tan completa que incluso tenía pabellones para médicos y peluqueros. Las reproducciones de las ruedas de la fortuna y los carruseles estaban alambrados eléctricamente para que

funcionaran y los hicieran dar vueltas y vueltas. Esto es lo que más le gustó a Helen, pues todo era del tamaño de una casa de muñecas y hasta tenía gente y animales del circo en miniatura.

Leo se mantuvo todo el tiempo al lado mío porque los dos sabíamos que caminar cerca de alguien a quien amas nunca dura.

Se interesó más en los carteles de la exagerada propaganda. Nos enteramos que eran de los espectáculos gratuitos

que se ofrecían afuera del circo para atraer a la multitud y que se conocían como espectáculos de monstruos. Debajo de las palabras “Impresionante” y “Asombroso” había unos dibujos del Hombre Rana, la Mujer Pájaro, la Mujer Barbada y el Torso Humano, que era un hombre sin brazos y sin piernas. El Avestruz Humano era un hombre que podía tragar de todo, incluidas bombillas eléctricas y navajas. El Alfiletero Humano era un acto en donde el ejecutante se clavaba en su carne alfileres de sombreros, brochetas metálicas y agujas.

El Tragaespadas, que se tragaba no sólo espadas, hipnotizó a Leo. El ejecutante ingería matamoscas, tubos de neón, fusiles y ganchos para colgar ropa.

En una pared había un cartel de los gemelos siameses. Me detuve y observé las imágenes de los siameses originales llamados Chang y Eng.

—Yo he visto gemelos siameses de verdad —le dije a Leo—. Eran caimanes. Nacieron a la orilla de nuestro río.

Al ver las caras asiáticas de Chang y Eng Bunker, que estaban unidos por el pecho, recordé el día que mi madre y yo habíamos ido agarradas de la mano al río para ver las crías de caimanes. El hedor del basurero me vino a la memoria, junto con el recuerdo de las nubes de luciérnagas azules y amarillas que moraban cerca de nuestro río. Me dio gusto que mi madre no estuviera aquí porque yo sabía que la habilidad que tenía para ver el dolor de la gente y el espectáculo de monstruos eran una combinación desafortunada. Yo, que había heredado ese rasgo, me tuve que quedar de pie con los ojos cerrados frente a casi todos los carteles de monstruos.

—¿Por qué no miras? —me preguntó Leo.

Él aún no sabía todo sobre mí.

Al señor Brodsky le gustó la reproducción de una pintura de Tom Thumb y su esposa de cuando asistieron a una recepción oficial en Londres; aparecían de pie como un salero y un pimentero encima de una mesa, él con frac y ella con vestido de noche.

En la tienda del museo vendían postales de la imagen.

—Niños, ¿les gustaría una postal? —preguntó el señor Brodsky.

Cuando nos llamó niños a los tres sentimos que éramos parte de una familia y que nos querían. Aquella palabra era una cobija que nos arropaba.

De vez en cuando, el señor Brodsky decía algo importante que yo quise recordar, pero siempre empezaba con la palabra “niños”.

Una vez en la cena dijo:

—Niños, la muerte es el lugar de lo desconocido pero deben saber que lo desconocido también está en la Tierra.

—Por supuesto que lo sabemos, señor Brodsky —respondió Helen —. Todo el mundo lo sabe. Para nada es una nueva idea.

En el camino de regreso a la casa, nos quedamos callados adentro del carro. Leo, Helen y yo habíamos hecho un paseo de sábado por la tarde. Íbamos en un carro de regreso a casa para comer hamburguesas y helados en cono. Aquella noche nos iríamos a dormir en habitaciones con camas que tenían sábanas de algodón.

Leo, Helen y yo íbamos callados en el carro camino a casa porque nos encontrábamos en el sueño perfecto de la infancia, con compañerismo y protección.

Y en esa tarde el sueño existía en el mundo real. Sabíamos que por un día habíamos cruzado del sueño a la realidad.

27

Elegí la tierra de debajo del árbol de magnolias.

—Sólo sé hacer un entierro judío —dijo el señor Brodsky—. Es el Chesed Shel Emet. Éste será tu último acto de amabilidad hacia tu madre.

El señor Brodsky me dio dos palas y un pequeño rastrillo y le dijo a Leo, a Helen y a mí que fuéramos al jardín y que caváramos un hoyo profundo y lo suficientemente grande para meter la caja con las cenizas.

—Pearl —dijo el señor Brodsky—, enterrar a alguien se considera el más grande acto de amor.

Los tres salimos al jardín. El cielo era de un azul profundo surcado por las largas estelas blancas de los aviones. Los listones blancos aparecían y desaparecían por encima de nosotros.

Nos acuclillamos alrededor del árbol de magnolias. Le pasé el rastrillo a Helen y la pala a Leo.

—Ustedes dos empiecen —les dije.

—Creo que éste es un buen lugar —dijo Helen—. Así siempre sabrás dónde está ella.

Helen no tenía ni idea en dónde estaban enterrados su madre y sus dos hermanos. Un francotirador que había disparado al azar en un parque había matado a su familia. Había salido incluso en las noticias, me contó Leo. Él había leído todo al respecto. El francotirador traía muchas armas. Había matado a catorce personas antes de que la policía lo abatiera.

A Helen no le habían disparado pues estaba adentro de un carrito para bebés, y por ello se encontraba en albergues temporales desde entonces. Sabía que su familia había sido de Miami e insistía en que se acordaba de ellos y que sabía cómo eran físicamente, pero Leo y yo sabíamos que aquello era imposible. Helen tendría acceso a las pertenencias de la familia cuando tuviera dieciocho años y esperaba

que entre ellas hubiera fotografías.

Leo y Helen comenzaron a cavar.

—Pero entonces, ¿cómo era ella, tu madre? —preguntó Helen al tiempo que sostenía el rastrillo en su pequeña mano y comenzaba a arañar la parte superior de la tierra llena de hierba de la tumba de mi madre.

Me acosté en el césped a un lado del árbol y miré al cielo, hacia las rayas dejadas por los aviones.

—Era sólo una madre. Ya nadie más me conoce —respondí.

—A mí nadie me conocía —dijo Helen—. ¿Tu mamá era bonita?

—Tocaba el piano. Sabía hablar francés.

—¿Se parecía a ti?

—Un poco, pero no era tan pálida como yo.

—¿Conocías al hombre que la mató?

—No. Era un desconocido.

No iba a llenarle la cabeza a Helen con información sobre el Señor No Regreses. Agarré una pala.

—¿Entonces qué significan esas palabras, qué significan realmente las palabras “albergue temporal”? —preguntó Helen.

No podía parar de hablar.

—¿Albergue temporal? —dijo—. ¿Cuidado tutelar? ¿Qué es albergue? ¿Qué es esa palabra? ¿Qué significa “albergue”? No lo entiendo.

Después de un rato, el señor Brodsky salió con un mantón en los hombros. En las manos traía la caja con las cenizas de mi madre y un libro de oraciones. Traía también dos pequeños kipás color azul oscuro para Leo y para él.

Helen, Leo y yo nos quedamos alrededor de la pequeña tumba en el jardín mientras el señor Brosky colocaba la caja adentro del agujero recién cavado. Después nos turnamos para arrojar puñados de tierra encima de la caja mientras que el señor Brodsky leía una oración en voz alta.

Dijo:

—Que lo elevado y lo sagrado sea el gran nombre de Dios en el mundo que Dios creó, de acuerdo a su plan. Que la majestad de Dios se revele en los días de nuestra existencia y en la vida de todo Israel, que sea rápido, inminente ante lo que decimos, amén.

Una vez que enterramos la caja, Helen dijo que teníamos que comprar flores para plantarlas ahí.

—¿Quieres decir algo? —me preguntó el señor Brodsky.

Negué con la cabeza, pero dentro de mí yo estaba escuchando las canciones, las canciones de mi madre, el coro de las canciones de mi vida.

Tras el funeral, Helen y el señor Brodsky regresaron a la casa. Le daba tutoría en matemáticas los fines de semana. Ella saltaba en círculos alrededor de él al caminar. Pudimos oír su parloteo sin fin mientras se alejaban. Helen preguntaba:

—¿Usted cree en el cielo, señor Brodsky, caballero? Yo sí. Tiene que haber. Tiene que haber. Si no fuera así, ¿para qué hay cielo, caballero? ¿Por qué?

—Vamos a la casa de juguete —dijo Leo.

Yo nunca le decía que no. Amarlo significaba decirle sí.

La casa de juguete estaba hecha de madera y pintada de blanco y tenía dos ventanas. Adentro tenía una sala con dos sillas pequeñas tamaño infantil y una cocina con muebles hechos de madera. Los quemadores de la estufa estaban pintados de rojo para que pareciera que estaban prendidos. La casa de juguete tenía también un pequeño baño y una recámara con una sola cama. Tanto la cocina como el baño contaban con agua potable.

Leo y yo nos lavamos las manos en el pequeño fregadero de la cocina para quitarnos la tierra de la tumba de mi madre y nos las secamos sacudiéndolas en el aire.

A un lado del fregadero había dos latas de atún, una rebanada de pan a medio comer y un pequeño frasco de mayonesa. Había también dos pequeñas cajas de Corn Flakes.

En el baño había un cepillo dental y un tubito de pasta.

—¿Crees que alguien viva aquí? —le pregunté a Leo.

—No. Es Helen. Le gusta venir aquí y trae estas cosas —dijo—. Cree que la casa de juguete es suya. Yo nunca vengo.

Leo y yo nos acostamos en la cama de la casa de juguete. Era pequeña, por lo que no podíamos estirarnos por completo y teníamos que levantar las rodillas.

La luz del día entró por la ventana y calentó nuestros cuerpos.

Apoyé mi cabeza en el pecho de Leo y escuché el latido de su corazón debajo de su camisa de algodón color azul. Dos botones de plástico me marcaron la mejilla.

Dijo:

—Me encanta pensar en el espacio.

—¿Como en qué? —le pregunté.

—En todo lo que ha sido descubierto. El Big Bang, las nuevas

galaxias, todo eso. El Universo.

—Aquí se siente calientito —dije—. ¿Se pueden abrir estas ventanas?

—No. No se abren.

Y nos quedamos dormidos en nuestra casita, en nuestra camita debajo de una ventanita.

En mi sueño la casa de juguete se despegaba de la tierra. Flotaba en el aire hacia el horizonte y más arriba nuestra nueva jubilosa tristeza.

28

Por la tarde, después del funeral de mi madre, fui al estudio del señor Brodsky. Estaba sentado a su escritorio leyendo el periódico. Tenía la computadora prendida y la luz que salía de ella le iluminaba la cara.

—Dame un minuto —dijo—. Quiero terminar esto.

Mientras continuó leyendo, anduve por la habitación y vi las fotografías que había en las mesas, en los libreros y las que colgaban de la pared. El estudio era como un museo de fotografía.

El señor Brodsky cerró el periódico y volteó a verme.

—Hay muchas fotografías —dije—. ¿Conoce a toda esta gente?

—Sí, son de mi familia. Algunas son muy antiguas, de Odessa, en Ucrania. Algunas son de Berlín. Ya debería deshacerme de ellas —dijo —. Lo he venido pensando.

—¿Por qué?

—Una de las cosas más problemáticas de las fotografías antiguas es que uno sabe lo que ocurrió posteriormente. Es como si al mirar la foto y le dieras zoom, como en las películas, supieras lo que está por ocurrir.

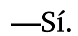
El señor Brodsky se puso de pie y se acercó a donde estaba yo. Cogió la fotografía que yo miraba.

—Pues bien —dijo—. Aquí está esta foto con mi padre y nuestra nueva mascota. Tengo cinco años de edad. Me veo feliz con el perro. Pero sé que poco después él tendrá que matarlo porque aprendió a atraer a los pollos a un rincón para comérselos. En esa foto feliz, no conocíamos la película que estaba por estrenarse. Pero ahora cuando la veo, sé que todo saldrá mal con ese perro.

—Yo no tengo fotografías. Bueno, necesito buscar en las bolsas de mi madre. Quizás encuentre algunas —dije.

—Ya aprenderás. Verás la fotografía feliz y luego, en tu mente, verás la película que se proyectará después.

—¿La muerte?



—Sí.

—Entonces no existen fotografías felices.

—Creo que no. No.

29

A sólo tres semanas de que me dejaran en la casa del señor Brodsky, oí que tocaron el timbre de la puerta de entrada. Lo primero que pensé fue que la trabajadora social había venido para llevarme a otro albergue temporal. Todos los días lo temía.

Estaba sola en el sótano lavando la ropa. Era una tarea que el señor Brodsky me había encargado, pues le gustaba que todo el que estuviera en su casa cooperara con algo.

Me gustaba sentarme en el tibio sótano y ver la redondeada ventanilla de la lavadora. Ahí, en el mar azul con jabón Tide y agua, veía mi ropa mezclada con la ropa de Leo, durante el lavado, cuando se enjuagaban y se exprimían, en el ciclo del centrifugado. Cuando pasaba la ropa a la secadora, nunca desanudaba mis blusas que se enredaban con sus camisas. Le doblaba la ropa con cuidado, se la planchaba con las manos, para que al menos hubiera devoción en la ropa que sostenía su cuerpo.

Subí las escaleras y abrí la puerta.

Era Corazón.

Abrió los brazos y me abrazó y me apretó fuerte como si yo fuera su niña extraviada.

Dijo:

—Mi niña, pobrecita, mi nena.

Pero me aparté de ella, porque yo no era suya y sabía que no le pertenecía a nadie. No había consuelo más allá de la ropa tibia. La gente que me tenía lástima iba a provocarme ganas de escupir.

Cerré la puerta de entrada y conduje a Corazón a la cocina.

—¿Cómo me encontraste? —le pregunté mientras ella se sentaba en una de las sillas del redondo desayunador.

Corazón iba muy arreglada, como siempre. Hasta traía pestañas postizas. Traía pintadas de rojo sus falsas uñas largas y en el centro de cada una, un punto blanco. Traía rayitos rubios en su negra cabellera

y labial rosa claro.

Corazón dijo:

—Mi niña, vengo para sacarte de este horrible lugar. Esta casa, ella, no es para ti.

—¿Cómo me encontraste?

—Muñeca, vámonos a ver la tumba de Selena. Tenemos que ir y llevarle flores. Mataron a tu mamá como mataron a Selena. No me digas que es una coincidencia.

Corazón se estiró para tomarme la mano por encima de la mesa y sostenerla entre las suyas, pero yo me retiré y me las metí en los bolsillos de mis pantalones. Que mi madre estuviera muerta no significaba que necesitara que me tomaran de la mano para cruzar la calle.

Corazón se reclinó hacia atrás en la silla y me miró como si me fuera a tomar medidas para un vestido. La cinta métrica estaba en sus ojos.

—Pearl, fue un amor armado. Eso es lo que el hombre sentía por tu madre. Compró la pistola sin siquiera saber que era para ella hasta que vio a tu madre. Así que debes tomarlo como un sacrificio. La vida está siempre a orillas de la muerte. Fue un buen día para morir. Dios lo sabe: "Escucharé y seré escuchada, seré lastimada y lastimaré, seré salvada y salvaré". Tengo los pasajes para Texas. Vamos a ir a Corpus Christi y llevaremos flores a la tumba de Selena. Tú vienes conmigo.

—Sí —dije.

—Sabía que no te negarías.

Mientras Corazón hablaba, me di cuenta de que preferiría salir corriendo con ella a que me trasladaran a otro albergue temporal. Era sólo cuestión de días. No me iba a convertir en Helen o Leo y marchar en ninguna banda por nadie.

Miré a Corazón y vi mi camino de escape lejos de la cadena de margaritas que eran los albergues temporales.

La Estrella del Riesgo brillaba por encima del albergue.

—¿Dónde está Ray? —le pregunté a Corazón.

—Ese estúpido de Ray. Desapareció. Es muy flojo. Tan endemoniadamente perezoso, que cuando va a cortar naranjas yo ya me tomé el jugo. ¡Entiendes! Y Eli y el pastor Rex, esas dos ratas, se fueron antes de que se llevaran a tu madre. Todavía estaba tibia, casi viva, como te podrás imaginar. Bueno, como una rosa está viva en un florero. No realmente.

—¿Cómo me encontraste?

—Escucha, Perlita, yo siempre digo: Si Ray muere esta noche, me tomaré el tiempo para llegar hasta ahí y despedirme de él. ¡Que espere mis lágrimas!

—¿Cómo me encontraste?

—Noelle me informó. La trabajadora social le contó a su mamá en dónde estarías las siguientes semanas en caso de que apareciera alguien buscándote, fuera una tía o un primo.

—¿En dónde estás viviendo? —le pregunté.

—He pasado las últimas noches, todo el fin de semana, durmiendo en esa estúpida casa de juguete del jardín y comiendo atún en lata. Ese hombre nunca se iba de la casa, así que no podía venir a verte.

Me quedé callada un minuto. Vi a Corazón y supe que todo lo que decía era cierto. Ella no me entregaría al destino de los Estados Unidos de América. Corazón apostaba por el amor de los mexicanos.

—Quizá sea mejor que vivir en un carro —dije, y sonreí.

—Yo no sé cómo Margot y tú sobrevivían de ese modo. Bueno, ella no sobrevivió.

Corazón me contó que en el campamento seguían viviendo casi todos, a excepción del pastor Rex y Eli. Dijo que el día que mi madre había sido asesinada los dos desaparecieron y no habían vuelto.

—¿El pastor Rex? —le pregunté —. ¿Él por qué se fue?

Y Corazón me contó todo.

—El pastor Rex, bueno, quién sabe si de veras será pastor —dijo—. Yo lo dudo. Él, Eli y Ray habían trabajado durante años en el sur de Texas y en Florida consiguiendo armas para venderlas en México.

No me sorprendió, porque ya no había sorpresas dentro de mí. Se me habían agotado.

También me contó que a dos días de que yo me fuera, nuestro carro había sido retirado del estacionamiento de visitas.

—Fue muy rápido —dijo Corazón—. Todo de repente desapareció.

Me pregunté a dónde se lo habrían llevado.

—Después de que se llevaron el carro, todos anduvieron por ahí, paseando por donde había estado estacionado —dijo Corazón—. Encontré un paquete entero de caramelos Salvavidas. No los recogí pues a lo mejor tendrían allí diez años.

Me hizo reír.

—También había una bala, debajo del carro, entre el pasto —dijo Corazón—. Tampoco la recogí.

Yo sabía que era la bala que mi madre y yo habíamos buscado. Era la bala que había dejado un orificio en el carro con un retinto círculo

de pólvora alrededor.

Cuando pensé en nuestro carro siendo arrastrado por una grúa, recordé que mi madre y yo dormíamos en el asiento trasero mientras que el Señor No Regreses dormía en mi lugar. Había sido la única persona que compartió aquel carro con nosotras y supo lo que significaba que nos gustara dormir en el Mercury a oscuras y con el sabor del insecticida Raid en la boca. Ni mi madre ni yo supimos que habíamos invitado a entrar a nuestro destino para que recibiera nuestra indigente hospitalidad.

—Y ese sargento Bob —prosiguió Corazón— dijo que a la gente la mataban a todas horas y que eso no era novedad. Y todo lo que decía era que tu mamá era un albatros. Ese pájaro.

—¿Y qué dijo April May?

—No me acuerdo. Noelle dijo que ella había visto todo, pero no se lo dijo a la policía. La señora Roberta no quiso que la loca de Noelle hablara con la policía, pues iba a revolver toda la historia. Esa Noelle dijo que la medianoche toca a la puerta.

Cuando llegó Corazón, no dudé en decirle que sí. Me iba. Pero antes tenía algo que hacer. Le dije que nos iríamos en dos días.

—Será algo muy especial ver la tumba de Selena. Será casi como estar con ella —dijo Corazón.

Corazón se sabía todo lo ocurrido con Selena. Sabía que Yolanda Saldívar, la representante y asesina de Selena, siempre alegó que el revólver se había disparado accidentalmente. Corazón había leído que aquello era imposible, pues una calibre .38 requería de 4 kilos y 90 gramos de presión en el gatillo para que se disparara.

—Ese tipo de presión no es accidental —dijo Corazón.

Cuando yo pasaba tiempo con Corazón en su remolque limpiando las armas, en una ocasión ella dijo:

—El 13 de marzo de 2025, cuando Yolanda salga de la cárcel, yo estaré ahí. Ahí estaré parada a la entrada de la prisión.

—¿Qué le dirás? —le pregunté.

—Todavía no lo sé. Pero lo sabré.

—¿No vas a matarla?

—No tengo que, niña. Alguien más se encargará de esa chamba. Tal vez sólo le preguntaría por qué no le dio una buena cachetada como buena latina. ¿Por qué tuvo que matarla? ¿Quién mata a un ruiseñor? Quiero que me responda eso.

—Debes tener hambre. ¿Qué quieres de desayunar? —le pregunté.

—Ella es una hermosa cocina —dijo— y se levantó y pasó la mano

por las cubiertas de mármol color blanco y negro. Enseguida abrió una de las alacenas y hurgó en su interior.

—Mira nada más todos estos chocolates y cajas de galletas —dijo —. Quiero comer de todo lo que hay aquí.

La ayudé en la cocina y la vi preparar unos huevos revueltos. Le preparé un jugo de naranja con naranjas recién exprimidas.

—También me voy a dar un baño —dijo—. No me he bañado en días. No hay regadera en esa casa de juguete.

—Sí, claro —le dije—. Te voy a traer toallas limpias.

Cuando te crían adentro de un carro, siempre se está dispuesto a darle a alguien la oportunidad de que se dé un regaderazo.

—Esta casa huele a flores de naranjo —dijo Corazón—. ¿Lo has notado?

—No —dije.

—Sí, sí huele. Alguien rocía agua con flor de naranjo por toda la casa.

Después de que terminó de desayunar, la llevé a mi cuarto y se dio un buen regaderazo.

Mietras se bañaba saqué el revólver de debajo de la almohada, donde lo había puesto desde el día que llegué, y lo metí en uno de los cajones de la cómoda.

Cuando Corazón salió del baño se acostó en la cama envuelta en la blanca toalla y se quedó dormida.

Yo me senté en la silla al lado de la ventana y contemplé su bondadoso rostro de Corazón.

Ella me había salvado de la desolación de la niña-sin-un-solo-amigo, en el remolque vacío y lleno de armas, y ahora me salvaría del albergue temporal y de la vida tipo no-te-queremos-aquí-niña.

Cuando despertó y abrió sus enormes ojos color café, se enderezó y dio palmaditas en la cama y dijo: “Ven, siéntate junto a mí”.

Me puse de pie y me senté a su lado y me envolvió con sus brazos. Me acarició el cabello y me besó la mejilla y la frente. Me meció de un lado a otro con su cuerpo-mecedora. La dejé que me tratara como a una muñeca.

—¿Tienes un cigarro que me des? —preguntó.

—Por supuesto —le dije.

Nos sentamos a fumar, lado a lado, con las cobijas en las piernas.

—Se supone que no debes fumar en la cama —dijo Corazón.

—Sí, lo sé.

—Bueno, como ya sabes que no debes hacerlo, puedes hacerlo. Es

como yo, que se supone que no debo comer mucha azúcar. Bueno, sé que no debería hacerlo y entonces lo hago. ¿De veras creerá el doctor que uno no va a comer helados? Es algo tan ridículo, muy ridículo.

—Corazón —dije—. Mi madre está enterrada en el jardín. Está en una caja debajo del árbol de magnolias. ¿Qué piensas?

—Que es el lugar perfecto. A tu madre le hubiera encantado esta casa.

—Sí —dije—. Pero no estoy segura sobre ser enterrada en un lugar que no conoces.

—Bueno, sucede todo el tiempo porque nunca estás realmente en control de lo que le pase a tu cuerpo, ni siquiera cuando estás viva.

Corazón quería irse y ponerse en marcha tan pronto como fuera posible. Tomaríamos el autobús Greyhound hasta Texas. Lo tenía bien planeado.

Yo necesitaba dos días para ocuparme de todo. Era lunes. Le dije que nos iríamos el jueves. Ella podría pasar las tardes en la casa de juguete, cuando el señor Brodsky estuviera. Le daría galletas y manzanas. Le prometí que de noche a escondidas iría por ella para que durmiera en la cama conmigo.

—Quiero que conozcas a Helen y Leo —dije.

—Oh, no. Ellos hablarían. Le dirían a ese hombre que te vas a ir conmigo.

—No —dije—. Los niños de los albergues temporales nunca delatan a nadie. Ésa es su regla de oro.

—¿Estás segura?

—Sí. Me lo contó Leo. Me dijo que lo primero que aprenden a decir los niños en los albergues es: “No vi nada”.

El lunes en la noche, después de que todos se fueron a dormir, bajé al piso inferior, abrí la puerta de entrada y corrí hacia el jardín. Pasé delante de la tumba de mi madre. Me rodeó el canto de los grillos y el suave canturreo de otros insectos.

Cuando llegué a la casa de juguete, Corazón abrió la pequeña puerta y salió. La tomé de la mano y nos dirigimos a la casa y subimos a mi cuarto.

A oscuras nos acostamos en la cama y escuchamos los sonidos del exterior y del interior y el sonido de nuestra respiración.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás bien? —preguntó Corazón.

—No encuentro palabras.

—No tengo prisa. Busca las palabras.

Salí de la cama y abrí las cortinas y enseguida la ventana. Una

brisa nocturna y fría invadió el cuarto lleno de humo. Miré hacia el jardín y hacia el lugar donde estaban enterradas las cenizas de mi madre. Una nube de luciérnagas alumbró por todos lados el jardín con destellos diminutos.

Dejé la ventana abierta y me regresé a la cama.

Después de un rato, Corazón susurró:

—¿Crees que este señor que vive aquí tenga algo de dinero que podamos llevarnos? Podríamos necesitar un poco más de dinero.

—No sé —le susurré de vuelta—. Yo me hago cargo. Voy a buscar, mañana que el señor Brodsky y Leo y Helen se vayan.

—De acuerdo, buenas noches.

—¿Corazón?

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿Qué crees que le ocurrió a mi madre?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo es que nos ocurrió todo esto?

—¿Qué?

—Mi madre nunca debió permitir que Eli entrara a nuestro carro. Debió haber subido el vidrio de su ventana.

—Tu madre quería ser rescatada —dijo Corazón—. No tenía familia, ni casa, ni techo. ¿Cómo puede vivir alguien todos esos años en un carro? Se sentía sola. Ese hombre entró en ella y se sentó.

—Sí —dije—. Sé lo que ocurrió. Ella quería que todos los días fueran domingo. Ésa es una canción. Quería un amor de domingo.

30

El martes, cuando Leo, Helen y el señor Brodsky se marcharon y Corazón se fue a comprar nuestros boletos de autobús Greyhound, me senté en la cama y abrí todas las bolsas de plástico de mi madre.

Había una bolsa con prendedores para el cabello, cortaúñas y lijas para las uñas. Dos bolsas repletas con brasieres y calzones. Una bolsa con shorts y faldas. Una bolsa llena con barnices para las uñas.

Había visto a mi madre ordenar aquellas bolsas una y otra vez a lo largo de mi vida. Ahora sabía que intentaba crear la lógica de un clóset y una cómoda con las bolsas de plástico del supermercado.

Una de las últimas bolsas contenía un par de guantes blancos. La última vez que los había visto, fue cuando fuimos a la iglesia. La había visto quitárselos, con sumo cuidado, de sus pequeñas y aniñadas manos para poder tocar el piano, y enseguida entregármelos. Pude oír la escala *la* menor como si la música saliera del encaje.

Enrollé los guantes y los hice bola como si fueran servilletas de papel y los aventé a un bote de basura a un lado de mi cama.

Mientras buscaba entre sus ropas, revisé los bolsillos y todos contenían piedras afiladas y trozos de vidrio. Por dondequiera que mi madre caminaba siempre se anticipaba a que alguien pudiera caminar descalzo, así que recogía aquellos objetos y se los echaba en los bolsillos. Protegía a gente que ni siquiera conocía.

La última bolsa que abrí contenía el testimonio de su infancia y de su educación de gente adinerada. Aquí había cosas que ella nunca había usado en nuestro campamento, para las que no había tenido tiempo de vender con todo lo demás. Había un pequeño bolso de seda negra con cuentas de rubíes de colores cosidas alrededor y un frasco con diez botones de perlas, cada uno envuelto por un ribete de diminutas bisuterías.

No había bolsas con fotografías o documentos importantes. No había un solo papel que pudiera decirme quiénes éramos. Su

maternidad de adolescente fugitiva no consideró ese tipo de cosas.

Recogí todas las bolsas y las apilé a un lado de la papelera blanca que estaba junto al pequeño escritorio.

Nadie iba a recordar a mi madre. Dependía de mí mantenerla viva dentro de mí. Cerré los ojos y escuché y mi madre dijo: “No me pude haber salvado porque las manos de Eli eran como jabón y yo necesitaba una buena lavada”.

El martes por la noche Corazón durmió conmigo de nuevo en mi cama. Dijo que ya tenía los boletos de autobús.

—Va a ser un viaje largo —dijo—. Vamos a ver lugares de los Estados Unidos de los que nunca hemos oído hablar. Sólo le pido a Dios que no nos vea algún policía y se pregunte qué hace una latina con una niña blanca. Ni siquiera pareces de catorce años. Si te viera en la estación de autobuses, creería que tienes nueve o diez. ¿Cuándo te van a salir pechos? ¿No has menstruado?

—Sí, ya, por supuesto —le dije—. No soy tonta.

—¿Qué tiene que ver eso con ser tonta?

—No lo sé.

El miércoles Corazón pasó todo el día en la casa de juguete porque aquél era el único día de la semana que venía a la casa la señora de la limpieza.

Fui al estudio del señor Brodsky a buscar un par de tijeras. Encontré unas, grandes, en su escritorio junto a un abrecartas y tres lápices. Agarré las tijeras y me las llevé a mi cuarto.

Desaté el listón amarillo y abrí la caja de seda y saqué el vestido de novia de mi abuela. Lo puse en la cama y lo destendí con la falda abierta a todo lo ancho y las mangas colgando de cada lado. La cintura tenía alrededor un listón de satín blanco que se cerraba en un moño en la parte de atrás.

Me acosté encima del vestido.

La seda era suave y un aroma parecía brotar de la tela. Era el de un perfume antiguo y de tiempos pasados. Mi madre decía que en el pasado todo olía a patchuli.

Cerca del cuello vi una diminuta mancha de maquillaje rosa pálido. El dobladillo, por la parte frontal de la larga falda, tenía una pequeña rasgadura y un trozo apelmazado de lodo reseco. Era como si alguien le hubiera pisado el vestido mientras ella bailaba. La novia ya había muerto pero la evidencia del baile seguía en el vestido.

Como antes lo había dicho el señor Brodsky: yo sabía lo ocurrido después de esta boda, aunque no tuviera una fotografía. Cuando mi

abuela usó el vestido no supo que se aproximaba un choque con un camión de la Pepsi. Nunca supo que su hija adolescente tendría que escapar de los matamoscas y de los sueños con estufas de gas llevándose a su recién nacida.

Una vez que calibré el largo de mi cuerpo acostándome encima del vestido, me puse de pie y corté la prenda con las tijeras. Le recorté por lo menos doce centímetros y medio de las mangas y treinta del dobladillo.

Aquella noche fui al cuarto de Leo con Helen. Les conté que Corazón había ido por mí y que me escaparía con ella al día siguiente.

—Leo, quiero casarme contigo antes de irme —dije.

Él dijo:

—Sí.

Yo ya lo sabía desde tiempo atrás: aquellas dos letras eran las mejores del alfabeto.

Después de que el señor Brodsky se fue a dormir, Leo, Helen y yo fuimos al jardín por Corazón, que estaba en la casa de juguete.

Helen pensaba que era maravilloso que Corazón hubiera estado viviendo ahí.

—¿De veras? —dijo Helen—, ¿todas esas latas de atún eran suyas? ¿De veras?

—Sí, tuve que comprar algo que no se echara a perder a pesar de que odio el atún —dijo Corazón—. ¿Quién fue el idiota que inventó esa horrible comida? En realidad es comida de gato.

—¡Oh, sí! —dijo Helen—. ¡Es comida de gato!

Pude ver que Helen y Corazón se habían prendado una de la otra. Corazón ya estaba pensando en cómo peinar el enmarañado cabello afro de Helen y en tallarle con limones su seca piel de chiquilla.

Helen comía ansias por ir a gatas hasta el regazo de Corazón y quedarse dormida.

Se quedaba mirando las uñas pintadas de Corazón. Finalmente, Helen preguntó:

—¿Por qué, señora, tiene un punto blanco en medio de cada uña?

—Son estrellas, pequeña —dijo Corazón—. Las bajé del cielo y se me pegaron en las uñas.

Helen quería creerle. También decidió que quería huir con nosotras y pude ver que Corazón estaba practicamente lista para dejarme a mí y llevarse a Helen.

—No —dijo Corazón—. Esta vez no. Regresaremos y te llevaremos con nosotras. Te lo prometo.

—Déjennos su número de teléfono —dijo Helen.

—Por supuesto —respondí.

Cerramos la puerta detrás de nosotros y abandonamos la casa de juguete.

Si mi madre estuviera mirando desde el cielo, hubiera visto a cuatro errantes corriendo por el jardín de madrugada en busca de una boda.

Dejé a Helen, a Leo y a Corazón en el cuarto de él y fui a mi cuarto para prepararme.

Corazón había estado de acuerdo en presidir la ceremonia. Dijo:

—Bien, dejaré que te cases con él porque soy católica y los católicos aceptan cualquier cosa porque se pueden confesar y obtener la absolución. Gracias a Dios. ¿Por qué iba a querer alguien pertenecer a otra religión?

Helen iba a ser mi madrina.

En mi cuarto me puse el vestido de novia. Sentí el chifón de seda suave y fresco en la piel. Más tarde crucé el pasillo para ir a la recámara de Leo.

Cuando estaba en el pasillo, Leo, Helen y Corazón se me quedaron viendo. No esperaban que me pusiera un vestido de novia de a de veras.

—¡Ay, no! Debí haber horneado un pastel —dijo Corazón y movió la cabeza.

—Eres de a de veras. Realmente eres real, Pearl —dijo Helen. Corrió hacia mí y restregó su mejilla en mi vestido—. ¿Es de seda? ¿Es esto lo que hacen las arañas?

—No tengo un anillo —dijo Leo.

—Yo tengo uno —dije y me quité del dedo el pequeño anillo con un ópalo de mi madre.

Corazón presidió la ceremonia en español.

—¿Saben?, es nada más porque no me sale decirlo en inglés. Y punto. Así. Ahora digan “sí”.

Leo me puso el anillo en el dedo y me besó la mejilla.

Aquella noche Corazón durmió sola en mi cama, Helen se fue a su cuarto y yo me quedé con Leo.

Aquella noche, el coro de mi vida fue el latido del corazón de Leo.

No sabía que otro cuerpo me haría sentir protegida. Él era lana y pelaje, piel de manzana y cáscara de naranja, cascarón de huevo, vaina y corteza y vendaje.

—Te estoy soñando —dijo de nuevo.

Yo esperaba que tuviera razón. Esperaba que todo estuviera del lado del sueño.

Sabíamos que éramos demasiado jóvenes para nuestros cuerpos.

31

A la mañana siguiente bajé al piso inferior para decirle adiós al señor Brodsky. Por supuesto, él no sabía que le estaba diciendo adiós para siempre. No me sentí una rata miserable.

Me despedí de Leo y de Helen moviendo la mano cuando se subían al carro. No me respondieron. Los niños de los albergues nunca se despiden. Olvidaron decírmelo.

Corazón preparó el desayuno mientras yo empacaba mis pertenencias. Le heredé a Leo mis objetos del basurero y a Helen mi vestido de novia.

El sobre manila, con las veinte balas que le habían disparado al cuerpo de mi madre, seguía debajo de mi cama. Lo metí en la mochila.

La pistola de Eli estaba en el cajón superior de la cómoda, en donde yo la había dejado desde que llegó Corazón.

Saqué el arma y la sostuve en mis manos.

El día que Eli nos dio el arma, mi madre dijo:

—Escucha, Pearl, la conservaremos sólo por un tiempo. Tómalo como algo temporal mientras vivamos en el carro. Me desharé de ella cuando tengamos un domicilio de verdad con código postal y estemos a salvo.

Envolví la pistola en dos camisetas y la metí en mi bolsa.

Después de desayunar, Corazón dijo que necesitaba pintarme el cabello de negro. Subimos a la segunda planta rumbo al baño. Me senté a la orilla de la tina mientras Corazón se quedó ante el lavabo mezclando la pintura con una cuchara en un trasto de la cocina.

—Creo que te verás bonita con cabello negro —dijo—. Es sólo por un tiempo. No podemos permitir que te reconozcan y que te veas rara a mi lado. Cualquiera creerá que te he secuestrado.

Corazón no paró de hablar mientras yo me incliné sobre el lavabo y ella con un cepillo me aplicó el tinte en el cabello.

Dijo:

—Me muero por ver la tumba de Selena. Es en todo lo que pienso. Pensar que acribillaron a Selena y después le sucedió también a tu madre. Ese muchacho que mató a tu mamá tenía los nombres de los discípulos de Jesús. ¿Lo notaste?

Una vez que Corazón terminó de secarme el cabello, llevó mi bolsa de lona al pasillo y llamó a un taxi. Estábamos afuera de la casa y a tiempo para ir a la estación y tomar el autobús. Casi lo perdemos. Cuando se lo hice ver a Corazón, dijo:

—Claro que casi lo perdemos. Yo casi siempre pierdo el autobús. Es mi estilo.

Cuando el taxi nos llevaba a la estación, Corazón dijo:

—No te ves tan mal con pelo negro. Si ahora regresaras a casa y pasearas por el campamento nadie sabría que eres tú.

Porque mi madre había sido balaceada hasta la muerte, me subí en un autobús Greyhound. No podía creerlo. Aquí iba, en un vehículo y mirando por la ventana.

Sentí el autobús Greyhound como si fuera mi hogar.

Tercera parte

32

—Los vestidos de novia y las mortajas vienen del cielo —dijo Corazón—. No puedes tener el control de cuándo esas prendas van a vestirte.

—No empaqué el vestido de novia —dije—. Lo dejé. Se lo regalé a Helen para que juegue con él.

—Sí, pero tú no estás casada de a de veras.

—Estoy casada.

—No de a de veras. Un dedo no hace una mano.

—Lo sé.

—Lo sabes, dejé que te casaras con él porque soy católica —dijo Corazón—. Esto significa que no juzgo. Soy libre.

Tras estar veinte minutos en el autobús, me levanté y fui al baño, que se encontraba al fondo, detrás de las últimas filas de asientos.

En el pequeño compartimento había un letrero con letras en color rojo que decía: "ATENCIÓN: NO FUMAR". Encima del lavabo de metal había un detector de humo. Me trepé en el lavabo y rompí el plástico que cubría la alarma y le saqué la batería tamaño AAA y la arrojé a la basura.

Me bajé del lavabo, abrí la ventanilla y saqué una cajetilla de cigarros y el encendedor del bolsillo trasero de mi pantalón. Enseguida prendí un cigarro y eché el humo por la ventanilla y le eché un vistazo a la carretera, que me llevaba lejos y lejos de mí misma.

Cuando me fui, aventé la colilla del cigarro por la ventanilla. Sabía que iba a provocar incendios forestales por todo el país.

De vuelta en mi asiento, Corazón dijo:

—Escucha, he estado pensando. La casa en la que estuviste viviendo era hermosa.

—Sí —dije.

—¿Encontraste por ahí algo de dinero que robar? —preguntó.

—No. Busqué en todos los cajones.

No le dije a Corazón que Leo me había dado doscientos dólares.

Eran todos sus ahorros. Cuando me los dio, dijo:

—Regresa en un año. Para entonces ya me habrán entregado mi herencia. Seremos ricos. Podrás tener lo que quieras.

—Hueles a cigarro —dijo Corazón—. ¿Estuviste fumando en el baño?

—Sí —dije—. No te preocupes. Saqué la batería del detector de humo.

—Buena chica.

—Ahora podemos fumar en todo el trayecto hasta Texas.

—Yo también anduve buscando dinero en la casa —dijo Corazón—. No encontré nada en efectivo. Ese hombre debe haber guardado un poco de dinero en algún lugar. Ni siquiera encontré una caja fuerte, aunque tomé algunas alhajas y un reloj. Es todo lo que encontré en la recámara del hombre.

Corazón abrió su bolso y sacó un anillo con diamante, una alianza de matrimonio de oro y un collar de perlas con un broche antiguo.

Mi madre me había preparado para este día.

Me acerqué una de las perlas a los dientes frontales y la mordisqueé y la restregué en mis dientes de lado a lado. La perla era dura y ligeramente granulosa, lo que significaba que era auténtica. Cuando tuve el collar en mi mano las perlas estaban frías antes de que se entibiaran en mi palma, lo cual era otra prueba.

—Éstas son perlas auténticas —dije—. Todas las cosas que tomaste son reliquias de familia. Estoy segura. Se ven viejas. Apuesto a que vienen de Europa.

—¿Reliquias de familia? ¿Qué es eso? —preguntó Corazón.

Yo sabía que el señor Brodsky no se enojaría conmigo por robar las alhajas y escapar. Cuando me llevó a su casa, él dijo que era judío y que los judíos entendían a los niños de los albergues mejor que nadie.

—Te puedes quedar con las perlas pues te llamas Pearl, ¿de acuerdo? Yo me quedaré con los anillos y el reloj. No le digas a Ray. A Ray le gusta que nos quedemos a la sombra para que nadie pueda vernos. Dice que robarse cosas es quedarse parado a la luz del sol.

—¿Ray? ¿Ray?

—No le digas a Ray. No. No. Aborrece que yo robe. Dice que puede comprarme lo que yo quiera.

—¿Ray? —pregunté de nuevo.

—Sí. Ray dice que puede comprarme lo que yo quiera, pero a mí me gusta robar de vez en cuando. ¿A quién no? Él no me entiende. Dice que me ama, pero no me entiende. Los hombres no escuchan.

Que te sirva de lección.

—¿Vamos a ver a Ray?

—Sí, por supuesto —dijo—. Nos encontraremos con Ray en Laredo. ¿Olvidé decírtelo? Creo que se me olvidó decirte. Me llamó anoche. Yo sabía que lo haría. Lo más que puede estar lejos de mí son tres días porque después empieza a sentirse perdido.

Era la primera vez que Corazón mencionaba que íbamos a ver a Ray.

Corazón volteó hacia mí.

—Inclina tu cabeza hacia adelante —dijo—. Éstas son para ti.

Me incliné hacia ella y me puso las perlas alrededor del cuello y enseguida con mucho cuidado cerró el antiguo broche de oro.

—Te vas a ver muy hermosa con estas perlas en la tumba de Selena —dijo.

—¿Vamos a Laredo? —pregunté.

—Sí, después de Corpus Christi, después de que visitemos a Selena.

Corazón reclinó la cabeza hacia atrás en el asiento y cerró los ojos.

—Cántame una canción, Pearl —dijo—. Extraño oírte cantar.

Cuando el autobús se alejó de mis catorce años viviendo adentro de un carro en las afueras de un campamento de casas remolque y de tres semanas viviendo en un albergue temporal, entendí cuál era mi legado. Mi madre no sólo me había enseñado buenas maneras y me había contado de su infancia de cuchara de plata y pan tostado con canela, también me había obsequiado un fondo fiduciario de sentimientos. Lo que sólo comprendí tras de que fuera asesinada es que también había tenido empatía por los objetos.

Las perlas alrededor de mi cuello se lamentaban del mar.

33

Las últimas palabras que Leo me dijo fueron:

—¿Cómo puedo extrañarte si no te vas?

Cuando dijo aquellas palabras la voz de mi madre adentro de mí dijo: “Pearl, cariño, este muchacho es el bueno. Habla como la letra de una canción”.

Yo sabía que aquellas palabras “¿Cómo puedo extrañarte si no te vas?” eran sólo el lema de los niños de los albergues temporales. Podían bordarse en una almohada o imprimirse en una camiseta.

El viaje duró treinta y ocho horas y treinta minutos e hicimos tres trasbordos. El autobús nos llevó a lo largo del borde circular del Golfo de México. Pasamos por los estados de Alabama, Mississippi y Louisiana para ir de Florida a Texas.

En los asientos adelante de los nuestros iba un matrimonio.

Oí que el hombre le dijo al conductor que andaban de luna de miel.

El perfume a gardenia de la novia nos envolvía y ella era como un trozo de jardín en el monótono y rancio aire. Los recién casados llevaron al autobús hojas y luz y tierra, la luz, el limón dulce de la tierra dulce.

Desde mi asiento podía ver las puntas de sus cabezas cuando se movían, recargándose el uno en la otra. A veces, si pegaba mi cara a la ventana, podía ver sus reflejos en el vidrio de su ventana. Se agarraban de las manos, se besaban y se daban de comer trozos de manzana que llevaban en un ancho y cuadrado recipiente Tupperware. El amor entre ellos era para alimentarse entre sí como una madre pájaro. A veces su conversación me llegaba en fragmentos y a pedazos.

El marido dijo: “Todavía traes arroz en el cabello. No te lo sacudas”.

Gracias a mi amor por Leo, cuando veía a gente amarse, sabía que siempre iba a andar alborotada. Mi deseo por él me garantizaba que lo

encontraría, pasara lo que pasara.

En el autobús, Corazón me contó que había llegado de México a los Estados Unidos hacía diez años. Era de un pueblo pequeño del estado de Guerrero llamado El Edén, a una hora de Acapulco. Ray era veinte años mayor que Corazón y era originario de Nuevo Laredo.

—Cuando conocí a Ray —dijo Corazón—, yo era sólo una niña. Tenía nueve o quizá ocho años. Él trabajaba con mi padre importando y exportando de los Estados Unidos. Siempre me llevaba dulces M&M's, de los amarillos, o cajas de Kisses de Hershey's. Me casé a los diecisiete años. Mi boda fue auténtica. Mi pastel fue de siete pisos. Tocaron dos bandas y un mariachi. También hubo una pelea de gallos. Y debes saber que en mi pueblo no hay divorciadas. Sólo hay viudas. Ésta es la forma en que los hombres se dan cuenta de que necesitan portarse bien.

Miré las manos de Corazón.

—¿Por qué no traes anillo de matrimonio? —le pregunté.

—Ay, Perlita, es que los eché al escusado. Me enojé tanto con Ray. Estaba muy, muy furiosa. Eché los anillos a la taza del baño.

Corazón extendió la mano y se tocó el lugar donde sus anillos deberían haber estado.

—Puedes preguntarle a cualquier plomero —dijo—. Todos saben que los escusados están llenos de anillos de bodas.

—¿Por qué Ray no me habla? —le pregunté.

—Es porque no puede hablar inglés y no va a abrir la boca para que la gente se burle de él.

En el autobús Greyhound miré por la ventana el paisaje de camiones, carros y letreros. En el reflejo de la ventana vi las perlas alrededor de mi cuello reflejándose en el vidrio. Las sentí frías y tibias al contacto con mi piel. A veces, hacia mi izquierda, las azules aguas del Golfo de México resplandecían más allá de los árboles y del negro asfalto.

—¿Sabes que todo el mundo está celoso de México? —dijo Corazón.

—¿Por qué?

—Porque ahí cayó un asteroide del espacio. Gracias a México no hay dinosaurios. Así que si lo ves bien, de no ser por México no habría seres humanos.

Llevé la mano al bolsillo de mi chaqueta y saqué un paquete de Twinkies. Abrí el paquete con los dientes y le ofrecí uno de los dos amarillosos pastelillos a Corazón.

—Gracias —dijo, y sacó uno del envoltorio—. ¿En dónde los conseguiste?

—Me los robé en la tienda de la estación de autobuses.

—¿Robas en las tiendas?

—Bueno, ésta es la primera vez, aunque he estado robando cigarros durante años.

Corazón dijo:

—En este viaje vamos a detenernos en Mobile, Alabama, para recoger unas bolsas más. Ray lo ha organizado.

—¿Para qué?

—No te preocupes de nada —dijo Corazón—. Un hombre nos estará esperando ahí. Luego iremos a visitar la tumba de Selena y después nos vamos a Laredo para encontrarnos con Ray.

Partí en dos el Twinkie y lamí la crema que traía adentro antes de comerme el esponjoso pastelillo.

—¿En dónde nos espera Ray?

—En un hotel. Tomaremos un taxi desde la estación de autobuses hasta el hotel en Laredo.

Cuando Corazón no estaba hablando conmigo o durmiendo, le enviaba mensajes de texto desde su teléfono a Ray. De vez en cuando volteaba a verme y me contaba lo que Ray decía.

—Dice Ray que son cuatro bolsas de lona las que vamos a recoger en Mobile —decía.

—Ray dice que me está comprando flores —decía.

—Dice Ray que no debemos hablar con desconocidos —decía.

—¿Sabe Ray que viniste por mí? —le pregunté.

—Por supuesto, bebé. Ray sabe todo. Sabe que tú eres una criaturita a la que yo no iba a dejar con mamá ya muerta. Él me deja tener lo que yo quiera. Le dije que tú vas a ser mi bebé.

En el autobús Corazón habló de su pueblo en México. Nunca hablaba de ella cuando nos juntábamos en su remolque. El movimiento del autobús le hacía sentir que iba camino a su pueblo.

Al sentarme a su lado, aspirando el vago olor a diésel y el averiado aire acondicionado del autobús Greyhound, Corazón me contó que su pueblo estaba a una hora de la costa del puerto de Acapulco.

—No dejamos entrar a cualquiera al pueblo —dijo—. Tienes que tener una invitación para visitarlo. Si llegas nada más porque sí, te matan.

Dijo que su pueblo tenía tres iglesias y una de ellas estaba cubierta con hoja de oro y que incluso tenía pinturas que eran copias de

pinturas antiguas de la catedral de Ciudad de México. El altar tenía candelabros de oro sólido. En el centro de la iglesia, detrás del altar, había una copia de la pintura de la Virgen de Guadalupe.

—Bueno —dijo—, se supone que es una copia. Hay gente que dice que es la tilma original y que la que van a visitar todos a la Basílica de Ciudad de México es una copia. Me han dicho, en secreto por supuesto, que alguien de mi pueblo pagó tres millones de dólares en efectivo por ella.

—¿Lo crees?

—En nuestro pueblo sabemos amar a Dios —dijo—. Por lo que puede ser cierto. Para mí esa Virgen de Guadalupe parece auténtica.

—¿Qué es lo que la hace auténtica?

—Cinco hombres armados la resguardan a todas horas y le tienes que consultar al cura si quieres verla de cerca. Él es el que otorga los permisos.

—Entonces debe ser la auténtica. ¿Por qué resguardarían algo falso?

—Claro, claro, sí, sí, ella es la auténtica. Se supone que no debo decirlo: está protegida con un vidrio a prueba de balas.

34

Cuando el autobús se detuvo en el pueblo de Pensacola, antes de dejar el estado de Florida, una mujer se subió y entendí quién era. La voz de mi madre dijo: "Está ocurriendo".

Sentí la presencia de la mujer antes de verla. Sentí sus pisadas en los tres peldaños para subir al autobús. Luego apareció al final del pasillo y despacio caminó hacia nosotras.

La miré y supe que la mujer alimentaba a los pájaros cada mañana. Ella sabía cuándo iba a llover. Se esperaba mucho de ella.

La mujer tenía cerca de sesenta años y era muy hermosa. Tenía los ojos color marrón y el cabello gris y lo llevaba trenzado. Sus dos largos mechones le llegaban a la cintura. Probablemente no se había cortado el pelo en décadas. Iba vestida con camiseta negra de manga larga y una falda larga de color negro. Tenía un tatuaje en la mano izquierda, que se le extendía a los dedos y desaparecía debajo de su manga. La tinta reproducía vides y flores.

Se sentó justo en el asiento al lado de los nuestros, de modo que a Corazón y a la mujer las separaba sólo el angosto pasillo.

Cuando Corazón comenzó a hablar con ella, me puse a mirar por la ventana, pero escuché cada palabra.

—¿De dónde es usted? —preguntó Corazón.

La mujer dijo que venía de una tierra lodosa con aguas sin mareas y que se había educado en los pantanos porque había crecido en la región de Glades.

Dijo que había una luna para todo, incluso para el homicidio, y que provenía de un lugar en donde todo lo que un ser humano necesitaba era tabaco, café, azúcar, sal y cerillos.

—Oh, bueno, sí —respondió Corazón, y enseguida se miró las manos y se quedó callada. Se dio cuenta de que le había abierto la puerta a una loca.

Tras unos minutos la mujer se inclinó y preguntó:

—¿Y quién es la niña?, ¿eh?

—Es mi hija —dijo Corazón.

—No parece ser tuya —dijo la mujer—. ¿Qué eres? ¿Mexicana?, ¿cierto?

—Sí, soy mexicana —respondió Corazón.

—Te creo.

—Entonces no me crea.

—Dije que te creo.

—Está bien —dijo Corazón.

—En Florida —dijo la mujer— sabemos que no se debe meter los pies en el agua del río. Somos un lugar de fuertes lluvias, de vientos fuertes, de fuertes truenos, de grandes odios. En Florida tenemos que fijarnos en lo que decimos. Hay que tener cuidado, los depredadores buscan a la niña sola y triste.

—Está a salvo conmigo —dijo Corazón y puso su mano en mi mano.

Entonces la mujer me miró directamente y dijo:

—Pequeña, muévete a la velocidad de los nudos, a la velocidad del agua, no a la velocidad de la tierra.

La escuché.

Dijo:

—Quiero merecer la muerte. Y esto sólo sucede dejando de lado el miedo, el miedo a vivir, de vivir la vida prudente. Nos tocó ser polvo de estrellas.

La escuché.

Cuando el autobús llegó a Mobile, Alabama, hubo una conmoción general pues la gente se puso de pie y bajó sus maletas de los portaequipajes encima de los asientos.

La mujer siguió hablando.

—Somos sólo polvo de estrellas —repitió—. ¿Han oído del cometa Halley? ¿Saben de eso? Va a volver. Observen el cielo. Llegará en el año 2061 ¿y qué edad tendrán ustedes para entonces? ¿O van a estar muertas?

—Yo estaré muerta —respondió Corazón—. Delo por hecho.

Vi que los jóvenes marido y mujer en los asientos de adelante de nosotras se levantaban para bajar del autobús. Se habían quedado dormidos las últimas dos horas. El aroma de los campos y de los prados y de las pastosas colinas se fueron con ellos.

—Aquí me bajo —dijo la mujer.

Se levantó y se inclinó por encima de Corazón para acercarse a mí.

—Tú —dijo, y me apuntó con un dedo.

En su dedo traía el tatuaje de una enredadera que empezaba en la uña y le subía por el dedo, la mano y el brazo.

—Tú —dijo de nuevo, y casi me picó la cara—. Tú te sabes las canciones, ¿no es así? Las puedo oír. Apuesto a que te gustaría una canción de las sabrosas, ¿no es así?

Enseguida se marchó, se despidió moviendo su tatuada mano y avanzó por el pasillo, bajó del autobús y entró en la ciudad. Supe que era el oráculo de mi adiós a Florida.

—¿Quién era esa mujer? ¿De qué hablaba? —preguntó Corazón—. Yo no debería hablar con desconocidos. Pude haber estado hablando con el diablo.

Era una indígena.

—En los tiempos antiguos no sabían tanto del diablo como sabemos ahora —dijo Corazón—. Esta mujer olía a vinagre.

—Era el auténtico fantasma de una indígena —dije.

—Olía a vinagre. Es el olor de la heroína. Conozco ese olor —dijo Corazón.

Entonces se sentó derecha en su asiento y se golpeteó las mejillas rápidamente con las manos. No pude saber si era un gesto de consuelo o de castigo.

—O, quién sabe, quizá no era ni el diablo ni una indígena. Esa mujer pudo haber sido un agente encubierto que te andaba buscando —dijo Corazón—. Escúchame, yo podría ir a la cárcel por raptarte de ese albergue. Podría haber ahora mismo una de esas Alertas Amber. Quizá nada de esto haya sido una buena idea. Ray siempre dice que mi lógica mexicana es demasiado mexicana.

—Nadie me anda buscando. Ni siquiera tengo un acta de nacimiento.

—¿Te dijo tu madre quién era tu padre?

—No. Nunca me lo dijo. Todo lo que sé es que era un maestro de escuela.

—Sí, eso es. Podría haber caído en prisión por violación, ¿cierto? Tu madre era menor de edad.

—No sé.

—Así que te agradó esa indígena. Me di cuenta —dijo Corazón—. Pero la descubrí en un instante. Ella compra y vende como todos, practicamente todos en este autobús.

—¿De qué hablas?

—Heroína. Esperaba que yo le vendiera heroína. Nos estaba

sondeando, pero no supo qué pensar de ti. Conozco a esta gente. Después de que fue al baño, estaba cabeceando. En realidad traía el mono, ésa es la palabra.

—No sé —dije.

—Bueno, yo sí —dijo Corazón—. En mi pueblo en México, en las afueras, cultivamos amapolas. Paseas por las laderas cubiertas de esas hermosas flores rojas y de lo único que puedes tener certeza es de esto: Dios se olvidó de darle un olor a esa flor.

35

En Mobile, Corazón y yo también nos bajamos con los demás pasajeros pues teníamos que trasbordar a otro autobús. Fue una espera de cuatro horas. Nos sentamos en las sillas metálicas pintadas de color vino que estaban frente a los baños. Yo veía los ventiladores de techo o miraba a la gente llegar y marcharse mientras Corazón compraba caramelos Salvavidas y Coca Cola.

Todo había sido planeado. Corazón y yo nos sentamos en la estación y, cinco minutos antes de que nuestro autobús saliera rumbo a Corpus Christi, llegaron dos hombres. Cada uno cargaba dos voluminosas bolsas de lona negras.

Corazón los saludó. Los conocía. No reconocí al mexicano, pero conocía al otro porque a veces conducía los camiones que vaciaban la basura en el basurero detrás del campamento. Era alto y flaco y su piel blanca estaba quemada por el sol. Llevaba puesta una camiseta de manga corta e incluso reconocí el tatuaje de una sirena en su brazo derecho. Recuerdo haberlo visto hablar con Ray en el basurero cuando éste salía a buscar periódicos.

Cuando le vi la cara pude oler las amargas naranjas podridas del basurero. El hombre no me reconoció con mi recién pintado pelo negro. Yo no iba a sacudir el caleidoscopio de su memoria.

Los dos hombres le ayudaron a Corazón a llevar las bolsas de lona y guardarlas en el compartimiento del equipaje en la parte inferior del autobús. Llevábamos también mi bolsa y la valija de Corazón, que ellos ayudaron a colocar junto a las nuevas bolsas.

Vi que el mexicano le dijo algunas palabras al conductor del autobús y le dio un sobre amarillo. Enseguida los dos hombres se dieron la vuelta y se fueron. Ni siquiera se despidieron de Corazón.

Le mostramos nuestros boletos al conductor y nos subimos al autobús.

—Ahora por fin voy en camino hacia la tumba de Selena —dijo

Corazón—. Éste es el día que he estado esperando.

—Sí.

Mientras avanzamos por la carretera, Corazón fue una rocola con canciones de Selena.

Me recargué en la ventana y miré hacia afuera.

Tan pronto como me empecé a sentir un poco somnolienta, aparecieron las armas. Mi enfermedad de la empatía por los objetos floreció cuando íbamos por la carretera por encima de cientos de delitos.

En las entrañas del autobús Greyhound había un rifle automático Smith & Wesson M&P, un rifle automático Panther Arms DPMS, un revólver Smith & Wesson, un revólver Llama, una pistola Glock, una pistola Smith & Wesson, una pistola Taurus, un rifle automático Del-Ton, una pistola semiautomática calibre .40, una Glock calibre .45, una pistola Beretta, una pistola semiautomática Smith & Wesson, una escopeta Remington, un rifle Bushmaster XM-15, un rifle Savage Mark II calibre .22, un revólver semiautomático Springfield Armory, un rifle semiautomático Smith & Wesson, una escopeta Remington, una pistola semiautomática Glock calibre .40, una pistola FN Herstal, una pistola Beretta 92 FS de 9 mm y una pistola Beretta PX4 Storm.

Podía sentir las armas debajo de mí y sus presencias entraban al autobús junto con los gases de escape del vehículo. Recordando la casa remolque, veía a Corazón limpiarlas y yo casi siempre ayudándole a etiquetar cada una de ellas.

Y pude escuchar la canción como un himno: “La he pasado mal extrañándote, amor, con mi pistola en tu boca. Gira tus lindos ojos si te vas a quedar”.

Un día, un ciervo, un ciervo hembra de cola blanca, cometió el error de vagar por nuestro campamento de casas remolque. Cuando April May y yo llegamos de la escuela, el ciervo muerto estaba en el suelo, justo delante de la casa de April May. El cuerpo exudaba sangre, yacía de costado y tenía los ojos cerrados. Estaba lleno de agujeros. El padre de April May había matado al animal.

—Sólo vino de visita —dijo April May—. Se hubiera ido en un ratito.

Lo dijo con tristeza. En nuestro mundo de reptiles y anfibios la hembra poseía demasiada belleza para estar en nuestra tierra.

—Móntenlo, niñas, cabalguen ese ciervo —nos dijo el sargento Bob cuando nos detuvimos a ver el cadáver.

—Quiero tomarles una fotografía cabalgando esa cosa. Miren su

tamaño. Es grande. Vaya que sí, es un gran ciervo.

Era un día húmedo. El aire era un hervidero de mosquitos. Las moscas zumbaban alrededor del animal muerto. Olía mal.

El padre de April May vestía su uniforme de combate del ejército y estaba parado en las dos piernas, lo que significaba que traía atada su pierna protésica al muñón. Al mismo tiempo sostenía la escopeta en una mano.

Pude ver que Noelle, que rara vez salía de su remolque, estaba de pie detrás de un árbol, viendo todo.

Más tarde, cuando le pregunté a Noelle qué pensaba de que el sargento Bob hubiera matado al ciervo, dijo:

—No te preocupes. Nadie lo lamentará.

Y nadie vino a ver. El pastor Rex, la señora Roberta Young, los mexicanos y mi madre nunca aparecieron. Incluso Rose se quedó adentro del remolque esperando que todo terminara de una vez. El hecho de que nadie saliera de sus remolques para ver qué ocurría tenía que ver más con el padre de April May que con el animal. No había una persona que no supiera que el padre de April May podría convertirse en un desquiciado.

—Vamos, niñas, monten ese ciervo. Vamos, niñas, arre —insistía el padre de April May.

No queríamos estar cerca del cadáver y de las moscas.

Retrocedimos.

—No —respondió April May—. Ni siquiera es un caballo.

Su padre soltó la escopeta y de dos largas y torpes zancadas se puso a un lado de April May. Con su mano jaló la parte superior del brazo de ella, que era tan delgado como un popote de plástico, y la bajó hacia el ciervo y la empujó para que le apretara la panza al animal.

Para entonces, April May estaba llorando. Traía shorts y pude ver que de sus piernas desnudas le escurría sangre del ciervo. Nunca la había visto llorar.

Sentí lástima por April May pero no la suficiente, y entonces me fui corriendo al carro tan rápido como pude. Me encerré con seguro en el Mercury y me recosté en el asiento trasero debajo de la pila de bolsas de plástico de mi madre.

Al día siguiente April May y yo volvimos juntas de la escuela. Yo sabía que no iba a estar enojada. En Florida nadie culpa a nadie por salir corriendo.

—¿Qué pasó con el ciervo? —le pregunté.

—Lo arrastró al basurero y ahí lo dejó.

—Mejor estar lejos del basurero por un tiempo.

—Desde luego —contestó April May.

Al domingo siguiente en la iglesia el pastor Rex dijo que ése era el día de Ezequiel. Me hizo pensar en el ciervo como si el animal se mereciera una oración.

El pastor Rex leyó: "Profetiza al espíritu, profetiza, mortal, y di al aliento: así ha dicho Dios: ven de los cuatro vientos, oh espíritu, y sopla sobre estos muertos, y vivirán".

Y una vez que supe que llevábamos cuatro bolsas con armas en el autobús, entendí que mi antigua vida no tendría fin. Nunca borraría el pizarrón de mi mente o vaciaría mi memoria como si fuera una cubeta llena de tierra.

Gracias a mi madre supe que la memoria era el único sustituto del amor. Gracias a mi madre supe que el mundo de los sueños era el único lugar a donde ir.

Mi madre siempre decía:

—Soñar es barato. No cuesta nada. En los sueños uno no tiene que pagar facturas o la renta. En los sueños puedes comprar una casa y ser correspondido en el amor.

En el autobús Greyhound recordé otro día en el campamento. Fue poco después de mi pelea de para-siempre-jamás con April May, y yo todavía no sabía que nunca nos volveríamos a hablar. Ahora me parecía tan estúpido que ya no fuéramos amigas.

En el día que recordé en el autobús había estado lloviendo. El huracán que se había pronosticado había pasado de largo por Florida y se había debilitado en el Golfo de México. No había habido una tormenta, sino una semana de nubes.

Aquella tarde, Eli estaba con mi madre en el Mercury y yo estaba en el remolque de Corazón y Ray haciendo la tarea.

Corazón estaba limpiando una pistola en la barra de la cocina.

Aquel día, mientras caía la lluvia sin cesar en el tejado metálico del remolque, Corazón jadeó y aventó a la barra el arma que estaba limpiando.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó Corazón.

El arma resbaló de la superficie de acero inoxidable y cayó al suelo.

—¿Qué ocurre?

Corazón dio unos pasos lejos del arma y se cubrió la boca con una mano.

—¡Mira! —dijo y apuntó al arma.

—¿Qué es?

—Ay, ay —dijo.

—¿Qué pasa?

—Esta arma. Mira, ella todavía está llena de sangre.

Me puse de pie y caminé hacia Corazón, me puse a su lado y volteé a ver la pistola en el suelo.

El arma era café oscura y las dos sabíamos que lo que estábamos viendo era sangre vieja y seca.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—¿Qué crees que voy a hacer?

—¿Llamar a la policía?

—No —dijo Corazón—. No. Saquemos el Ajax.

Esta arma iba en el autobús Greyhound.

36

—Si quieres saber quién te ama, enférmate —dijo Corazón.

Las dos nos habíamos adormilado tras dejar Mobile y Corazón me espabiló con estas palabras.

—Si quieres saber quién te ama, enférmate —dijo de nuevo.

—¿Qué te hace creer eso?

—Es sólo el consejo de mi abuela. Lo acabo de recordar y te lo quise decir antes de que se me olvide. ¿Qué crees que signifique?

—No sé —dije.

—¡Significa que tienes que fingir que te enfermas todo el tiempo para que puedas saber quién te ama! ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondí.

—Hay algo que nunca he podido resolver —dijo Corazón.

—¿Qué?

—¿Qué se hace cuando tienes un loco deseo por un hombre casado? No puedes dormir. Y estás alborotada.

—¿Eso te pasa a ti? —le pregunté.

—Ay, mi Perlita —dijo—. Aún eres muy joven.

Al inicio del viaje yo iba al baño y trataba de no entrar en contacto con los gérmenes del-mar-al-mar-resplandeciente de Greyhound, que yo sabía estaban por todos lados. Me daba náuseas pensar en toda la gente que había estado ahí. Pude ver que en el bote de la basura había un pañal y una jeringa usada y un libro. No me atrevía a meter la mano para ver de qué trataba el libro. El aburrimiento no me bastaba para hacer las paces con la mugre.

Obviamente, Corazón no compartía mis percepciones pues dijo, al volver después de varias veces de haber ido al baño:

—Oye, estuve leyendo el libro que está en la basura. Era sobre la pesca con moscas. ¿Sabías que la gente fabrica sus moscas? Es laborioso. Tienen que atar nudos y hacerlos parecer insectos para engañar a los peces.

—No sabía.

—Échale un vistazo la próxima vez que vayas al baño —dijo Corazón.

Conforme nos acercábamos a Texas, Corazón hablaba acerca de Selena y de su pueblo en México.

—Tenemos las mejores fiestas —dijo—. La mejor música. Una de mis sobrinas quería tener en su fiesta de quince años a una cantante famosa. Y su padre le llevó a una famosa, ¿sabes?, Christina Aguilera o Jennifer Lopez. Una de ésas. Una latina. No recuerdo quién era, porque yo estaba aquí, en los Estados Unidos, cuando tuvieron esa fiesta. El 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, otro tío mío cubre el pueblo con rosas en floreros y en cubetas. Todo el mundo sabe en esa parte de México que no hay una sola rosa que comprar; él las compra todas.

Pasaban las horas y seguíamos acercándonos a Corpus Christi, cuando Corazón dejó de hablar de su niñez y se puso muy emocionada y comenzó a tararear la canción de Selena "Tú, sólo tú".

Ella lo había organizado todo. Nos quedaríamos en el hotel donde le habían disparado y matado a Selena. Corazón sabía, a través del club de fans de la cantante, que el número del cuarto desde donde le habían disparado mientras Selena huía de las balas había cambiado de 158 a 150.

—El hotel no te hace cargos extra por la habitación —dijo Corazón —. Creo que todo lo que hicieron fue cambiar la alfombra. Cuando llamé para hacer la reservación se comportaron como si no supieran de lo que yo hablaba.

—¿Nos vamos a quedar en ese cuarto? —le pregunté.

—Bueno, lo pensé —dijo Corazón—. Pero cambié de opinión. Creo que si me quedara en ese cuarto me pondría tan triste que estaría triste el resto de mi vida. Nunca podría quitarme la tristeza de encima.

La ciudad de Corpus Christi estaba construida a la orilla de la bahía de Corpus Christi. Cuando íbamos entrando, pudimos ver las filas de veleros en línea atados a los muelles. El cielo era azul claro y el agua de la bahía, de un profundo color negro azulado. Entre estos dos túneles azules de cielo y agua arribamos a la estación de autobuses Greyhound.

Antes de bajarnos del autobús, Corazón me susurró:

—No nos vamos a llevar esas bolsas. Sólo agarra la tuya y yo la mía. Ray le ha encargado a alguien que las recoja y las lleve a Laredo.

Yo estaba muy contenta de alejarme de aquellas armas que me

habían provocado sueños tipo no-olvidemos-que-matamos-los-sueños.

Tomamos un taxi para ir al hotel.

—Es Boulevard Navigation 901 —dijo Corazón al conductor. Dijo las palabras lentamente, como si decir el domicilio fuera como leer un poema.

Corazón bajó el vidrio de la ventana y miró la ciudad.

—Este día podría ser el 31 de marzo de 1995 —dijo—. Se siente como ese día.

Nos registramos en el lobby donde Selena había corrido para pedir ayuda con una herida de bala en el hombro. Corazón le dio al recepcionista del hotel su tarjeta de crédito y mientras éste activaba nuestras llaves electrónicas, echó un vistazo a su alrededor.

—Nada ha cambiado —dijo Corazón.

Caminamos hacia nuestro cuarto y sobre el suelo en donde Selena había caído. Corazón caminaba ligeramente en puntillas sobre las baldosas, como si pudiera romper algo. También hablaba muy suave, como si no quisiera despertar a nadie.

Esa noche, después de comer pizza, que ordenamos desde el cuarto, nos acostamos lado a lado en las camas gemelas. Yo esperaba que me estuviera hablando toda la noche, pero en cuanto se metió bajo las cobijas, dijo:

—Este hotel es como un templo.

No volvió a decir palabra.

A la mañana siguiente Corazón y yo fuimos a la tumba de Selena.

Un taxi nos llevo al Seaside Memorial Park Funeral Home. El taxista sabía con precisión a dónde íbamos.

—Todos los que no son de aquí vienen a ver a Selena —dijo. Hablaba inglés con marcado acento mexicano—. Todos la adoraban —dijo—. Una vez traje a dos travestis de la ciudad de México que vinieron a visitarla y se la pasaron llorando todo el tiempo.

—Yo también voy a llorar —dijo Corazón—. Para eso son las lágrimas.

Era un cementerio enorme, con tumbas pequeñas, excepto la de Selena, que era un pequeño monumento y sobresalía en el monótono paisaje. Bajo el árbol de mezquite más grande del cementerio, su tumba estaba rodeada por un portón de hierro forjado y con letreros que decían: "MANTÉNGASE FUERA. RESPETE LA TUMBA".

En la lápida había una imagen con la cara de Selena grabada en bronce. En la base de la escultura estaba escrito: "Selena Quintanilla-Perez: Abril 16, 1971-Marzo 31, 1995".

—Ahora que veo su tumba —dijo Corazón— lo creo. Selena está muerta.

Corazón inclinó la cabeza y miró la cita que estaba tallada en la base. Leyó las palabras en voz alta: "Él destruirá la muerte para siempre, y enjugará Jehová las lágrimas de todos los rostros: Isaías".

Caminé alrededor de la tumba y me detuve debajo de la sombra circular del árbol.

—Ella era un ángel —dijo Corazón—. ¿Cómo pudo alguien matarla?

No quise ver a la cara de Corazón. Sabía que lloraba y no quería consolarla.

Había una brisa que sacudía las ramas encima de mí. Me sentí adormecida y pude verlo todo.

En el día de los días Selena quiso escapar de la pistola calibre .38 con una bala expansiva en su cuerpo. Entre el principio y el fin de su huida dejó un rastro de sangre de 119 metros de largo.

Selena era un gorrión negro que levantó las alas y se desangró cuando corrió por el estacionamiento, entre el boscaje de los autos, hacia el tupido césped del lobby del hotel. Gritaba: "Espera, espera, espérame". Le decía a la muerte que se esperara, ya la estaba alcanzando, ya casi llegaba.

—Soy una devota —dijo Corazón. Caminaba alrededor de la tumba y veía las cartas de los admiradores, incrustadas, algunas paradas, otras pegadas a la cerca de hierro con una cinta adhesiva que rodeaba el sitio—. Soy una devota como esta gente —continuó Corazón—. Yo también debí traer una carta. Debimos haber traído flores.

Algunas de las cartas de los admiradores estaban cerradas. Nadie las había leído.

—Al estar aquí, pienso que cada vez que miro la tumba me hace extrañar a gente anterior a mi época —dijo Corazón—. ¿Echas de menos a la gente que no conoces?

—Sí —dije—. Nunca conocí a nadie.

Estuvimos unos minutos más en la tumba de Selena y después paseamos por el cementerio y volvimos a la calzada en donde el taxista nos esperaba.

Corazón le pidió que nos llevara al centro, al muelle municipal.

El taxista estaba muy platicador.

—Fue un gran privilegio traerlas a la tumba de Selena —dijo—. Yo siempre digo que traigo a la gente aquí y es mi manera de mantener viva a Selena.

Si April May hubiera estado con nosotras, hubiera dicho: “¡Hombre, este hombre sí que sabe ganarse una buena propina!”

Corazón le dio al conductor cinco dólares extra cuando nos bajamos del taxi.

—Vamos al agua —dijo Corazón.

Caminamos por un muelle, delante de los altos veleros y los motobarcos, hasta el final de un largo paseo peatonal. Ahí nos sentamos con las piernas cruzadas en los bordes de madera y miramos la bahía.

El agua color negro azulado me recordó las tardes después de salir de la escuela cuando April May y yo íbamos a fumar al río. Era la única persona que supo quién era yo. Me retaba a que me quitara los zapatos y metiera los pies en las aguas infestadas de caimanes. Si yo hubiera vivido bajo un tejado, me hubiera retado a saltar.

Una vez, cuando yo tenía nueve años, me retó a que me tomara una cerveza pues me dijo que la bebida me haría decir la verdad. Me emborraché y me hizo toda clase de preguntas. Hizo una lista, en la que se incluían las preguntas de quién era mi padre y si yo era capaz de matar.

April May no me retaba a cruzar la carretera con los ojos cerrados. Sabía que lo haría.

En el muelle municipal con vista a la bahía, Corazón y yo nos sentamos juntas de modo que la parte superior de mis brazos rozó con los de ella. Me hizo pensar cómo tocamos accidentalmente los cuerpos de otras personas y siempre decimos lo siento. Yo no lo sentía. Me acercaba más, me inclinaba hacia ella, para que nuestras rodillas también se tocaran.

—Si no hubiera sido por mi vida, sé que yo hubiera sido alguien —dijo Corazón—. Pero no puedo huir de mi vida porque es mi vida.

A la distancia un velero desplegó una vela y se abrió de golpe como un esponjado vestido de novia.

En el muelle próximo al nuestro dos niños volaban papalotes rojos y azules.

Pude oír el sonido del viento a mi alrededor como si lo moviera todo e hiciera al mundo mecerse y sacudirse.

La pistola estaba en el fondo de la bahía.

El lunes 10 de junio de 2002 el arma calibre .38, de cinco tiros y con mango de madera, marca Taurus que se utilizó para matar a Selena, fue reducida con una sierra a cincuenta piezas del tamaño de una pepita y lanzada a la bahía Corpus Christi. Fue José Longoria, un

juez de la corte del distrito de Texas, quien ordenó destruir el arma y arrojarla a la bahía.

Si April May hubiera estado a mi lado, hubiera dicho: “Ese estúpido juez ha desenfundado el arma y la ha desmembrado”.

Eché un vistazo por encima de la tumba de agua-del-Cuerpo-de-Cristo del arma.

Sabía que aunque April May me hubiera sometido al examen de la verdad del alcohol, yo seguía sin saber quién era yo.

37

Después. Yo no había pensado en el después. No había pensado en qué iba a pasar tras visitar la tumba de Selena. Corazón sólo me estaba arrastrando a su vida. Ella era la escoba y yo era el polvo.

Yo era la niña que no piensa y que conduce un carro demasiado aprisa y que bebe demasiado. Vivía adentro de la palabra "riesgo" como si fuera un domicilio.

En el autobús camino a Laredo para encontrarnos con Ray pensé en Leo y deseé volver a la pulcra casa del señor Brodsky.

Comenzaba a creer que necesitaba dar una vuelta en U, lo cual me hizo pensar en mi madre y recordar nuestros fingidos paseos en carro cuando ella decía:

—Está bien, vamos a hacer un viaje por carretera. Deja marcas en el pavimento. Rebasa el límite de velocidad. Da reversa. Da una vuelta en U. Reversa.

En el camión Greyhound, yendo hacia Laredo y hacia Ray, sólo quería retroceder. Quería mi vida en el carro, mi leche en polvo mezclada con agua, el olor del insecticida Raid en mi piel y el sabor de los cubitos de azúcar disolviéndose en mi lengua.

Todo lo que quedaba de mi antigua vida era un cepillo de dientes de plástico con la imagen de Jesús-en-la-cruz en un lecho de balas.

Le pregunté a Corazón si tenía una bolsita de azúcar. Siempre andaba robándose paquetitos de azúcar y bolsitas de té. Su bolso siempre estaba lleno de todo lo que podía recoger en el camino.

Yo quería un poco de azúcar, pero Corazón sólo tenía un paquetito amarillo de Splenda. Era mejor que no tener nada. Abrí el sobre y puse el polvo en mi mano y lo lamí. Muchas cosas son mejores que nada.

—Nunca conocí a alguien que se comiera la Splenda en polvo como tú —dijo Corazón.

—Yo tampoco.

Ocurrió que después de la emoción por visitar la tumba de Selena, en lo único en que podía pensar era en mi madre y en Leo.

Corazón vio cómo la tristeza-de-caminar-por-las-vías-del tren me tomó por asalto.

38

El hotel River Inn en Laredo se hallaba cerca del río Grande y de la frontera de México con Estados Unidos. El lugar estaba deteriorado. Las plantas en las macetas, marchitas y las baldosas del piso del lobby, agrietadas. La alberca estaba vacía, pero adentro tenía unas pelotas de plástico. Pensé: "Los niños tendrán que bajar por la escalera de metal y jugar a la pelota en ese hoyo sin agua".

El hotel se situaba al lado de la carretera; el ruido de los camiones que pasaban cerca nunca cesaba.

La mujer de la recepción conocía bien a Corazón y la saludó en una mezcla de español e inglés. Nos informó que Ray ya se había registrado y que había pedido un cuarto adicional para mí.

—A Ray le gusta este lugar porque siempre está vacío. Nadie se hospeda aquí —dijo Corazón cuando íbamos hacia los cuartos, alineados y de cara al estacionamiento. Nuestros cuartos estaban uno al lado del otro.

—Te veo pronto —dijo—. Desempaca. Date un baño.

Corazón estaba ansiosa. Yo conocía esa emoción. La había visto en mi madre. La había sentido cuando sabía que Leo estaba a punto de volver de la escuela. Los ojos de Corazón buscaban a Ray. Ella sabía que él andaba cerca.

Mi cuarto en el hotel olía al aroma a lavanda y vainilla del limpiador Mr. Clean. Conocía bien el olor pues mi madre acostumbraba robar botellas del líquido del hospital de veteranos. Lo usaba para tallar el interior de nuestro Mercury porque siempre batallábamos contra el moho, que proliferaba muy fácilmente en la tapicería del carro y en las alfombras, debido al aire húmedo de Florida. El olor de Mr. Clean se quedaba pegado en nuestro carro por días.

Coloqué mi bolsa en la cama y la abrí. Lo primero que hice fue sacar la pequeña pistola negra de Eli, que estaba envuelta con mis

camisetas. Busqué por todo el cuarto un lugar donde esconderla, y la puse debajo de la almohada.

Estaba empezando a pensar que quizá debí haber dejado la pistola en el Mercury junto con la bolsa de cubitos de azúcar Domino y la caja de cereal Cheerios.

Camino a Laredo, Corazón me había advertido que el hotel era muy feo, pero cuando has vivido en un carro cualquier hotel es un palacio, aunque haya cucarachas y manchas en las sábanas y las alfombras estén gastadas.

Deseaba darme un regaderazo con agua caliente, pero más deseaba un cigarro. Corazón tenía los cigarros, así que salí a buscarla para que me diera uno antes de bañarme.

Toqué a la puerta y Corazón no abrió. Preguntó quién era desde el otro lado de la puerta cerrada.

—Soy yo. Soy Pearl —dije—. Yo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

La puerta seguía cerrada.

Corazón entreabrió.

—Un momento —dijo y regresó al cuarto, dejándome en la entrada.

Empujé la puerta un poco y me asomé.

El cuarto tenía dos camas *queen-size*.

Las cuatro bolsas de lona que habíamos recogido en Mobile y transportado en el autobús yacían abiertas en una de las camas. En la otra cama, las armas estaban distribuidas por tamaño como si las acabaran de contar. Había periódicos arrugados y doblados por todos lados, que parecían viejo papel de envolver de una fiesta de cumpleaños. Los periódicos se habían utilizado para embalar las armas.

Corazón sacó los cigarros de su bolso, se dio la vuelta y me vio de pie en el pasillo viendo hacia el cuarto.

—Ay, qué importa, entra y fúmatelo conmigo —dijo—. No hay lugar donde sentarse. ¿Qué se supone que debo hacer con mi valija? ¿Qué se supone que debo hacer con mis pertenencias? ¡Ray ha atiborrado este cuarto con las armas!

La valija de Corazón seguía cerrada a un lado de la puerta del baño.

—Como puedes ver Ray mismo las ha contado. No confía en nadie. Después tiene que envolverlas todas de nuevo. Y tiene razón. La verdad es que el pastor Rex dice que hay cincuenta armas cuando hay

cuarenta y ocho. Siempre hace trampa. ¿Me entiendes?

—¿Son armas del pastor Rex?

—Sí, por supuesto —dijo Corazón—. Sí.

—Entonces ¿Eli está aquí?

—Sí. Por supuesto.

—El pastor Rex también está aquí?

—No. No. Él y Eli tuvieron un pleito. No hemos sabido del señor Rex porque dijo que la muerte de tu madre nos había arruinado el negocio. Sí, la policía se enteró de las armas y tuvimos que salir de allá. Tuve que dejar todo.

Yo sabía que el remolque del pastor Rex y el de Corazón y Ray se iban a quedar deshabitados por años. Había casas abandonadas en los campamentos de remolques por todos lados, a lo largo de Estados Unidos de América. También sabía que April May no tendría el valor para explorar por su cuenta lo que el pastor Rex había dejado.

—Entonces ¿Eli está aquí? ¿Lo voy a ver? —pregunté. Su nombre repicó adentro de mí.

—Sí, por supuesto.

Y surgió la canción. La canción estaba adentro de mi cabeza. La canción la cantaba Louisiana Red: *You're tied to me girl I can feel your sweetblood call even if you sneak away I'll find you before nightfall 'cause you are tied to me girl I can feel your sweetblood call*.

Y oí a mi madre, con palabras como los amenes después de las oraciones, dijo: "La mala suerte es mejor que no tener suerte alguna".

39

—Puedes ayudarme a empacar estas armas.

Ray las contó y se ha ido para atender algunas cosas y recoger el vehículo que tenemos estacionado en un garage. Si me ayudas, acabaremos más rápido. Todo lo que quiero es un regaderazo después de las largas horas en ese autobús del perro.

Caminé encima de los periódicos arrugados al entrar al cuarto. Empujé las bolsas de lona vacías a un lado para poder sentarme en la orilla de la cama mientras ayudaba a Corazón a envolver de nuevo las armas. Un fuerte olor a vinagre salió de la lona de las bolsas.

Vi los periódicos a mi alrededor y pude ver a Ray buscando periódicos en el basurero del campamento de casas remolque y comprando periódicos a los hombres que acarreaban la basura. Los montones de periódicos afuera del remolque de Corazón y Ray aparecieron ante mis ojos. En los días lluviosos, Corazón cortaba grandes bolsas de plástico para la basura y cubría con ellas los periódicos para que no se mojaran.

Vi los periódicos atiborrando el cuarto del River Inn. Miré las armas amontonadas en una cama.

No había canción dentro de mí.

—Ayúdame —dijo Corazón—. Podemos hacerlo rápidamente.

Recogí un rifle. Tenía una etiqueta escrita con mi letra.

Mientras envolvía un rifle automático dpms Panther Arms, me fijé en el periódico con el que lo estaba envolviendo. Leí: "Los indios miccosukee de Florida necesitan de miembros para preservar al menos la mitad del linaje miccosukee, y aceptarán a individuos con madres miccosukke que no se hayan alistado en ninguna otra tribu. Conforman un sistema matriarcal por parentesco y heredad. Los hijos nacen en el clan de sus madres, de lo que obtienen su estatus en la tribu".

Mientras envolvía un rifle automático Smith & Wesson M&P, leí:

“Tras atender una llamada por un incendio en el bosque, los delegados de la oficina del sheriff del condado de Putnam siguieron la pista hasta un establo, en donde se elaboraban metanfetaminas con el método de recipiente único, aseveró un reporte de la oficina del sheriff”.

Mientras envolvía un rifle Savage Mark II calibre .22, leí: “La migración anual de invierno de las grullas blancas a Florida, en peligro de extinción, se ha completado con la ayuda de la aeronáutica ultraligera”.

Al envolver un rifle automático Del-Ton, leí: “Un juez de Florida considerará, durante una audiencia en Daytona Beach, un arreglo con una madre que introdujo a sus hijos a la fuerza en el mar en su furgoneta. La misma mañana, la policía arrestó a un padre de familia de la Florida central dos semanas después de que su hijo de cinco años acribilló a su hermana de dos. También, la misma mañana, una madre de tres niños fue arrestada el jueves después de que una de sus hijas fue encontrada caminando sola por una carretera. La jovencita, de doce años, cargaba una bolsa de basura y una mochila. Intentaba huir. Las autoridades dijeron que la niña fue incapaz de dar el domicilio de su casa”.

Mientras envolvía, leí: “Si tienes un diamante de más, el semifallo no es una buena noticia; discretamente, el jugador que reparte debe apostar un corazón, con cuatro cartas del mismo palo se consigue un nuevo escalafón”.

Al poner las armas una encima de la otra en montones por tamaño, leí la sección de horóscopos. Para el signo de Tauro leí: “A veces tus cosas favoritas no son tus cosas favoritas”. Para el signo Virgo leí: “Se ven favorecidos los viajes y el romance”.

Envolví tres rifles calibre .223 AR-15, una pistola Beretta PX4 Storm, una pistola Glock, una pistola Smith & Wesson, una pistola Taurus, una pistola semiautomática calibre .40, una Glock calibre .45, una pistola Beretta, dos pistolas semiautomáticas Smith & Wesson, una escopeta Remington y un rifle Bushmaster XM-15, y leí los cómics, los anuncios clasificados, la sección de deportes, el pronóstico del clima, la programación televisiva y los anuncios de nacimientos.

Leí todos los obituarios.

40

En la madrugada de aquella noche se oyó un suave toquido en mi puerta.

No me levanté para responder y grité: Entre.

Estaba segura de que era Corazón que venía por su encendedor Bic que me había traído conmigo.

La puerta se abrió.

Oí su voz antes de verlo.

—¿Qué haces aquí, niña?

Eli estaba parado en la puerta. La luz del estacionamiento a sus espaldas creaba una silueta de su cuerpo y el sombrero en su cabeza mantenía su rostro en la sombra. Eli traía un sombrero a pesar de que era medianoche. En el mundo de Eli la luna ardía más que el sol.

Me incorporé en la cama y jalé las cobijas hasta mi pecho.

Traía puesto el plateado cinturón de vaquero del Señor No Regreses, el que tenía en el centro de la hebilla una aguila dorada en vuelo y las redondeadas alas abiertas.

Lo que enseguida me dijo Eli, con su voz de canción, fue:

—Ay, dulce, dulce, dulce encanto, ¿qué le has hecho a tu cabello?

—Me lo pinté.

—¿Por qué? ¿Estás en un concurso de belleza? ¿Andas huyendo?

—Quizá.

—¿Corazón te raptó o fuiste tú la que quiso venir con ella?

—Quizá.

Dijo:

—¿Es la única palabra que sabes decir? ¿La palabra "quizá"?

—Quizá —dije.

—Apuesto a que le debes dinero. ¿De dónde sacaste esa soga con perlas que traes en el cuello?

—¿Todo para usted consiste en deber?

—Sólo decía. No te estoy acusando.

Eli cerró la puerta del cuarto detrás de él y caminó hacia mí. Se movía despacio con una bota delante de la otra.

Estaba masticando mi odio hacia él.

El águila bajaba en picada por entre los crecidos yerbajos y se elevaba en el nocturno cielo azul hacia los cables telefónicos.

Alcancé a oír voces afuera, en el estacionamiento. Yo sabía que los fantasmas de los indios andaban por ahí. Podía oírlos susurrar mientras paseaban por el Sendero de las Lágrimas. Era un susurro que sonaba a *protección, protección, protección, el Gran Resplandor empieza*.

La otra ocasión en que yo había estado a solas con Eli fue cuando lo vi por primera vez sentado desnudo en la cama del remolque del pastor Rex con una escopeta en las rodillas.

Eli estaba a dos pasos de mi cama.

Le dije:

—Deténgase ahí.

—Tranquila, tranquila, shh —dijo—. Los dos necesitamos un hombro.

—Fuera.

—Escucha, Pearl —dijo—. Yo también extraño a Margot. Se fue al cielo.

Cuando dijo Margot oí el nombre de mi madre adentro de su cuerpo donde lo había escondido después de habérselo robado como si fuera dinero, robado como una Biblia de un cuarto de hotel.

—Claro que la extraña. Claro que sí —dije—. Apuesto que la extraña a todas horas. Ni siquiera se ha quitado el sombrero ante la hija de mi madre muerta.

Eli se quitó el sombrero y lo puso en la cama.

—Es usted un mentiroso —le dije.

—Ah, ¿la ladrona me llama mentiroso?

Agarré la pistola que estaba debajo de mi cama y la apunté hacia él.

Eli la vio y se detuvo.

—No se acerque —dije.

—Oye, oye, oye. Pearl, ¿qué haces?

—Acuérdese que nos dio esta pistola, señor Eli —dije— ¿Se acuerda? Le dijo a mi madre que era para nuestra protección.

—Quería que estuvieran protegidas. No me parecía bueno que una mujer joven y su hija vivieran en un carro sin un arma. Bájala.

—Diga sus últimas palabras —dije—. ¿Cuáles serán sus últimas palabras?

—Por favor, Pearl, baja esa pistola. Espera.

—¿Qué hace en mi cuarto? ¿Por qué vino? Es tarde.

—Sólo quería que supieras que soy tu amigo. Quiero consolarte. Además, si bajas esa pistola te diré quién fue tu padre. Tu mamita nunca te lo dijo. Lo sé. Margot me dijo que no lo sabías.

—No le creo, señor Eli.

—Ella no quería que pensaras en buscarlo. Tu mamá no quería que fueras por ahí con una vara y que lo revolvieras todo.

Sabía que lo que quería era disparle y matarlo. Era sólo un mentiroso con una puntiaguda tachuela en su zapato.

—Baja la pistola —dijo Eli—. Pearl, pequeña concha nácar, baja esa pistola. Te lo diré. Escucha. Tu papi era aquel pianista, ¿sabes?, el hombre que le daba lecciones de piano a tu madre.

—Deje de mentir. Usted vive con los dedos cruzados en la espalda.

—A ese pianista le gustaba chupar cubitos de azúcar.

Contuve el aliento y apreté la pistola que mi madre me había enseñado a usar río abajo.

—Tu padre siempre cargaba cubitos de azúcar en los bolsillos.

Eli no estaba mintiendo.

Mi madre tocaba el piano en el tablero del carro y yo ni sabía que tocaba para mi padre.

Yo había nacido de la tónica, los bemoles, los sostenidos, las pausas, de los tonos, semitonos e intervalos, había nacido de los legatos, los descansos, las cuerdas y los arpegios y el metrónomo con latido de corazón: amor, amor, amor, amor, amor, amor, amor.

Pero Eli debió haberlo sabido mejor que yo. Podía engatusar a una mujer adulta, pero no podría engatusar a esta niña a la que le acababa de regalar un padre. Eli Redmond no sabía que había dicho sus palabras de miel a una campeona, a una atrevida con medalla de oro.

No sentí nada por él.

Él no tenía huesos rotos.

En aquel cuarto la palabra “piedad” estaba en la caja de los objetos perdidos y encontrados.

Me miré la mano y el dedo con el anillo de ópalo azul de mi padre.

Eli debió haber sabido que nada bueno ocurre después de la medianoche.

Volteé a verlo. Apunté con el arma. Le disparé. Le disparé por mi madre y con la divina intervención de su coro de cantantes que cantaban blues.

41

Limpiar las huellas digitales en un cuarto de hotel es un verdadero acto de gentileza.

Corazón oyó el balazo que mató a Eli y vino a mi cuarto.

—Pearl, ¿estás ahí? —preguntó— y tocó la puerta.

No le respondí.

Corazón abrió la puerta.

Yo seguía sentada en la cama, debajo de las cobijas. Eli estaba tirado en el suelo. Yo no había fallado.

Corazón se encargó de todo. Limpió mis huellas digitales de las superficies mientras me sentaba en la cama y Eli yacía sobre la alfombra del hotel muriendo una y otra vez. Cada vez que yo miraba donde había caído, él moría de nuevo como si mirar fuera disparar.

Corazón se encargó de todo como si estuviera recogiendo globos reventados y platos desechables llenos de helado de chocolate, sobrantes de una fiesta de cumpleaños. Estaba tirando las serpentinas y barriendo el confeti.

Cuando terminó, me ayudó a vestirme como si yo tuviera seis años. Me abotonó la blusa, sostuvo mis pantalones mientras yo me metía en ellos, y después se ocupó del cierre. Se arrodilló en la alfombra y me anudó los tenis.

Empacó todas mis pertenencias.

Después recogió mi pistola que estaba en la cama y la metió en el bolsillo izquierdo y frontal de sus pantalones.

Yo sabía que la amaría por el resto de mi vida porque no se había enojado. No me regañó.

Enseguida me llevó a su cuarto y me dio un vaso de agua.

—Escucha —dijo Corazón—, vamos a México. Tan pronto como llegue Ray en la mañana con el carro cruzaremos la frontera. Lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí. En mi pueblo serás casi la persona más blanca que hayan visto. Han visto a rubias, pero

nada tan extraño como tú, a excepción de un burro que nació albino. Alguien vio alguna vez a un delfín blanco en Acapulco. Hasta salió en los periódicos.

Yo sabía que mi madre diría: “Lo que te ha ocurrido no estaba en el Libro de la Vida del Cordero”.

Hasta donde puedo decir, nadie de mi familia estaba en ese libro.

Corazón me explicó que los hombres que trabajaban para Ray, los hombres que se habían llevado las bolsas con armas en Mobile, se ocuparían del cuerpo de Eli.

—No tienes que preocuparte de nada —dijo—. Ray es la clase de hombre que se encarga de todo.

En su cuarto, Corazón agarró un periódico viejo de la basura y lo utilizó para envolver el arma de mi venganza. Luego abrió la bolsa de lona asignada para las pistolas de mano y la echó adentro.

—Esta pistola, ella tiene que ir con el resto de las armas —dijo Corazón.

—¿No se va a enojar Ray? —pregunté.

—Por supuesto que no —dijo Corazón—. A ningún hombre en la Tierra le caía bien Eli Redmond.

Cuando escuché mi corazón, oí pisadas.

Toda la noche estuvimos sentadas en el cuarto del hotel fumando un cigarro tras otro.

Esa larga noche sabíamos que fumar nos estaba manteniendo vivas.

42

Por la mañana, cuando llegó Ray, Corazón y yo aún estábamos sentadas en el cuarto velando a Eli. Había dos botellas de agua llenas con colillas de cigarros en la mesita de noche.

Cuando Ray entró, nos encontró en un cuarto cerrado y atestado de humo y rodeadas de las bolsas con las armas.

Me puse de pie y salí de la habitación. No quise escuchar a Corazón contarle a Ray lo que había ocurrido ni escuchar mi vida en palabras.

Salí del cuarto del hotel y entré en el aire de una fresca y nueva mañana y no volteé a ver la puerta contigua, hacia el cuarto-horizonte donde yacía Eli.

Uno tras otro los camiones y los carros pasaban por las carreteras. Saboreé la mezcla de diésel y los humos de escape. Un ligero rocío cubría el grisáceo piso de cemento en el estacionamiento del hotel.

Levanté la vista. En aquel día de los días la luna aún estaba en el cielo porque la noche no se iría tan de prisa. Se quedaría a recoger las últimas migajas nocturnas.

Después de unos minutos Ray y Corazón salieron. Cada uno cargaba una de las pesadas bolsas de lona llenas de armas.

Ray apuró el paso y fue directo hacia el carro. Por supuesto, yo sabía que él nunca diría nada.

Corazón se detuvo a mi lado y puso la bolsa en el suelo.

—No te preocupes —dijo—. Te dije que Ray no se enojaría. Sólo dijo que era mejor tarde que nunca, lo que significa que él deseaba que ocurriera antes. Como bien sabes, Ray no le da mucha importancia a la vida. Dice que mataste una mosca.

Caminé junto con Corazón hacia el carro. Ray colocó las dos enormes bolsas de lona en la cajuela y otra en el asiento trasero.

Me miró y señaló el carro.

Comprendí.

Corazón mantuvo abierta la puerta del carro y yo subí. Me acosté

en el asiento trasero encima de una bolsa con armas. Al principio era incómodo pero después me removí hasta encontrar un lugar donde el metal se acomodó por debajo de mí. Me acosté bocarriba para poder ver hacia afuera por la ventana trasera.

Mi cuerpo era tan largo como un rifle de caza.

Enseguida Corazón colocó otra bolsa, la que contenía revólveres, encima de mi cuerpo.

La bolsa también se acomodó y pude sentir el peso de las docenas de pistolas envueltas en periódicos a través de la lona. La pistola de Eli estaba en buena compañía.

—Así irás escondida —dijo Corazón—. Nadie puede mirar adentro y verte.

Me hallaba en casa. Había acostado mi vida completa en el asiento trasero de un carro. Estaba en la recámara de mi madre.

Corazón me informó que cada mes le pagaban a un guardia fronterizo para que los dejara llevar armas a México, pero que llevar a una niña podría crearles problemas.

—Ya que crucemos puedes pasarte al asiento de enfrente conmigo —dijo—. No nos llevará mucho tiempo. Tómatelo con calma. Esperemos que no haya mucho tráfico. Una vez que crucemos el puente, todo estará bien.

Ray prendió el motor, se recargó en el respaldo y enseguida condujo despacio y nos alejamos del hotel, lejos del cuerpo de Eli Redmond, lejos y lejos y rumbo a la frontera.

Corazón no paraba de hablar. Llenaba mi silencio con sus palabras.

—Ya verás —dijo—. México es el país más hermoso del mundo. Es cierto. Lo vas a amar. Todos hablan español. Sabemos que hay lenguaje en el silencio. Sabemos que puedes amar a alguien y nunca decírselo. Nunca querrás irte. Quizá te hagas famosa y cantes en fiestas. Te mostraré todo y no será un sueño.

Desde mi lugar debajo de las bolsas quedaba una diminuta ranura por la que podía alzar la vista al cielo a través de la ventana trasera.

—Va a llover —dijo Corazón—. Mira esas nubes negras.

Unas gotas empezaron a caer.

Pensé en Leo en el albergue temporal, durmiendo en mis lágrimas-de-mi-amor-por-mi-madre-muerta.

—Estamos cruzando —dijo Corazón.

Yo sabía que algún día regresaría a los Estados Unidos por Leo y para buscar a mi padre en la Sección Amarilla de la vida.

—Estamos en el puente —dijo Corazón—. Es el puente Juárez-

Lincoln. Vamos por encima del río.

Miré al cielo y tomé mi primer respiro sin nacionalidad.

Afuera, unas espesas gotas de agua comenzaron a caer y chocaron en el vidrio de la ventana y luego despacio empezó a llover y escuché un trueno matinal; las ventanas sangraban agua.

La mañana se volvió tan oscura como el anochecer.

En la aduana y en la carretera del lado mexicano del puente nos detuvo un guardia fronterizo. Golpeteó la ventana del lado del conductor.

—No te muevas, Pearl —dijo Corazón—. Ni siquiera respires.

—Aquí tengo el dinero —dijo Corazón cuando Ray detuvo el carro y apagó el motor.

Ray empujó la llave y escuché el elevalunas bajar la ventana del conductor. También oí el crujido del papel cuando le entregó al guardia un gran sobre de papel manila.

Intercambiaron algunas palabras en español y enseguida Ray prendió el motor y el carro se encauzó hacia la carretera.

Al alejarnos, dejamos detrás de nosotros la tormenta en los Estados Unidos de América.

—No tengas miedo —dijo Corazón—. A Ray le gusta conducir rápido. No le importan los límites de velocidad.

Cuando el indicador de velocidad empezó a moverse, el carro se iluminó con la luz del sol. Corazón bajó el vidrio de su ventana y una brisa sopló dentro.

El trozo de cielo se volvió azul cuando Ray aceleró, rápido y más rápido hacia México.

Yo iba entre las armas y sabía que estaba acostada entre las muertes que habían ocurrido y las muertes que estaban por venir.

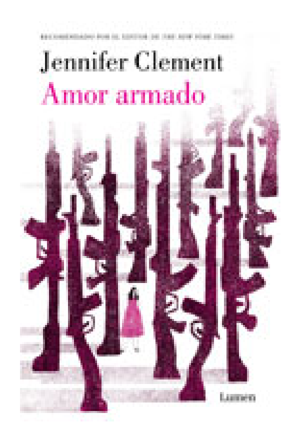
La luz del sol y la velocidad me hicieron sentir somnolienta y me relajé encima de la cuna-bolsa que sostenía mi cuerpo.

En mi ensueño me acosté entre esqueletos, pues las partes de las armas eran largos fémures y costillas y pequeños cúbitos y costillas como las imágenes de los rayos equis, rayos equis de pedazos, de los cuerpos rotos en destrozo, y olía a pólvora y quizá olía a óxido y a sangre y a sangre y a óxido. Y las almas de los animales y las almas de la gente me rodearon y escuché un himno de alabanza. Aplauso. Oí: “*Pearl, Pearl, Pearl*”, felicitándome.

AGRADECIMIENTOS

La autora agradece a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, a la Santa Maddalena Foundation, a la City of Asylum Pittsburgh y al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA, México. También desea expresar su gratitud a Richard Courtenay Blackmore, a Susan Sutliff Brown y a Claudia Salas Portugal.

«Pearl, fue un amor armado. Eso es lo que el hombre sentía por tu madre. Compró la pistola sin siquiera saber que era para ella hasta que vio a tu madre. Así que debes tomarlo como un sacrificio. La vida está siempre a orillas de la muerte.»



«El estilo sobrio, muchas veces sesgado de *Amor armado*, se asemeja a una gran balada criminal perdida como las de Johnny Cash o Nick Cave. Tiene ecos de otras grandes crónicas de la violencia, como las de Cormac McCarthy, y es uno de esos libros poco comunes en los que el lector desearía quedarse una docena de páginas más para pasar más tiempo en este mundo completamente verosímil.»

—Alexander Larman, *The Observer*

«Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me había sentido embelesado por una novela en cada una de sus oraciones. Jennifer Clement es una de nuestras escritoras de mayor ingenio. No hay forma de decir lo que ella ve. Lo que sea que mira, es algo justo enfrente de nosotros, pero —aquí está la magia— algo que nunca antes habíamos visto. *Amor armado* es asombrosa: violenta, ingeniosa, tierna.»

—Rick Bass

«…Clement es una brillante estilista: su lenguaje figurativo es más que preciso, sus metáforas y símiles son magníficos y en conjunto crean una atmósfera inolvidable; su trabajo recuerda a lecturas de Flannery

O'Connor. Siempre sugerente, *Amor armado* es un inolvidable *knockout* que no se deben perder.»

—*Booklist*

«La historia de Pearl tiene lugar en un mundo extraño y familiar, en un cuento de hadas en la imaginación de la madre y en una América marcada por la violencia y la pobreza… La silenciosa tragedia de Clement es conmovedora, inquietante, rodeada de personajes que se quedarán contigo aunque hayas terminado la historia.»

—*Kirkus Review*

«La memorable y conmovedora novela de Clement es también un incisivo comentario social que dará a los lectores mucho que reflexionar.»

—*Publishers Weekly*

«Clement dirige su hipnótica pluma al amorío de América con las armas.»

—*Huffington Post*

«La nueva novela de Jennifer Clement es completamente atemporal… Clement crea una poética extraña con una fuerza violenta. El principio narrativo de Chejov —que si en el primer acto aparece una pistola colgada en la pared, más adelante debe utilizarse— se ha convertido en la regla metafórica para contar historias. Para reflejar la realidad americana, Clement coloca una pistola en cada pared de cada habitación.»

—*The Economist*



Jennifer Clement es presidenta del PEN Internacional, la más antigua y grande organización de escritores en el mundo. Estudió Literatura Inglesa y Antropología en la Universidad de Nueva York, y Literatura Francesa en París. Es autora de *Una historia verdadera basada en mentiras y The Poison That Fascinates*, así como de *La viuda Basquiat*, nombrado mejor libro del año en siete categorías por el NPR, y de *Ladydi*, nominado «Mejor libro del año» en diversas listas, del que Kazuo Ishiguro dijo: «Es un libro importante. (...) escrito de una manera brillante. Es muy conmovedor»; y obtuvo la beca Guggenheim por *Amor armado*. También es autora de numerosos libros de poesía como *The Next Stranger, Newton's Sailor y Lady of the Broom*, publicados en ediciones multilingües.

Amor armado

Título original: *Gun Love*

Primera edición: septiembre, 2018

www.megustaleer.mx

ISBN: 978-607-317-268-4

Penguin
Random House
Grupo Editorial


/megustaleermexico


@megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice